



GALAXIA
Ciencia · Ficción

F. Pohl y C.M. Kornbluth

LA LUCHA

La Tierra ha sido sacada de su órbita alrededor del Sol por un planeta errante, cuyos habitantes tienen sus propios planes para los recursos de la Tierra. La Humanidad se extingue lentamente, pero hay quienes desafían esta situación y rehúsan entregarse. Temidos por los ciudadanos normales, estos Lobos están preparando la vuelta a la lucha contra los alienígenas.



Frederik Pohl & Cyril M. Kornbluth

La lucha

Galaxia - 24

ePub r1.1

Titivillus 24.09.16

Título original: *Wolfbane*
Frederik Pohl & Cyril M. Kornbluth, 1955
Traducción: Fernando M. Sesén
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



1

Roger Germyn, banquero de Wheeling, al oeste de Virginia, un Ciudadano, se despertó suavemente de su sueño sin pesadillas de Ciudadano. Era la tercera señal para levantarse, la hora apropiada para apreciar un día de excepcionales posibilidades.

El Ciudadano Germyn se vistió con la ropa adecuada para apreciar grandes obras, como la vista de las ruinas del Empire State, envueltas en nubes de tormenta, desde un pequeño bote; o pasear solo, en silencio, a lo largo del puente de la Puerta de Oro. O, como hoy —se esperaba que fuera hoy—, presenciar la recreación del Sol.

Germyn asumió con dificultad la calma necesaria a un Ciudadano, ya que a veces se cae en la tentación de pensar cosas impropias: ¿Sería recreado el Sol? ¿Qué pasaría si no lo fuera? Se concentró en su traje. Para empezar, se puso una vieja e historiada pulsera, una auténtica pulsera de identidad de pesados eslabones de plata y una placa en la que estaba inscrito: *Pfc Joe Hartmann*. Corea, 1953.

Sus amigos aficionados a las joyas le hubieran envidiado la pulsera, si hubieran sido capaces de sentir una emoción como la envidia. Se suponía que no existía en todo Wheeling una pulsera de identidad tan antigua como aquella, que tenía ya doscientos cincuenta años. A continuación se puso su mejor camisa y unos pantalones claros y, sobre ellos, una amplia trenca cuyas costuras habían sido cuidadosamente disimuladas. Cuando el Sol era recreado, cada cinco años más o menos, era costumbre cambiar la trenca de forma y desgarrarla de acuerdo con las cuidadosas formas prescritas... pero no tan drásticamente que no se pudiera volver a coser otra vez. De ahí las costuras disimuladas. Hacía ya cuarenta y un días, según sus cuentas, que él y todos los de Wheeling llevaban

las ropas adecuadas para la recreación del Sol, que ya no era blanco, ni amarillo fuego, ni siquiera rojo brillante, sino que desde entonces presentaba un color pardo oscuro, cada vez más oscuro.

Nunca, pensó el Ciudadano Germyn, había estado tan oscuro y tan frío en toda su vida. ¿Era quizá la ocasión para una visión especial? Porque seguramente nunca más volvería a tener esta oportunidad de ver al viejo Sol tan próximo a la muerte...

Esperaba.

El Ciudadano Germyn completó su vestuario gravemente, concentrando su pensamiento en el hecho mismo de vestirse. Sin lugar a dudas, era su especialidad, y cuando hubo terminado pensó que lo había hecho bien, con los tradicionales gestos ondulantes, pero sin brusquedades, balanceándose suavemente sobre los talones. Todo estaba perfectamente realizado y nadie sino él pudo verlo.

Despertó a su mujer con delicadeza, poniéndole la palma de la mano sobre la frente mientras ella yacía en la posición adecuada, de acuerdo con el estilo prescrito, en la tercera parte de la cama correspondiente a la mujer.

El calor de la mano penetró gradualmente en los estratos del sueño; abrió los ojos con coquetería.

—Ciudadana Germyn —la saludó, haciendo el gesto de confirmación de identidad con su mano izquierda.

—Ciudadano Germyn —contestó ella, con el movimiento de cabeza de confirmación de identidad que estaba prescrito cuando las manos están cubiertas.

Se retiró a su pequeño estudio a esperar.

Era el momento apropiado para meditar en las propiedades de la conexión. El Ciudadano Germyn era muy hábil en la meditación, aunque fuera banquero. Era un don en el que se había autoeducado desde su más tierna infancia.

El Ciudadano Germyn, de rostro joven y sereno, de cuerpo delgado, erguido sobre la silla en que estaba sentado, pero nunca tenso ni forzado, se hallaba completamente embebecido, ajeno a todo sonido, visión o sentimiento externo que pudiera interferir la meditación. Su mente guardaba un vacío absoluto salvo para un problema capital: la conexión.

Sobre su cabeza, tras él, fuera de su vista, el aire frío de la

habitación parecía espesarse y formar una burbuja; una burbuja de aire.

Había un nombre para esas burbujas de aire; habían sido vistas con anterioridad; su existencia era conocida en Wheeling y en todo el mundo. Vinieron. Revolotearon. Y después se fueron, no siempre solas. Si alguien hubiera estado en la habitación con el Ciudadano Germyn, habría advertido una distorsión, un retorcimiento de lo que había detrás de la burbuja, como un cristal estropeado, un cristalino; como un ojo. Y se llamaban Ojos.

Germyn meditaba...

La burbuja de aire creció y se movió lentamente. Una corriente vagabunda salió de ella retorciéndose, cogió un trozo de papel y lo arrastró por el suelo. Al agitarse Germyn, la burbuja se retiró.

Germyn, ajeno a todo, disciplinaba sus pensamientos, despreciando la interrupción, y volvió al problema capital de la conexión. La burbuja revoloteó...

Desde la otra habitación, su esposa, carraspeando tres veces, le advirtió que ya estaba decentemente vestida. Germyn se levantó para dirigirse hacia ella, su mente volvió al mundo; y el Ojo que estaba sobre su cabeza giró incansablemente y desapareció.

Algunos kilómetros al este de Wheeling, Glenn Tropile, un sabelotodo que se preguntaba para sus adentros si él era un ser humano, despertó en el sofá de su apartamento.

Se sentó tiritando. Hacía frío. Un frío asqueroso. El condenado sol estaba todavía endemoniadamente oscuro, y el apartamento estaba húmedo y frío.

Había tirado las mantas mientras dormía, ¿por qué no podía aprender a dormir sin revolverse, como los demás? Echando de menos una bata, las recogió, se enrolló en ellas y se dirigió hacia la ventana desprovista de cristales.

Era habitual en Glenn Tropile el despertarse en su sofá. Esto sucedía porque Gala Tropile tenía mal genio y solía expulsarlo de la cama después de alguna pelea, y él sabía que siempre tenía superioridad sobre ella durante todo el día siguiente a la noche de su exilio. Así, pues, la pelea valía la pena. Una superioridad era, por definición, preferible a lo que se pudiera pagar por ella... De lo

contrario, no era superioridad.

Podía oírla deambular por las habitaciones y aguzaba el oído, satisfecho. Ella no lo había despertado. Por tanto, estaba a punto de enmendarse. Sintió una ligera picazón en la espina dorsal o en el cerebro, pero no era una sensación física, por lo que no pudo localizarla; solo podía estar seguro de que estaba allí. Cesó de preocuparle momentáneamente; estaba maquinando una disputa. Era propio de la naturaleza de Glenn Tropile ganar las disputas, y organizarlas.

Gala Tropile, joven, morena, atractiva, de mirada altiva, entró llevando un tentador café que tenía guardado en secreto.

Glenn Tropile fingió ignorarlo. Miró por la ventana el frío paisaje. El mar, blanco, con una delgada capa de hielo, apenas se distinguía; tan lejos se había retirado a medida que el pequeño sol íbase desvaneciendo.

—Glenn...

¡Cielos! *Glenn*. ¿Dónde estaba la fórmula adecuada para saludar al marido por la mañana? ¿Dónde estaba el carraspeo prescrito para entrar en una habitación? Asiduamente le había hecho olvidar el meticuloso ritual de comportamiento en que todos ellos habían sido educados; y la mayor de sus muchas victorias era que, a veces, era *ella*, ahora, el agresor; *ella* sería la primera en abandonar el comportamiento formal prescrito para los Ciudadanos. ¡Depravación! ¡Perversión! A veces se acariciaban en los momentos que no eran los apropiados para estar juntos; Gala se sentaba en las rodillas de su marido al caer la tarde, o Tropile la besaba por la mañana al despertar. A veces la forzaba para que le dejase verla vestirse; no ahora, porque el frío no hacía atractivos esa clase de retozos, pero se lo había permitido otras veces, y tal era su poder sobre ella que sabía que se lo permitiría de nuevo, cuando el Sol fuera recreado...

«Si —pensó—, *si* el Sol llega a ser recreado».

Abandonó el frío panorama de la ventana y se volvió hacia su mujer.

—Buenos días, cariño.

Estaba contrita.

—¿De verdad crees que son buenos? —preguntó furioso. Deliberadamente se desperezó, bostezó y se rascó el pecho. Todo lo

que hacía era feo. Gala Tropile se estremeció, pero no dijo nada.

Tropile se dejó caer en la mejor de las dos sillas, sacando una de sus piernas peludas por debajo de las mantas. Su esposa estaba de un humor excelente, según su opinión. Ella no lo perdía de vista.

—¿Qué traes ahí? —preguntó—. ¿Café?

—Sí, querido. Creí...

—¿De dónde lo has sacado?

La mirada altiva se desvió. «Estupendo —pensó Glenn Tropile, más satisfecho que nunca—; ha estado otra vez saqueando un viejo almacén». Era un truco que le había enseñado, y como todos los trucos ilícitos que ella había aprendido de él, era un arma hábil que convenía usar. No estaba prescrito que una Ciudadana revolviese en los Cementerios de Cosas. Un Ciudadano trabajaba, cualquiera que fuera su ocupación, banquero, panadero o ebanista. Recibía el salario que le fuese debido por su trabajo. Un Ciudadano *nunca* cogía nada que no fuera suyo, ni siquiera lo que estuviera abandonado y destinado a perecer.

Era una de las diferencias entre Glenn Tropile y la gente que le rodeaba.

«Ahora ya lo tengo», se recreó; era lo que necesitaba para afianzar su victoria sobre ella.

—Te necesito a ti más que al café, Gala —dijo.

Alzó la mirada preocupada.

—¿Qué harías —preguntó— si un día te cae una viga mientras estás birlando víveres? ¿Cómo puedes exponerte de esa manera? ¿No *sabes* lo que significas para mí?

Ella resopló un par de veces y tartajó:

—Cariño, lo de anoche... lo siento...

Y tristemente le entregó la taza. Él la cogió y la dejó a un lado. Tomó su mano, la miró y se la besó con dilación.

La sintió temblar. Después le dirigió una salvaje mirada de adoración y se arrojó en sus brazos.

Un nuevo ciclo de dominación había comenzado en el momento en que él le devolvió sus frenéticos besos.

Glenn sabía, y Gala también, que él tenía sobre ella una ventaja, una superioridad; la medida del tiempo; la iniciativa; el porcentaje; el no perder las energías. Llámese como quiera, pero era la vida misma para la especie de Glenn Tropile. Glenn sabía, y Gala

también, que teniendo la superioridad, él podía presionar y ella se rendiría una y otra vez en una espiral ascendente. Él lo hacía porque era su vida: conseguir una superioridad sobre cualquiera que se encontrara; porque él era un Hijo del Lobo.

En un mundo lejano se alzaba sombríamente una pirámide en la llanura de la cumbre más alta de los montes Himalaya.

No había sido construida allí. No había sido llevada allí por el hombre o sus máquinas. Había surgido en su tiempo y por sus propios medios. ¿Despertó aquel día la cosa que estaba sobre el Monte Everest, o durmió siempre? Nadie lo sabía. Estaba allí en pie o sentada, con forma parecida a un tetraedro. Su apariencia era conocida; estaba construida sobre una base de unos treinta metros estaba llena de escoria y tenía un color azul oscuro. Apenas se sabía más de ella.

Era la única de su clase en la Tierra, aunque los hombres pensaban (sin mucha seguridad) que había más, quizá muchos miles más, en el planeta tan poco familiar que era ahora la Segunda Tierra, que giraba alrededor del minúsculo Sol que pendía de su común centro de gravedad. Pero los hombres sabían muy poco acerca de aquel planeta. Solo que había aparecido en el espacio y que ahora estaba allí.

Hubo un tiempo en que los hombres habían tratado de clasificar ese planeta, hacía ya más de dos siglos, cuando apareció por primera vez. Lo habían llamado «Planeta Fugitivo», «El Invasor», «Regocijaos con el Mesías, el Día está Próximo». Pero las denominaciones eran tremendamente malas y carentes de sentido; eran la *x* de una ecuación, y solo significaban que había *algo* que era desconocido.

«El Planeta Fugitivo» dejó de huir cuando se acercó a la Tierra.

«El Invasor» no invadió; se limitó a enviar un tetraedro de escoria de color azul oscuro al Everest.

Y «Regocijaos con el Mesías» le robó el Sol a la Tierra y convirtió a la antigua luna de la Tierra en un Sol minúsculo de su propiedad.

En aquel tiempo los hombres eran robustos y vigorosos, o al menos creían que lo eran; tenían enormes ciudades y máquinas poderosas. No importaba. El nuevo planeta no mostraba interés

alguno por las ciudades o las máquinas. Había una plaga de cosas como Ojos, nubes de polvo, pero sin polvo, aire inmóvil que de repente se tensaba y temblaba adoptando formas lenticulares.

Vinieron con el planeta y la Pirámide; por eso debería haber alguna relación entre ellos, pero no había nada que hacer con los Ojos; golpearlos era como golpear el aire; de nada servía.

Mientras los hombres y las máquinas trataban inútilmente de hacer algo que lo remediase, el nuevo sistema binario —el planeta extraño y la Tierra—, empezó a moverse, con lentísima aceleración.

En una semana los astrónomos supieron que algo estaba sucediendo. En un mes la luna voló en llamas y se convirtió en un nuevo sol, que empezaba a ser necesario, porque ya el padre Sol estaba visiblemente más distante y en unos años fue solo una estrella más.

Cuando el pequeño sol inferior se hizo escoria, *ellos*, quienquiera que fueran, porque los hombres sólo vieron la Pirámide, colgaron uno nuevo en el firmamento. Esto lo hacían cada cinco años más o menos. Era la misma luna vieja convertida en sol; pero se quemaba y era necesario volver a encender el fuego. El primero de esos soles había contemplado una población terrestre de diez mil millones. A lo largo de esta serie de soles que aumentaban y disminuían, hubo cambios: fluctuación climática; diferencias enormes en la cantidad y calidad de radiación de la nueva fuente de energía.

Los cambios fueron tales que el cuadragésimoquinto sol lució sobre una raza humana contrahecha que no llegaba a los cien millones.

Un hombre fracasado es siempre introvertido; lo mismo pasa con las razas. Los cien millones que se apegaban a la existencia carecían de la intrepidez y de la audacia de aquellos diez mil millones.

La cosa que había en el Everest también recibió en su tiempo muchas denominaciones: El Demonio, El Amigo, La Bestia, Una Pseudo-Viviente Entidad de Desconocidas Propiedades Electroquímicas.

Todas las denominaciones fueron también una *x*.

Si hubiera despertado esa mañana no hubiera abierto sus ojos, porque no tenía ojos, aparte de los temblores de aire que podían o no pertenecerle. Si hubiera tenido ojos, se los habrían sacado, pero no los tenía. Podrían haberle quebrado las piernas; carecía de ellas.

O ensordecerle los oídos; tampoco tenía. Habría sido posible envenenarla a través de la boca, de existir una boca. Frustrar sus intenciones, sus acciones... Aparentemente no tenía ninguna.

Estaba allí; eso era todo.

Ella y otros como ella habían robado la Tierra, y la Tierra no sabía por qué. Estaba allí. Y la única cosa que no cabía hacer en la Tierra era hierirla, coaccionarla de alguna forma, sea cual fuere. Estaba allí, y ella o los propietarios a los que representaba poseían la Tierra por derecho de hurto. Totalmente. Más allá de la esperanza humana de demanda o reparación.

2

El Ciudadano y la Ciudadana Roger Germyn bajaban por la calle Pine en medio del frío y la oscuridad de la mañana —al parecer— de la recreación del Sol.

Existía el convenio de comportarse como si esta fuera una mañana como otra cualquiera. No era correcto lanzar frecuentes miradas esperanzadas al firmamento ni parecer molesto o temeroso, porque éste era, después de todo, el cuadragésimo primer día en el que todos aquellos cuya especialidad era la Observación Celeste habían llegado a creer que la recreación del Sol estaba próxima.

El Ciudadano y la Ciudadana intercambiaron la señal de confirmación de identidad con unos viejos amigos y se detuvieron a charlar. Éste era también un hábil convenio alejado del propósito; la conversación no tenía importancia para nada de lo que cualquiera de los participantes pudiera saber, o pensar o desear preguntar. Germyn declamó a sus amigos un poema de veinte palabras que había hecho en honor de la ocasión y escuchó sus réplicas. Siguieron la línea de conducta marcada durante un rato hasta que alguien frunciendo el entrecejo indicó cansancio y deseo de cambiar. El juego fue diestramente acabado con un cambio rimado.

Germyn miró casualmente hacia arriba. La transformación del cielo no había comenzado todavía. El agonizante Sol colgaba aún en el horizonte, entre el Este y el Sur, mucho más al Sur que al Este. «Es un pensamiento feo, pero supongamos —pensó Germyn—, sólo *supongamos* que el Sol no sea recreado hoy, ni mañana ni...».

Ni nunca.

El Ciudadano se recuperó y le dijo a su mujer:

—Comeremos en el tenderete de las papillas de avena.

La Ciudadana no contestó inmediatamente. Cuando Germyn la miró con sorpresa disimulada, vio que miraba con fijeza, a través de la sombría calle, a un ciudadano que caminaba a grandes zancadas, balanceando los brazos desmañadamente.

—Ése puede ser más bien un Lobo que un hombre —se dijo pensativa.

Germyn conocía al tipo. Su nombre era Tropile. Uno de esos individuos extraños que han construido sus casas fuera de Wheeling, aunque no fueran granjeros; Germyn había tenido relaciones bancarias con él.

«Es un tipo descuidado —pensó— y un mal educado». Se dirigieron hacia el tenderete de las papillas de avena con el paso de Ciudadanos, los brazos flexibles, los pies ligeramente levantados, un poco echados hacia adelante. Era el antiguo paso de las mil quinientas calorías al día; así no había posibilidad de malgastar más.

Eran necesarias más calorías. Muchas para caminar, muchas para procurarse alimento, muchas para los placeres económicos de los Ciudadanos y muchas más... —¡Oh, muchas, muchas más!— para preservarse del frío en aquellos días. Sin embargo, no había más calorías; la dieta que todo el mundo observaba era una mera ración para subsistir. Se hacía imposible cultivar bien la tierra cuando la mitad del suelo terrestre estaba parte del tiempo inundada por el creciente mar y el resto sofocada por la nieve. Los Ciudadanos sabían esto, y conociéndolo no luchaban. Era inútil luchar cuando estaban convencidos que no podían vencer. Únicamente luchaban los Lobos, alardeando de calorías, sin preocuparse por los resultados.

El Ciudadano Germyn dirigió sus pensamientos hacia cosas más agradables. Se permitió el lujo de gozar anticipadamente de la papilla de avena. Estaría caliente en el tazón, templada en la garganta y sería un placer para el estómago. Se podía gozar ampliamente allí, en un tiempo como aquel, en que el frío se cuela por las abiertas junturas y el viento llega de las laderas de las colinas. No es que el frío produjera placer, pero era lógico que hiciera frío ahora, poco antes de la recreación del Sol, cuando el viejo Sol estaba rojo humeante y el otro no se había iluminado todavía.

—Continúa pareciéndome un Lobo —murmuró su mujer.

—Ya está bien —reprobó Germyn a su Ciudadana, pero le quitó importancia al asunto con una Sonrisa de Desviación. El hombre de los feos modales estaba plantado en la barra del tenderete de papillas de avena hacia el que se dirigían. En la oscuridad de la media mañana parecía construido de ángulos y líneas tensas; su cabeza se inclinaba descuidadamente sobre el hombro, mirando hacia la parte de atrás del tenderete donde el vendedor estaba midiendo el grano rítmicamente con un puchero; sus manos descansaban descuidadamente sobre el mostrador, sin colgar a los lados.

El Ciudadano Germyn percibió un ligero estremecimiento de su mujer. Pero no volvió a reprobarla, porque comprendió que no tenía derecho a hacerlo. La exhibición era francamente desagradable.

—Ciudadano, ¿podríamos comer hoy con pan? —susurró ella.

Él vaciló y volvió a mirar al hombre feo. Al fin dijo indulgentemente, con plena conciencia de su generosidad:

—El día de la recreación del Sol, la Ciudadana puede comer con pan. —En vista de la ocasión, era sólo un pequeño favor, si bien muy apropiado.

El pan era bueno, muy bueno. Se repartieron el medio kilo y comieron en silencio, como el manjar merecía. Germyn terminó su primera porción y, durante la pausa prescrita antes de comenzar la segunda, decidió ejercitar sus ojos.

Hizo una seña con la cabeza a su mujer y salió al exterior. Sobre él, el viejo Sol esparcía sus últimas briznas de calor. Era mayor que las estrellas que lo rodeaban, pero muchas de ellas casi igualaban su brillo.

—Ciudadano Germyn, buenos días —exclamó a su lado una voz de hombre en un tono muy alto.

Germyn había sido sorprendido inesperadamente. Apartó sus ojos del cielo, se volvió, miró la cara de la persona que le había hablado, levantó su mano con la señal de confirmación de identidad. Todo fue muy rápido e inesperado, casi demasiado rápido, porque había doblado sus dedos formando la señal para amistades femeninas; pero lo corrigió pronto, porque era un hombre. Germyn lo conocía bien; era el Ciudadano Boyne; habían

compartido la Observación del Hielo en Niágara, el año anterior.

A pesar del desconcierto inicial Germyn se había recuperado velozmente.

—Hay estrellas, pero ¿habría estrellas si no tuviéramos Sol? —improvisó, lamentando que los resultados no fueran más satisfactorios, aunque no le cabía duda que Boyne lo recogería y lo haría mejorar; Boyne siempre había sido muy bueno, muy gracioso.

Pero se equivocó.

—Buenos días —repitió débilmente. Boyne miró las estrellas sobre su cabeza, como tratando de averiguar de qué estaba hablando Germyn. Se quejó con tono acusador, con una inflexión amarga:

—No hay ningún Sol, Germyn. ¿Qué opinas tú de eso?

—Ciudadano, quizá tú... —balbuceó Germyn.

—¡No hay Sol! ¿Me oyes? —El hombre estaba sollozando—. Hace frío, Germyn. Los de la Pirámide no van a darnos otro Sol, ¿sabes? Van a matarnos de hambre, a helarnos, van a acabar con nosotros. ¡Estamos perdidos! —Casi vociferaba. Arriba y abajo, a lo largo de la calle Pine, la gente trataba de no mirarle, pero algunos fracasaban en su intento.

Boyne se agarró a Germyn desesperadamente y este se apartó asqueado. ¡Contacto físico!

Esto pareció devolver el sentido al pobre hombre. La razón volvió a asomar a sus ojos. Pretendió decir algo, pero se detuvo. Miró alrededor.

—Creo que tendré pan para desayunar —dijo estúpidamente y se metió en el tenderete.

Voz alta, gritos, agarrones... ¡No eran modales!

Boyne dejó tras sí a un Ciudadano amilanado, mirando tras él con la mandíbula desencajada y los ojos muy abiertos, como si el Ciudadano Germyn tampoco tuviera modales.

¡Y todo esto en el día de recreación del Sol!

¿Qué significaría? Germyn se interrogaba de mal humor. ¿Estaría Boyne a punto de...? ¿Podría Boyne ser...?

No continuó con sus pensamientos. Había una cosa que tal vez explicara la conducta de Boyne. Pero era una especulación que un Ciudadano no debía hacer sobre otro.

Todo igual —se atrevió a pensar Germyn—, todo igual; parecía

casi como si el Ciudadano Boyne estuviera a punto de... bueno, de volverse rabioso.

En el tenderete de las papillas de avena, Glenn Tropile tamborileó con los dedos sobre el mostrador.

El perezoso vendedor de papillas de avena trajo al fin la fuente con sal y el jarro de leche aguada. Tropile cogió su cucurucho de papel lleno de sal de la parte superior del bien colocado montón que había en la fuente. Miró al vendedor, sus dedos vacilaron; entonces echó rápidamente el cucurucho dentro de la papilla de avena y lo cubrió de leche hasta el nivel permitido.

Comió veloz y hábilmente, mirando hacia la calle.

Ellos vagaban de un lado para otro, como siempre... Es posible que hoy más que la mayoría de los días, ya que esperaban que fuera el día en que el Sol floreciera otra vez.

Tropile, al referirse a aquellos Ciudadanos vagantes, empleaba siempre la expresión *ellos*. Había un «nosotros» para Tropile en algún lugar, pero todavía no lo había encontrado, ni siquiera en los vínculos del contrato matrimonial. No tenía prisa. A la edad de catorce años había descubierto con gran alegría ciertas cosas sobre sí mismo: que le molestaba ser vencido; que había de conseguir cierta ventaja en todos sus tratos, porque en otro caso comenzaba a perturbarle una intolerable picazón cerebral... Estas cosas, añadidas a un miedo cervical, que poco a poco fue convirtiéndose en certeza, de que el único «nosotros» en que él podía sentirse incluido no era muy prudente adoptarlo.

En resumen; había comprendido que era un Lobo.

Durante varios años Tropile había luchado contra ello... porque Lobo era una mala palabra; los niños con los que jugaba eran severamente castigados por pronunciarla, lo que rara vez sucedía por otro motivo. No era *propio* de un Ciudadano obtener ventaja a expensas de otro. Los Lobos lo hacían. Era *propio* de un Ciudadano aceptar lo que tenía, sin esforzarse por lograr más; encontrar belleza en las cosas pequeñas; acomodarse, con el mínimo de violencia y torpeza, a cualquier cosa que aconteciera en su vida. A los Lobos no les gustaba esto; los Lobos nunca Meditaban, los Lobos nunca Apreciaban, los Lobos no eran Trasladados *jamás*. Esa suprema realización, lograda solamente por aquellos que habían triunfado en la perfecta meditación sobre la conexión —esa renuncia del mundo

y de la carne consiguiendo prescindir de ambos—, nunca podría ser alcanzada por un Lobo.

En consecuencia, Glenn Tropile había tratado con todas sus fuerzas de hacer todas las cosas que los Lobos no podían hacer.

Había estado a punto de triunfar; su especialidad, la Observación del Agua, había sido muy remuneradora y había conseguido parcialmente muchas meditaciones acerca de la conexión.

Sin embargo, todavía era un Lobo, porque aún sentía la ardiente picazón apremiándole a triunfar y a mantener una ventaja. Por esa razón le resultaba casi imposible hacer amigos entre los Ciudadanos y gradualmente había ido dejando de intentarlo.

Tropile había llegado a Wheeling cerca de un año antes, siendo uno de sus primeros habitantes en lo que al tiempo se refiere. Y seguía sin tropezar en la calle con un Ciudadano preparado para intercambiar con él señales de saludo.

Él los conocía a casi todos. Conocía sus nombres y los nombres de sus esposas; sabía de qué estados del Norte se habían trasladado al ir extendiéndose el hielo, según se iba oscureciendo el Sol; sabía casi al gramo qué cantidad de azúcar y sal y café había apartado cada uno... para sus huéspedes, por supuesto, no para ellos; el Ciudadano bien educado solo almacenaba para el placer de los demás. Sabía estas cosas porque su conocimiento significaba una ventaja para Tropile. Pero carecía para él de ventajas que cualquier otro le conociera.

Algunos sabían quién era: aquel banquero, Germyn, por ejemplo, porque Tropile había ido a verlo unos meses antes para pedirle un préstamo. Pero había sido un encuentro arriesgado y nervioso. La idea era tan claramente fácil para Tropile: organizar una expedición a las minas de carbón que en otras épocas habían existido en los alrededores; encontrar el carbón, llevarlo a Wheeling y calentar las casas. Pero a Germyn le había sonado como una blasfemia. Tropile se consideró feliz con que se limitara a denegarle el préstamo, en lugar de denunciarlo por ser un Lobo.

El vendedor de papillas de avena daba vueltas alrededor de su montón de cucuruchos de sal.

Tropile evitaba sus ojos, sin prestar atención a la sonrisilla de autoconmiseración del vendedor, que parecía ofrecerle una oportunidad. Sabía perfectamente lo que estaba molestando al vendedor. Pues que le siguiera molestando. Se trataba de la costumbre de Tropile de tomar cucuruchos extra de sal; ahora estaban en sus bolsillos y allí se quedarían.

Tropile lamíó su cuchara y se dirigió a la calle. Se daba cuenta con agrado, bajo su trenca de doble tela, de que soplaban un aire muy frío. Pasó a su lado un Ciudadano, caminando solo: un estrafalario, pensó Tropile. Caminaba rápidamente y había una mirada de desesperación en su cara. Todavía más extraño. Lo suficientemente raro para que valiera la pena dirigirle otra mirada. Porque ese tipo de prisa, ese tipo de abstracción, le sugería algo a Tropile. No eran normales en los suaves corderos de la clase *Ellos*, excepto en una circunstancia particular.

Glenn Tropile cruzó la calle para seguir al abstraído Ciudadano, cuyo nombre sabía que era Boyne. El hombre se acercó al Ciudadano Germyn ante el establecimiento y Tropile se quedó fuera de su vista, observando y escuchando.

Boyne estaba al borde de la explosión. Lo que Tropile vio y oyó confirmó su diagnóstico. La circunstancia particular estaba a punto de producirse; el Ciudadano Boyne estaba a punto de volverse rabioso.

Tropile miró al hombre con alegría y entusiasmo. ¡Rabioso! ¡El suave cordero podía llegar muy lejos, después de todo! Lo había visto antes; los síntomas eran obvios.

Estaba seguro de que constituiría una ventaja para Glenn Tropile; había una ventaja en todas las cosas, si bien se mira. Él observaba y esperaba. Había elegido con certeza su lugar de observación, de manera que podía ver al Ciudadano Boyne dentro del establecimiento haciendo una triste porquería al cortar su cuarto de kilo de pan de la Barra de la Mañana.

Esperaba que Boyne comenzara a correr...

Y así sucedió.

Hubo un grito agudo y penetrante. Fue el Ciudadano Germyn, aullando: «¡Rabioso, rabioso!». Luego otro aullido, un grito inhumano de Boyne y el cuchillo del panadero brillando en el aire al blandirlo. Y todos los Ciudadanos corriendo despavoridos en cualquier dirección. Todos los Ciudadanos, menos uno.

Un Ciudadano estaba bajo el cuchillo, bajo su propio cuchillo, porque se trataba del panadero. Boyne clavaba y cortaba una y otra vez. Después salió a toda velocidad, con el cuchillo volando sobre su cabeza. Los tranquilos Ciudadanos corrían muertos de pánico delante de él. Golpeaba a las formas que se retiraban, y gritaba y volvía a gritar. ¡Estaba rabioso!

Esta era la única circunstancia particular en que ellos perdían la elegancia... bueno, una de las dos circunstancias, se corrigió Tropile, mientras volvía a cruzar la calle en dirección al tenderete del panadero. Su entrecejo se frunció, porque la otra circunstancia en la que ellos perdían su gracia era una que le afectaba a él más de cerca.

Miró a la enloquecida criatura, Boyne, ya muy lejos, persiguiendo a un grupo de Ciudadanos que doblaban una esquina. Tropile entró en el establecimiento para ver qué es lo que podía ganar con esto. Boyne se las arreglaría por su cuenta; la súbita ira le abandonaría tan rápidamente como le había asaltado, volvería a ser un cordero y los otros corderos lo rodearían y capturarían. Así sucedía cuando un Ciudadano se ponía rabioso. Era una medida de las presiones que actuaban sobre los Ciudadanos; en cualquier momento podía resultar que hubiera un gramo de presión de más y uno de ellos estallaba. Sucedió continuamente. Había sucedido allí en Wheeling dos veces durante los dos últimos meses y Glenn Tropile lo presencié ya en Pittsburgh, Altoona y Bronxville.

Hay un límite de presión.

Tropile entró en el establecimiento y miró sin emoción al acuchillado vendedor; Tropile ya había visto otros cadáveres.

Paseó la vista por el establecimiento, calculando. Como un rayo se agachó para recoger el cuarto de kilo de pan que Boyne había dejado caer, le limpió el polvo y se lo echó al bolsillo. La comida siempre era útil. Si le hubieran dado comida suficiente, quizá Boyne no se hubiera puesto rabioso. ¿Era simplemente por hambre por lo que ellos estallaban? ¿O era por el conocimiento de la cosa que estaba sobre el Monte Everest, o de los Ojos revoloteantes, o por la búsqueda de las temidas perspectivas de Traslación, o simplemente por la tensión de mantener sus vidas laboriosamente fingidas? ¿Qué importaba? Ellos estallaban y corrían rabiosos, y Tropile nunca lo haría. Eso era lo importante.

Se apoyó en el mostrador para tomar lo que quedaba de la Barra de la Mañana...

Y se encontró mirando fijamente a los aterrados e inmensos ojos de la Ciudadana Germyn.

—¡Lobo! ¡A mí, Ciudadanos! ¡Aquí hay un Lobo! —gritó ella.

Tropile titubeó. No había visto nunca a la condenada mujer, pero allí estaba ella, alzándose al otro lado del mostrador y gritando como una desesperada: «¡Lobo, Lobo!».

—Ciudadana, le ruego... —Trató de decirle.

Pero no era buen sistema. La evidencia estaba en él mismo, y sus gritos iban a atraer a los demás. Tropile sintió pánico. Miró fijamente a la mujer con intención de callarla, pero tampoco era buen sistema. Giró sobre sus talones. Ella continuaba gritando y la gente la iba a oír. Tropile se dirigió a la calle como una flecha, pero ellos se estaban amontonando en todas las puertas, estaban surgiendo de todas las madrigueras donde se habían escondido para escapar de Boyne.

—¡Por favor! —gritó furioso y aterrado al mismo tiempo—. ¡Esperen un momento!

Pero no le hicieron caso. Habían oído a la mujer y puede ser que algunos de ellos le hubieran visto con el pan. Estaban todos a su alrededor... No, estaban ya sobre él; lo habían agarrado, rasgándole las suaves y calientes pieles del cuello de su trenca. Le metieron las manos en los bolsillos y aparecieron los acusadores cucuruchos de sal robados. Le arrancaron las mangas y abrieron hasta las costuras más recias. Estaba capturado.

—¡Lobo! —continuaban gritando—. ¡Lobo!

Y este vocerío sofocó el ruido distante producido por Boyne, una esquina más allá, al caer finalmente a tierra extenuado. El ruido que ellos hacían sofocaba cualquier cosa.

Ésta era la otra circunstancia en la que *ellos* se olvidaban de ser graciosos: cuando atrapaban a un Hijo del Lobo.

3

La ingeniería había desaparecido mucho tiempo atrás.

$$\frac{\text{Total de calorías disponibles}}{\text{Población}} = \text{Estilo Artístico-Tecnológico.}$$

La ingeniería sólo es posible bajo una condición de la ecuación:

Cuando la razón Calorías a Población es grande —por ejemplo, cinco mil o más; cinco mil calorías diarias por ser humano—, entonces el Estilo Artístico-Tecnológico es *alto*. La gente cincela en Monte Rushmore; edifica grandes fundiciones; manufactura un enorme automóvil para llevar a la esposa de alguien a media milla a comprarse un lápiz de labios. La vida es vulgar y rica cuando C:P es grande. En el otro extremo, cuando C:P es demasiado pequeño: la vida no existe en absoluto. Se habrán muerto todos de hambre.

Experimentalmente, si añadimos pequeñas cantidades a la razón C:P, pasará algún tiempo antes que se obtengan resultados significativos. Pero por fin, al llegar a las 1000 o 1500 calorías, aparece firmemente el Estilo Artístico-Tecnológico en una forma autoconservación. C:P, en esta proporción, produce las pequeñas artes, las sensibilidades, la pacífica distribución de necesidades a través de hábiles relaciones. Japón, dentro de su prisión Shogunate, recogía escasos alimentos de las laderas de las montañas y obtenía belleza con un trozo de liquen y papel. Las artes menores y baratas eran características del nivel de las 1000 a 1500 calorías.

Y éste era el nivel de la Tierra, el mundo de un centenar de millones de habitantes, a partir del robo perpetrado por el nuevo

planeta.

Algunas personas se dedicaban sin grandes despilfarros al estudio de la ciencia con lápiz y papel renovable, pero el último acelerador de investigación hacía ya tiempo que no funcionaba, pues la presa que le proporcionaba energía se necesitó para proporcionar insuficiente luz a un millón de hogares y cocinar las papillas de dos millones de nuevos niños. En aquellos días, un erudito bizantino escribió la enciclopedia definitiva de la ingeniería (si bien él no era ingeniero). Sus diminutos cuatrocientos veinte tomos trataban de la pirámide de Gizeh y su desconocido constructor, de la Muralla de Shih-Hwang Ti, de los constructores góticos, de Brunel, que cambió la faz de Inglaterra, de los Roeblings de Brooklyn, de Groves, el del Pentágono, de Duggan, el del sistema de refugios (antes que el porcentaje C:P llegara a un punto en que la guerra se hizo prácticamente imposible), de Levern, el de la Operación Arribo. Pero este enciclopedista no pudo usar una regla de cálculo sin pensar, vacilar y por fin apuntar sus decimales.

Y a partir de entonces las magnitudes C y P crecieron menos.

Bajo la destrucción tectónica y climática del gran raptó de la Tierra, bajo los avances y el retroceso desde el ecuador de la cubierta de hielo mientras los pequeños Soles sucesores del original crecían, menguaban, morían y eran reemplazados, la razón C:P permanecía estable. C había disminuido de una manera enorme; pero también lo había hecho P. A medida que las calorías para hacer posible la vida iban escaseando, las bocas consumidoras de la humanidad decrecían en número.

El pequeño Sol que hacía el número cuarenta y cinco brilló sobre un mundo sin ingenieros.

Lo mismo sucedía en el planeta nuevo. Las Pirámides, esas cosas que había en el planeta gemelo, la que estaba sobre el Monte Everest, no eran ingenieros. Empleaban una imperfecta metafísica basada en la disección y la presión.

No tenían elegantes teorías. Todo lo que sabían era que todas las cosas podían dividirse y que si se empujaba una cosa, se movía. Si al empujar una cosa con la mayor intensidad posible no se lograba moverla, podía dividirse y empujar sus partes, y entonces se movería. A veces, mediante efectos nucleares, habían llegado a dividir las cosas en 3×10^9 pedazos y empujado cada trozo muy

cuidadosamente.

Separando y empujando lograron hacer aterrizar su primera nave espacial sobre el sol abrasado en el día de la recreación del Sol. Iban cuatro seres humanos en aquella nave. Meditaron brevemente acerca de la conexión y murieron chillando.

Un punto de ignición apareció en la superficie del Sol y la nave del espacio fue recogida por el planeta gemelo. La nueva llama pasó del color cereza, a través del naranja, a un blanco azulado, y comenzó a agrandarse.

En el momento de la recreación del Sol se producía un regocijo general en la Tierra.

Sin embargo, no pasaba así en todas partes. En la Casa de las Cinco Reglas de Wheeling, Glenn Tropile esperaba la muerte con intranquilidad. El Ciudadano Boyne, que se había vuelto rabioso y había degollado al tendero, compartía la habitación de Tropile y también su sentencia, pero no su ira. Boyne, con grave placer, componía su poema de muerte.

—¡Hábleme! —gritó Tropile—. ¿Por qué estamos aquí? ¿Qué es lo que ha hecho usted y por qué? ¿Qué he hecho yo? ¿Por qué no cojo una banqueta y lo mato con ella? ¡Usted me hubiera matado si me hubiera atravesado en su camino hace dos horas!

El Ciudadano Boyne no le contestó satisfactoriamente. Las pasiones habían desaparecido de su espíritu; amablemente le propuso a Tropile un famoso aforismo:

—«Ciudadano, el arte de vivir estriba en la sustitución de las preguntas triviales e incontestables por aquellas que son importantes y tienen respuesta. Acerquémonos a admirar el Sol recién nacido».

Se volvió hacia la ventana, donde el centelleo de la llama de color blanco azulado en lo que una vez había sido el cráter de Tycho comenzaba a extenderse a través de la luna carbonizada.

Tropile, heredero al fin y al cabo de aquella cultura, volvióse con él, casi involuntariamente. Permanecía en silencio. Aquella microscópica llama blanco azulada iba creciendo lentamente. La singularidad, la tranquila ruptura del Ser en un universo que uno compartía sin brucas interrupciones, el sentirse unido con la gran flor germinadora blanco azulada que florecía ahora en el cielo y que no era diferente de uno mismo...

Cerró los ojos, tranquilo, y meditó acerca de la conexión.

Estaba siendo Dios.

La reacción producida por la lisión ya había cubierto todo el pequeño disco del sol; no tardó más de un cuarto de hora, y su meditación comenzó a decaer.

Tropile se desprendió descuidadamente de su trenca rasgada, sin preocuparse de los nuevos desgarrones. Empezaba a notarse calor en la habitación. El Ciudadano Boyne, naturalmente, estaba abriendo cada costura con cuidados y graciosos movimientos, fingiendo en su mímica grandes esfuerzos de los bíceps y trapecios.

Pero la meditación había terminado, y mientras Tropile observaba a su compañero de celda, le lanzó un silencioso *¿Por qué?* Desde su adolescencia, esa dolorida pregunta rara vez había estado alejada de su mente. Podía silenciarse mediante la sensibilidad y la meditación. Tropile era tan bueno en su especialidad de Observación del Agua que varios principiantes le habían pedido que les instruyera en ese arte sutil. Le *divertía* la Observación del Agua. Casi sentía piedad de aquellos simples que gustaban dedicarse a las Nubes y Olores. Después de una sesión de Observación, cuando se había tenido la fortuna de apreciar los Nueve Escenarios Hirvientes en la perfección clásica, uno podía hundirse en la meditación y ser armónico, sentirse Dios.

Pero ¿qué hacer cuando las meditaciones fallaban... como le habían fallado a él? ¿Qué hacer cuando se distanciaban más y más, se hacían cada vez menos intensas y sólo llegaba el estímulo ante un inmenso acontecimiento como la renovación del Sol?

Uno se volvía rabioso, había pensado siempre.

Pero él no lo había hecho, y Boyne sí. Le habían declarado Hijo del Lobo, con una evidencia que él no podía comprender. Pero no se había vuelto rabioso.

«De todas maneras, el castigo era el mismo», pensó, advirtiendo con disgusto una picazón desconocida, no la intolerable picazón interna que evidenciaba la necesidad de lograr una ventaja, sino una extraña sensación en la base de la columna vertebral. El castigo para todos los grandes crímenes —ser Lobo o volverse rabioso— era el mismo: se trataba simplemente de que sufrirían la Punción Lumbar. Él haría la Donación del Fluido.

Él moriría.

El Guardián de la Casa de las Cinco Reglas, un anciano, el Ciudadano Harmane, miró sus cargos... con aprobación a Boyne, con una nebulosa expresión a Glenn Tropile. Se consideraba que incluso los Lobos estaban habilitados para las buenas costumbres normales en los hombres en el breve intervalo comprendido entre la condena y la Donación del Fluido. El Guardián no debería haber puesto mala cara al Lobo detenido o haberle molestado con cualquier imitación estúpida en la meditación-ante-la-muerte que las criaturas deben realizar. Pero no era capaz, bajo ningún concepto, de obligarse a sí mismo a hacerle un gesto de confirmación de identidad.

Tropile no tenía esos escrúpulos.

Miró al Guardián Harmane con tal ferocidad que el anciano casi salió corriendo. Después, dirigió una mirada semejante al Ciudadano Boyne. ¡Quién se iba a imaginar que el degollador iba a estar tan tranquilo, tan manso!

Tropile exclamó brutalmente:

—¡Nos matarán! ¿Sabes? Nos clavarán una aguja en la medula y nos dejarán secos. Eso es *doloroso*. ¿Me entiende? Nos van a secar y después se beberán nuestro líquido espinal. Y va a ser *doloroso*.

—Nosotros vamos a hacer la Donación —le corrigió con educación y calma el Ciudadano Boyne—. ¿Es que un Hijo del Lobo no sabe ver la diferencia?

La verdadera cultura exigía que la puntualización fuera aceptada como una broma amable. ¿Cómo, si no, podría expresarse con palabras una verdad insoportable? De otro modo podría suceder lo inconcebible. Podrían discutir. Podrían incluso llegar a las manos. ¡Se le podía causar *dolor* a una persona por ese procedimiento!

En los labios de Tropile se conformó la apropiada sonrisa amable, pero la hizo desaparecer bruscamente. Lo iban a matar. ¡No tenía por qué sonreírles! Y el esfuerzo fue tremendo.

—¡Yo no soy un Hijo del Lobo! —rugió desesperado, sabiendo que su protesta iba dirigida a la persona de entre todos los habitantes de Wheeling a la que menos le importaba el asunto, y que aunque le importara, era la que menos podía hacer por él—. ¿A qué viene toda esa tontería sobre los Lobos? No sé lo que es un Hijo del Lobo y no creo que haya nadie que lo sepa. Todo lo que sé es que yo estaba comportándome *juiciosamente*. ¡Y todo el mundo

comenzó a aullar! Ustedes creen reconocer a los Hijos de los Lobos por su incultura, su ignorancia, su violencia. Pero ¡usted degolló a tres personas y yo me limité a coger un pedazo de pan! ¡Y resulta que el peligroso soy yo!

—Los Lobos nunca saben que son Lobos —suspiró el Ciudadano Boyne—. Los peces probablemente se creen pájaros, y usted evidentemente piensa que es un Ciudadano. Pero ¿hablaría un Ciudadano como usted lo está haciendo?

—Pero ¡ellos nos van a matar!

—Entonces ¿por qué no está usted componiendo su poema de muerte?

Glenn Tropile respiró profundamente. Algo lo estaba sacando de quicio.

Ya era bastante malo que estuviera a punto de morir, ya era bastante malo que fuera a morir sin haber hecho nada que lo justificara. Pero lo que le indignaba en aquel momento era no tener nada que hacer con la muerte.

Los porcentajes no iban bien ahora. Aquel pálido Ciudadano estaba sacando una ventaja sobre él.

Una glándula suprarrenal congestionada de Tropile —la del Ciudadano Boyne era del tamaño de una cabeza de alfiler— goteó hormonas sutilmente dentro de su fluido sanguíneo. Desde luego, él podría morir... era algo por lo que todos tenemos que pasar, más tarde o más temprano. Pero mientras estuviera vivo, no podría soportar que le aventajaran en un encuentro, una discusión, una relación... No podría tolerarlo y continuar viviendo. ¿Que le llamaban Lobo? Pues bien, Lobo. Si querían, que le llamaran también Operador o Jugador de Porcentajes; que le llamaran Cosa Cortante; que le llamaran Luchador.

Si de todo ello se podía obtener una ventaja, él la conseguiría. Era la forma de que volviera a encontrarse a gusto.

Pensando esto, contestó:

—Tiene usted razón. ¡Qué estúpido soy! ¡Debo de haber perdido la cabeza!

Se puso a pensar. Algunos hombres piensan dejando los problemas de lado; otros, lo hacen poniendo ante sí todos los hechos para compararlos. La manera de meditar de Tropile no era ninguna de estas dos, sino una especie de judo. Le concedía a su

oponente cosas tales como Fortaleza, Blindaje, Medios. No necesitaba esas cosas para sí; a cada batalla el oponente llevaba suficiente cantidad de ellas como para abastecer a los dos. Era costumbre de Tropile (y característica de los Lobos, debía admitirlo) usar la fuerza del contrario contra él mismo, destrozarse al contrincante contra sus propias defensas de acero.

Se puso a pensar.

Lo primero que tenía que hacer, decidió, era aclarar su mente: él era un Lobo. Está bien; no se quedaría esperando a que le hicieran la punción lumbar; se escaparía de allí. Pero ¿cómo?

En segundo lugar, tenía que hacer un plan. Existían obstáculos. El Ciudadano Boyne era uno. El Guardián de la Casa de las Cinco Reglas era otro.

¿Dónde estaba la pértiga que le permitiría saltar por encima de aquellas vallas? Siempre podría contar, pensó, con su esposa, Gala. Le pertenecía; haría lo que él quisiera, suponiendo que él la hiciera desear hacerlo.

Sí, Gala. Se dirigió a la puerta y le gritó al Ciudadano Harmane:

—¡Guardián! ¡Guardián! Necesito ver a mi esposa. ¡Haga que la traigan hasta aquí!

Al Guardián no le fue posible negarse; no podía. Contestó amablemente:

—Se lo propondré a la Ciudadana —y desapareció.

La tercera cosa era tiempo...

Tropile se volvió hacia el Ciudadano Boyne, hablando con tono persuasivo:

—Ciudadano, puesto que su poema a la muerte ya está listo y el mío no, ¿sería usted tan amable de ser el primero cuando ellos... cuando ellos vengan?

El Ciudadano Boyne miró pacientemente a su compañero de celda y le dirigió la Sonrisa de Convicción.

—¿Lo ves? Eres un Lobo —le dijo. Y era cierto; pero no era menos cierto que él no podía negarse. Y, efectivamente, no lo hizo.

4

A medio mundo de distancia, la Pirámide de color azul de medianoche estaba establecida sobre su monte allanado como lo había estado desde los días en que la Tierra tenía un auténtico Sol de su propiedad.

Para la Pirámide no tenía importancia que Glenn Tropile estuviera a punto de recibir un ligero pinchazo en la columna, que le extraería la savia y la vida. A la Pirámide no le importaba que el fluido espinal fuera después bebido por sus compañeros o que el pretexto para la ejecución fuera un hecho que la historia de la humanidad no acostumbraba considerar como un crimen capital. De cualquier modo, el sacrificio ritual no tenía significado para la Pirámide. La Pirámide los veía ir y venir, si es que se podía decir que la Pirámide «veía». ¿Qué importaba un ser humano más o menos? ¿Para qué tomarse la molestia de llevar el censo de un hormiguero?

Y, sin embargo, la Pirámide tenía cierto interés por Glenn Tropile y por la raza humana de la que formaba parte.

Nadie sabía mucho sobre la Pirámide, pero todo el mundo sabía ese mucho. Ellos querían algo. Si no, ¿por qué se habían molestado en robar la Tierra?

La fecha del rapto fue 2027. Un gran año: el año de los primeros aterrizajes en el Planeta Fugitivo que había llegado equivocadamente al sistema solar. Es posible que aquellos aterrizajes fueran una equivocación, si bien fueron también un gran triunfo; pero es posible que si no hubiera sido por aquellos aterrizajes, el Planeta Fugitivo hubiera seguido su órbita y desaparecido.

Sin embargo, el triunfal error estaba hecho y ésa fue la primera

vez que un ojo humano vio la Pirámide.

Poco después —si bien no antes de radiar un mensaje— ese ojo humano dejó de brillar para siempre; pero para entonces el daño ya estaba hecho. Eso fue lo que atrajo la «atención» de la Pirámide. Lo que ocurrió después hizo que los canales de radio entre Palomar y Pernambuco, entre Greenwich y el Cabo de Buena Esperanza, zumbaran llenos de preocupación, mientras los astrónomos de toda la tierra informaban y confirmaban el hecho asombroso de que nuestro planeta se había puesto en movimiento. *Regocijaos en el Mesías* había venido a llevárselo.

Un mundo de diez mil millones de habitantes, algunos de ellos célebres, muchos valientes, construyó y lanzó los cohetes gigantes de la Operación Arribo contra el invasor: nada.

La primera y única Fuerza Expedicionaria Interplanetaria ascendió hasta situarse fuera de la gravedad y se lanzó sobre el nuevo planeta para obligarle a retroceder: nada.

La Tierra seguía haciendo espirales hacia lo desconocido.

Ya que no fue posible vencer la batalla, podía intentarse una emigración. Se construyeron a gran velocidad nuevas naves. Pero se quedaron donde estaban, oxidándose, a medida que el sol iba empequeñeciéndose y el hielo adquiría volumen; ¿por qué adónde podrían ir? Ni a Marte ni a la Luna, que venían a rastras; ni al sofocante Venus, ni al crepitante Júpiter.

La emigración fracasaría con tanta seguridad como la guerra, desde el momento en que no había un lugar donde emigrar.

Sólo una Pirámide vino a la tierra. Cortó la cima de la montaña más alta que había y se estableció sobre ella. ¿Era un observatorio? ¿Un carcelero? Fuera lo que fuere, allí estaba.

El Sol se quedó demasiado lejos para que pudiera ser útil, y tomando la vieja Luna los extranjeros de la Pirámide construyeron un pequeño sol nuevo en el cielo; un sol para cinco años, que se quemaría y sería reemplazado, una y otra vez; innumerables veces. Hubo una lucha feroz contra las invencibles fuerzas superiores por parte de los diez mil millones de individuos; y cuando por fin fue evidente la inutilidad de la contienda, muchos de los diez mil millones se habían muerto helados y otros muchos se habían muerto de hambre, y casi todos los restantes tenían algo de sí mismos helado o muerto de hambre; y lo que resultó, pasados dos

siglos, era más o menos como el Ciudadano Boyne, excepto para unos cuantos, muy pocos, como Glenn Tropile.

Gala Tropile miraba tristemente a su marido, que le decía con tono urgente:

—Necesito salir de aquí. Quieren matarme. ¡Gala, tú sabes que no puedes hacerte sufrir a ti misma al permitir que me maten!

—¡No, *no puedo*! —sollozó ella.

Tropile miró por encima del hombro. El Ciudadano Boyne estaba acariciando la bella caja de un reloj de oro que había sido de su padre y que pronto sería de sus hijos. Sus ojos estaban cerrados y no estaba escuchando.

Tropile se inclinó hacia adelante y puso deliberadamente la mano sobre el brazo de su esposa. Ella le miró y se sonrojó, como era lógico; Tropile pudo notar que ella estaba temblando.

—Sí que *puedes* —susurró—, y lo que es más, lo deseas. Puedes ayudarme a salir de aquí. Insisto en ello, Gala, porque tengo que evitarte ese dolor —retiró satisfecho la mano del brazo de su esposa, mientras continuaba severamente—: Querida, ¿no crees que yo sé lo mucho que hemos significado siempre el uno para el otro?

Ella le miró apenada. De mala gana rasgó las mangas de su blusa de verano. Las costuras no habían sido separadas, porque no había tenido tiempo. Se estaba colocando el traje adecuado al Día de Recreación, para llevarlo debajo de la trenca, cuando vino el recadero que le llevaba noticias acerca de su esposo.

—Si de verdad eres un Lobo... —susurró, sin atreverse a mirarle a los ojos.

Las glándulas suprarrenales de Tropile latieron y lo llenaron de resuelta firmeza.

—Tú sabes lo que soy. Lo sabes mejor que cualquier otra persona —era una astuta remembranza de su curiosa y furtiva conducta común; al igual que la mano sobre el brazo, tenía su efecto—. Después de todo, ¿por qué nos peleamos de aquella forma anoche? —Se dio prisa; su trabajo consistía en lanzarla a la acción y no en poner el dedo en una llaga—. Porque somos *importantes* el uno para el otro. Sé que tú contarías siempre con que yo te ayudara si te encontraras en un aprieto. Y sé que te dolería mucho,

¡muchísimo, Gala!, el que yo no contara contigo.

Ella lloriqueó y entonces encontró sus ojos. Era el efecto posterior de sus disputas; por supuesto. Glenn Tropile sabía todo lo que podía obtener después de una discusión. Gala ya estaba sometida.

Miró furtivamente al Ciudadano Boyne y bajó la voz:

—¿Qué es lo que tengo que hacer?

Se marchó cinco minutos después, pero había tiempo suficiente; Tropile tenía por lo menos media hora. Ellos se llevarían a Boyne primero. Y cuando Boyne se hubiera ido...

Tropile arrancó una de las tres patas de su taburete y se sentó en difícil equilibrio sobre las otras dos. Tiró la pata arrancada a un rincón haciendo todo el ruido posible.

El Guardián de la Casa de las Cinco Reglas dejó ver su cuerpo perezoso y lanzó una mirada a la habitación.

—¿Qué le pasa a tu taburete, Lobo?

Tropile hizo una señal con la mano izquierda que quería decir: *nada de importancia*.

—Nada. Sólo que es difícil meditar sentado en esta cosa, con todos los músculos en tensión y luchando contra todo para mantener el equilibrio...

El Guardián contestó con otra señal: *por favor, déjame ayudarte*. De paso, le recordó a Tropile:

—Es tu última media hora, Lobo. Te arreglaré el taburete.

Entró y cerró la puerta ruidosamente; después volvió a salir con una expresión de suave preocupación. Incluso un Hijo del Lobo era digno de que se le apreciara en aquella última media hora anterior a la Donación.

Regresó a los cinco minutos, con un aspecto solemne e incluso alegre, como si fuera portador de serias pero agradables noticias, y anunció:

—Ha llegado la hora de la primera Donación. ¿Cuál de ustedes...?

—Él —exclamó rápidamente Tropile, señalando a Boyne, que abrió los ojos tranquilamente y asintió. Se puso en pie, hizo una seria reverencia a Tropile y siguió al Guardián hacia su Donación y su muerte. Mientras salían, Tropile hizo la seña de petición menor. El Guardián se detuvo.

—¿Qué quieres, Lobo?

Tropile le mostró el jarro de agua vacío... vacío porque él había tirado el agua por la ventana.

—Disculpame —dijo el Guardián sonrojándose. Regresó inmediatamente a llenarlo.

Tropile, en pie, lo miraba; sus glándulas suprarrenales comenzaron a latir. El Guardián estaba en desventaja. Había demostrado negligencia en su cargo: un taburete roto, el jarro sin agua. Y un Ciudadano, rotas las costumbres de los Ciudadanos de consideración y tacto, no podía evitar el ser humillado.

Tropile se aferró a su ventaja. Le ordenó al Guardián:

—Espere. Quiero hablarle.

—La Donación... —La voz del Guardián era vacilante.

—Al diablo la Donación —contestó Tropile con calma—. Después de todo, ¿qué es sino clavar un tubo en la columna vertebral de un hombre y chuparle el jugo que lo mantiene vivo? Es asesinar, eso es todo.

Aquello era horrible. El Guardián se puso literalmente blanco. Tropile estaba blasfemando y él no era capaz de detenerlo.

—Quiero hablarle de mi mujer —continuó Tropile con aire confidencial—. Es una auténtica mujer, ¿sabe? No una de esas gélidas Ciudadanas, ¿me entiende? Ella y yo acostumbramos... —vaciló un momento y preguntó—: Usted es un hombre de mundo, ¿verdad? Quiero decir, que usted sabe de la vida.

—Sí, creo que sí —tartamudeó el Guardián.

—Entonces estoy seguro de que no se escandalizará —mintió Tropile—. Bueno, debo decirle que hay un montón de cosas de las que esas señoras de largas faldas no tienen ni idea. ¡Amigo! ¿Ha visto usted alguna vez la rodilla de una mujer? —El otro rió tontamente—. ¿Ha besado alguna vez a una con —recalcó— *con* la luz encendida? ¿Se ha sentado alguna vez en un sillón bien cómodo, dígame, con una mujer en *su regazo*?... Sintiendo su peso suave y esa especie de calorillo y la ha estrechado contra su pecho, y... —Se detuvo y tragó saliva; casi se estaba haciendo temblar a sí mismo; era demasiado duro decir semejantes cosas. Pero se forzó a continuar—: Bien, ella y yo solemos hacer esas cosas. Plenamente. Todo el tiempo. A eso es lo que yo llamo una auténtica *mujer*.

Se detuvo al advertir el cambio de expresión del Guardián, sus

ojos brillantes, su respiración entrecortada. Había ido demasiado lejos. Simplemente había querido paralizar al hombre, revolucionarle, dejarlo fuera de combate, pero se había excedido; saltó hacia adelante y cogió al Guardián, que se caía desmayado.

Sin vacilar, Tropile vació el jarro de agua sobre él. El Guardián estornudó y se quedó sentado, semiinconsciente. Clavó los ojos en Tropile y se sonrojó. Tropile continuó insensible:

—Quiero ver el nuevo sol desde la calle.

Aquello era increíble. Incluso después de las espantosas obscenidades que había oído, el Guardián no estaba preparado para aquello. Se tambaleó. Tropile estaba detenido por haber infringido la Regla Quinta. Eso era todo lo que ocurría. Y semejantes personas no pueden salir de sus celdas: el guardián lo sabía, el mundo lo sabía, Tropile lo sabía.

Era una obscenidad casi más grande que los espeluznantes cuentos de perversa lujuria, ¡porque Tropile había pedido algo que era imposible! *Nunca* nadie pedía algo imposible de conceder..., porque nadie podía jamás *negarse* a algo; era completamente reprochable, insospechado.

Lo único que se podía hacer era intentar un entendimiento. El Guardián tartamudeó:

—¿Puedo... puedo dejarle ver el nuevo sol desde el pasillo?

E incluso aquello era terriblemente inmoral; pero algo tenía que ofrecer. Siempre se ofrecía algo. El Guardián no había respondido un «no» absoluto a nadie, por ningún motivo, desde su niñez. Ningún Ciudadano lo había hecho. Un «no» rotundo conduce a malos sentimientos, a groserías; incluso muy posiblemente a asesinatos. El único «no» rotundo concebible era el enorme «no» final de uno que se hubiera vuelto rabioso. Pero salvo eso...

Uno ofrecía. Se partía la diferencia. Uno se llenaba indefectiblemente de un agradable placer cuando la oferta era aceptada, cuando se partían las diferencias, cuando ambas partes se quedaban satisfechas.

—Eso será el principio —gruñó Tropile—. ¡Ábrame la puerta, vamos! No me haga esperar.

El Guardián, tambaleándose, abrió la puerta que daba al pasillo.

—¡Ahora la de la calle!

—¡No puedo! —gritó angustiado el Guardián. Escondió la cara

entre las manos y comenzó a sollozar.

—¡La de la calle! —repitió Tropile sin el menor remordimiento. Se sentía a sí mismo muy enfermo; estaba infringiendo las costumbres que habían regido la vida no sólo del Guardián, sino también la suya propia. Pero él era un Lobo.

—Seré un Lobo —gruñó avanzando hacia el Guardián—. Mi esposa... No he acabado de contarle. Algunas veces pasa su brazo alrededor de mi cuerpo y se aprieta contra mí y... recuerdo una vez... en que me besó una oreja. Era una sensación maravillosa y cálida, no puedo describírsela.

Sollozando, el Guardián tendió las llaves a Tropile y se tambaleó, completamente destrozado.

Estaba fuera de combate. Tropile se encontraba casi tan mal como él; la diferencia es que él continuaba en acción. Sus palabras le quemaban en la garganta como si fueran un ácido.

—Ellos me llaman Lobo —gritó, apoyándose contra la pared—. Pues lo seré.

Abrió la puerta exterior; su esposa le estaba esperando. Llevaba en las manos las cosas que le había pedido. Tropile le dijo de un modo extraño:

—Soy de acero y fuego. Soy un Lobo.

—Glenn, ¿estás seguro de que está bien lo que hago? —le preguntó con voz temblorosa. Él rió sin contestar y la condujo de la mano a través de las calles desiertas.

5

El Ciudadano Germyn, como era su derecho por posición y estado, ayudaba al Ciudadano Boyne a prepararse para la Donación. Era una tarea larga y elaborada de acuerdo con la ética de los Ciudadanos. No es que hubiera mucho que hacer, pero todo debía hacerse lentamente; cada paso tenía que estar rodeado por el pleno esplendor del ritual.

Se hacía a plena luz del nuevo Sol y los trescientos Ciudadanos con que contaba Wheeling para realizarlo estaban en el patio del viejo Edificio Federal, cumpliendo su alta misión.

La naturaleza de la ceremonia era la siguiente: a un hombre que se revelaba como Lobo, o que terminaba sucumbiendo bajo las exigencias de la vida y se volvía rabioso, no era posible permitirle que siguiera viviendo. Era arrastrado a presencia de un grupo de semejantes suyos y se le permitía —con ayuda de la fuerza, si era necesario, pero preferiblemente no— hacer la Donación del Fluido Espinal. La ejecución era un asesinato; y el asesinato no estaba permitido por el amable código de los Ciudadanos; pero esto no era una ejecución. La extracción del fluido espinal de un hombre no le mataba. Simplemente aseguraba que, tras algún tiempo y con mucho sufrimiento, su organismo reaccionaría de tal manera que él moriría.

Una vez efectuada la Donación, el problema era muy distinto: el sufrimiento era malo en sí; para salvar al Donante del que le esperaba, era costumbre tener a mano el más viejo y atento de los Ciudadanos con un afilado cuchillo. Cuando la Donación se había completado, se rebanaba la cabeza del Donante... solamente para evitarle sufrimientos. Eso tampoco era una ejecución, sino simplemente la aceleración de un fin inevitable. La docena

aproximada de Ciudadanos cuyo rango les permitía asistir al acto, disolvía entonces solemnemente en agua los fluidos espinales y los bebía con mucha ceremonia. En estas ocasiones era apropiado ofrecer un pequeño poema en comentario. En cualquier caso, era una espléndida oportunidad para la más pura forma de meditación entre todos los participantes.

El Ciudadano Germyn, cuya misión era la de Portador de la Sonda, ocupó su lugar detrás del Portador del Introdutor, los Anunciadores y el Inquisidor de Propósito. Cuando le pasaron al Ciudadano Boyne, Germyn le ayudó a asumir la postura convenientemente inclinada; Boyne miró hacia arriba agradecido y Germyn encontró la ocasión propicia para una Media-Sonrisa de Recomendación. El Inquisidor de Propósito se dirigió solemnemente a Boyne:

—Tiene usted el privilegio de hacer la Donación hoy aquí. ¿Desea usted hacerla?

—Sí —contestó Boyne extasiado. La ansiedad había pasado; era evidente que confiaba hacer una buena Donación; Germyn lo aprobó con todo su corazón.

Los Anunciadores, en estrofas alternadas, anunciaron la pausa conveniente para la meditación a la escasa concurrencia y todos se quedaron en silencio. El Ciudadano Germyn comenzó el proceso de borrar todo pensamiento de su mente, para prepararse a la gran oportunidad de Apreciar lo que venía después. Le distrajo un ruido; levantó la vista con irritación. Parecía proceder de la Casa de las Cinco Reglas, parecía una voz humana. Pero nadie más la había advertido. Todos los asistentes, todos aquellos que estaban en las escalinatas de piedra, se hallaban sumidos en sombría meditación.

Germyn trató de devolver sus pensamientos al lugar al que pertenecían...

Pero algo le inquietaba. Había captado una mirada del Donante, y había en ella algo... algo...

Con irritación se permitió mirar una vez más para ver qué es lo que había atraído su atención alrededor del Ciudadano Boyne.

Sí, había algo. Sobre la forma del Ciudadano Boyne, silencioso, claramente visible, un revoloteo de vida y movimiento. Nada tangible. Era como si el propio aire estuviera en movimiento...

«Era —pensó Germyn, con el corazón a punto de estallar—, ¡era

un Ojo!».

El verdadero milagro de la Traslación estaba a punto de realizarse allí y en aquel mismo momento, sobre la persona del Ciudadano Boyne. ¡Y nadie lo sabía sino él!

En esta última conjetura, el Ciudadano Germyn estaba equivocado.

Era cierto que ningún otro ojo humano veía la forma cristalina que se contorsionaba en el aire sobre el cuerpo postrado de Boyne, pero había, en algún sentido, otro testigo a varios miles de millas de distancia.

La Pirámide sobre el Monte Everest se «agitó».

No se movió; pero algo a su alrededor se movió, o cambió, o brilló. La Pirámide inspeccionó su... ¿huerta de coles?, ¿mina de relojes de pulsera? Quizá tuviera el mismo sentido decir huerta de relojes de pulsera o mina de coles; en cualquier caso, inspeccionó un lugar donde intrincados mecanismos crecían, maduraban y eran arrancados en el momento en que no eran útiles, después de haberlos congelado y devuelto a los circuitos.

A través de señales perceptibles para ella, la Pirámide había sido «advertida» de que uno de sus mecanismos estaba ya preparado.

La sangre de la Pirámide era fluido dieléctrico. Sus miembros eran cargas electrostáticas. Su filosofía: separar y empujar. Su motivo: la supervivencia.

Para una Pirámide, la supervivencia hoy no era lo mismo que había sido en otro tiempo. Entonces la supervivencia había sido simplemente deslizarse sobre un amortiguador de cargas repelentes, lanzando electrones hacia atrás para adquirir impulso, enviando vibraciones de alta frecuencia al exterior lo bastante a menudo para conseguir una imagen de su retozón retorno dentro de sí misma.

Si el diseño mostraba algo metabolizable, lo metabolizaba. Lo rompía en moléculas azotándolo con los protones sobrantes de los electrones dispersos; absorbía las moléculas. A veces el objeto metabolizable era un Inmóvil, y otras, un Móvil; una vaga, teórica y frívola clasificación para una filosofía cuya base era que *todo* se separaba. Si era un Móvil, a veces tenía que seguirlo; en eso estribaba la diferencia.

Lo esencial era la supervivencia, no hacer vanas distinciones. Y una pequeña parte de la supervivencia hoy era el trabajo de la

Pirámide del Everest.

Se sentó y esperó. Envío al exterior sus vibraciones de
A-F

saltando y dispersándose y las hizo saltar y dispersarse adicionalmente a su regreso. En la profundidad de su interior, la retorcida y superanamórfica imagen fue regenerada; a una mayor profundidad fue interpretada y valorada en cuanto a su participación en la supervivencia. Había necesidad de ciertos complejos mecanismos que crecían en este planeta. En períodos irregulares, la Pirámide valoraba la imagen para que un mecanismo —un reloj de pulsera, por decirlo de algún modo— estuviera maduro para recogerlo; y lo hacía mediante cargas electrostáticas. Cuando éstas estaban en formación, producían lo que los humanos llamaban un Ojo, pero en la Pirámide los nombres no tenían ninguna utilidad.

Ella se limitaba a recolectar cuando un mecanismo estaba maduro. Y resultó que en aquel preciso momento había madurado un mecanismo.

A un mundo de distancia, delante de las escaleras del Edificio Federal de Wheeling, las cargas electrostáticas se reunieron sobre un componente cuyo nombre era Ciudadano Boyne. Hubo un pequeño sonido, como si dos manos batieran palmas, lo que hizo que los trescientos ciudadanos de Wheeling se sobresaltaran en sus meditaciones.

El sonido se produjo al llenarse de aire el lugar que una vez había ocupado el Ciudadano Boyne, que se había evaporado instantáneamente, porque estaba maduro y fue cosechado.

6

Glenn Tropile y su llorosa esposa pasaron la noche en un pajar. Ninguno de los dos durmió demasiado.

Tropile, aterido por el contacto acerado de la paja —habrían de pasar varios meses antes que el nuevo sol caldeara la tierra lo suficiente para que esta radiara calor a su vez—, se agitaba en sueños incesantemente. Era un Lobo. Está bien, se decía una y otra vez; sería un Lobo; les devolvería los golpes a los Ciudadanos, haría...

Siempre se le desvanecía el pensamiento. ¿*Qué* es lo que iba a hacer exactamente?

La emigración era una respuesta: ir a otra ciudad. Con Gala, supuso. Comenzar una nueva vida, donde no fuera conocido como Lobo.

¿Y después, qué? ¿Tratar de vivir como un cordero, tal como lo había intentado a lo largo de todos sus años? Y, además, estaba el problema de si podría encontrar una ciudad donde no fuera conocido. La raza humana era nómada en aquellos años de sujeción a la nunca suficientemente bien entendida dominación de las Pirámides. Era un problema de intensidad solar. Cuando el nuevo Sol era joven, estaba caliente y proporcionaba una temperatura agradable, se esparcían de Norte a Sur, más allá de la línea final que en América del Norte venía a caer sobre la vieja línea Mason-Dixon. Cuando el Sol estaba muriendo, se extendía el frío y la raza iba siguiendo las estaciones. Pronto todo Wheeling se trasladaría hacia el Norte otra vez, ¿y cómo podía estar seguro de que ninguno de sus ciudadanos no se trasladaría al lugar adonde él fuera?

No estaba seguro, era la respuesta a esta pregunta.

De acuerdo, descartada la emigración. ¿Qué quedaba? Podía —

con Gala, imaginó— llevar una vida solitaria en los límites de la tierra cultivada. Ambos tenían cierta habilidad para explorar los viejos almacenes de sus antepasados y podían hallarse todavía alimentos y otros artículos.

Pero incluso un Lobo es sociable por naturaleza; y hubo frías horas en aquella noche en las que Tropile se sintió a punto de sollozar como su esposa.

Se levantó al despuntar el alba. Gala se había sumido en un sueño ligero; la despertó, diciéndole ásperamente:

—Tenemos que marcharnos. Es posible que hayan reunido arrestos suficientes para seguirnos. No quiero que nos encuentren.

Ella se levantó en silencio. Enrollaron y ataron las mantas que Gala había traído; comieron rápidamente de la comida que ella tenía consigo. Hicieron unos fardos, se los echaron sobre los hombros y comenzaron a andar. Tenían una cosa a su favor: se movían deprisa, con mayor velocidad que cualquier Ciudadano que estuviera dispuesto a seguirlos. De todas formas, Tropile no hacía más que mirar nerviosamente hacia atrás.

Se dirigieron velozmente hacia el Noroeste, y eso fue una equivocación, porque al mediodía se encontraron bloqueados por el agua. En otro tiempo fue un río; pero al fundirse las capas de hielo polar que habían sumergido las costas de los viejos continentes, lo habían anegado y ahora era agua salada. De cualquier forma, era infranqueable. Tendrían que bordearlo hacia el Oeste hasta que encontraran un puente o un bote.

—Vamos a pararnos y comer algo —propuso Tropile de mal humor, tratando de no desesperarse.

Se tumbaron en el suelo. Ahora estaba más caliente; Tropile se encontró cada vez más pesado, más pesado... Se despertó sobresaltado y miró desafiante a su alrededor. A su lado estaba tumbada su mujer, inmóvil, con los ojos abiertos mirando al cielo. Tropile miró y se estiró. Un momento de descanso, se había prometido. Y después un breve refrigerio y luego otra vez adelante... Estaba perfectamente despierto cuando vinieron a buscarlo.

Sobre su cabeza se escuchó el aleteo de un pájaro de hierro.

Tropile dio un salto; el pánico terminó de despertarlo. Parecía estúpido creerlo, pero allí estaba: en el cielo, recortando su negra silueta sobre una nube, había un helicóptero. Un hombre miraba hacia afuera, hacia abajo; lo miraba a él.

¡Un helicóptero!

Pero no había helicópteros, o al menos ninguno que volara —en el caso de que hubiera habido combustible para él—, suponiendo que existiera algún hombre capaz de hacerlo funcionar. ¡Era imposible! Y, sin embargo, allí estaba, y el hombre le estaba mirando, y la enorme e imposible maquinaria giratoria estaba descendiendo, muy cerca.

Comenzó a correr, sintiendo la corriente de aire que lanzaban las aspas hacia abajo. Fue inútil. Eran tres hombres, estaban frescos y él no. Se detuvo y adoptó la postura del hombre que está dispuesto a dar la batalla. Pero no querían luchar. Se rieron. Uno de ellos dijo en tono amistoso:

—Hace ya *mucho* tiempo que tenías que estar en la cama, muchacho. Entra. Te llevaremos a casa.

Tropile se quedó indeciso, con los puños semicerrados:

—¿Llevarme...?

—Sí, llévate a casa —afirmó el hombre—. Al lugar al que perteneces, ¿sabes, Tropile? No te devolveremos a Wheeling, si es eso lo que te preocupa.

—¿Al lugar al que yo...?

—Al lugar al que perteneces.

Entonces comprendió.

Entró intrigado en el helicóptero. A casa. Entonces *había* una casa para los que eran como él. No estaba solo, no era necesario que viviera aislado, podría estar con los de su propia clase.

Se acordó de Gala Tropile y se detuvo. Uno de los hombres comprendió su vacilación:

—¿Tu esposa? Nos pareció haberla visto a casi un kilómetro de distancia, dirigiéndose a Wheeling a todo correr.

Tropile asintió. Después de todo, era mejor; Gala no era un Lobo, aunque él había hecho todo lo posible para convertirla.

Uno de los hombres cerró la puerta; otro accionó sobre las palancas y las ruedas; las aspas giraron sobre sus cabezas; el helicóptero se balanceó sobre el tren de aterrizaje y despegaron.

Por vez primera en su vida Glenn Tropile miró hacia *abajo* a la tierra.

No se elevaron demasiado, pero Tropile nunca había volado y los cien metros escasos de aire bajo él le hicieron sentir mareo y náuseas. Bailaron sobre las colinas de Virginia, cruzaron corrientes y ríos helados, sobrevolaron viejas ciudades desiertas que no hacía mucho tiempo que habían tenido incluso sus propios nombres. No vio ninguno.

Había unos seis mil kilómetros hasta el lugar a donde se dirigían, según le informó uno de los hombres. Recorrieron el camino fácilmente antes que anocheciera.

Tropile caminó a través de la ciudad a la luz de la tarde. La electricidad brillaba blanca y azul en los edificios que lo rodeaban. ¡Imagínese! La electricidad eran calorías, y las calorías eran un tesoro.

Había otros transeúntes por la calle. Su paso no era el economizante arrastrar de pies con los brazos pendientes. Ellos quemaban energías a todas luces. Volaban. Daban zancadas. Le habían grabado en el cerebro desde su más tierna infancia que aquella forma de caminar era errónea, reprensible, estúpida, debilitadora. Desperdiciaba calorías. Pero aquella gente no parecía debilitada, y no daba la impresión de preocuparse por gastar calorías.

Era una ciudad de aspecto vulgar, que aparentemente se llamaba Princeton. No tenía el aspecto transitorio de Wheeling, por ejemplo, o Altoona, o Gary, o cualquier otra de las que Tropile recordaba. Parecía como..., bueno, parecía permanente. Tropile había oído hablar de una ciudad llamada Princeton, pero la verdad es que nunca se le había ocurrido acercarse a ella. No había razón alguna por la que a nadie se le hubiera ocurrido hacerlo o se le fuera a ocurrir en el futuro. Como todas las ciudades, su población era escasa, pero no tanto como la de la mayoría. Quizá estaba ocupado uno de cada cinco espacios vitales. Un porcentaje elevado.

El hombre que le seguía, que era uno de los del helicóptero, se llamaba Haendl. No habían hablado mucho en el vuelo y no hablaron demasiado ahora.

—Come primero —le indicó, acompañándole a una especie de luminoso y animado pesebre. Salvo que no era un pesebre, sino un

restaurante.

¿Cómo era aquel Haendl? Era un maleducado desagradable e incorrecto. Carecía de modales por completo. Desconocía, o al menos no usaba, las Diecisiete Señales Convencionales. No dejaba que Tropile fuera detrás de él y a su izquierda, a pesar de que le aventajaba por lo menos en cinco años de edad. Cuando comía, *comía*; el Sorbo de Apreciación, la Pausa del Primer Hartazgo, el Triple Brindis no significaban nada para él; se rió cuando Tropile trató de ofrecerle la Porción del Más Anciano.

Con alegría y condescendencia aquel llamado Haendl le explicó:

—Todo ese rollo está bien para cuando no tengas otra cosa mejor que hacer. Claro que vosotros, pobres desgraciados, no teníais nada; os hubierais muerto de aburrimiento sin vuestros cultos color rosa y no tenéis medios para realizar algo de mayor importancia. Sí, conozco las señales. Diecisiete formas delicadas de comunicar emociones demasiado refinadas para ser expresadas por palabras. Al diablo con ellas, Tropile. Yo tengo palabras. Ya aprenderás.

Tropile comía en silencio, tratando de pensar.

Llegó un hombre, se *tiró* sobre una silla, mirando curiosamente a Tropile mientras informaba:

—Haendl, la Carretera de Somerville. El arroyo retrocedió cuando se heló. Hubo una riada. Se lo llevó todo.

—¿Se estropeó la carretera? —preguntó Tropile.

—¿La carretera? No. Dime, ¿eres tú el individuo que Haendl fue a seguir? Tu nombre es Tropile, ¿no? —Se inclinó sobre la mesa y estrechó la mano de Tropile—. Teníamos la carretera bloqueada —explicó—. La riada la dejó perfectamente expedita. Ahora tenemos que bloquearla de nuevo.

—Llévate el tractor si lo necesitas —contestó Haendl. El individuo asintió y se marchó. Haendl continuó—: Termina, estamos perdiendo tiempo. Lo de la carretera es que la mantenemos bloqueada, ¿comprendes? No hay por qué dejar que un montón de Corderos entren y salgan.

—¿Corderos?

—Lo contrario de Lobos.

Haendl se lo explicó. Tómense diez mil millones de personas y considérese que de cada millón, uno —solo uno— es diferente. Que

tiene talento para la supervivencia. Llámesele Lobo. Diez mil de estos en un mundo de diez mil millones.

Estrújelos, hiélelos, derríbelos. Aparece el viejo *Regocijaos en el Mesías* en el cielo aterrador y hace que la raza humana en la tierra sea diezmada, fraccionada, reducida a lo que es en comparación un simple puñado de supervivientes aterrorizados y aturridos. Ya no volvería a haber jamás diez mil millones de personas en el mundo. No, ni mucho menos. Serían unos diez millones, más o menos, estremeciéndose en el espacio.

Y de esos diez millones, ¿cuántos eran Lobos?

Diez mil.

—Entiéndeme, Tropile. Nosotros *supervivimos*. No me preocupa lo que nos llamen. Los Corderos nos llaman Lobos, y yo creo que es una forma de llamamos Superhombres. Pero nosotros *supervivimos*.

Tropile asintió, comenzando a comprender.

—Por eso superviví yo en la Casa de las Cinco Reglas.

Haendl le dirigió una mirada de conmiseración.

—Por eso has supervivido a treinta años de vida de Cordero. Vamos.

Fue un paseo de inspección. Entraron en un edificio grande, con el aspecto de otros grandes e inútiles edificios de la antigüedad: paredes de piedra gris, ventanas cubiertas con cristales. Pero el interior no era igual que los otros. Después de bajar a dos sótanos, Tropile retrocedió apartándose de los rayos de luz violeta que emanaban de unos ojos de buey de cuarzo en la parte superior de un rechoncho cono de acero.

—Completamente inofensiva, Tropile; no tienes por qué preocuparte —anunció Haendl—. ¿Sabes lo que estás mirando? Ahí debajo hay un reactor de fusión. Calor. Energía. Toda la energía que necesitamos. ¿Sabes lo que significa eso? —Miró melancólicamente hacia abajo, a la brillante luz violeta de la portilla de inspección—. Vamos —dijo bruscamente.

Otro edificio, también grande, también de piedra gris. En una inscripción resquebrajada sobre la entrada se leía: «... *Seo de Humanidades*». Lo que ahora sorprendía los sentidos no era la luz, sino el sonido. Golpes, chirridos, repiques, rugidos. Unos hombres hacían estos ruidos con metales y máquinas.

—¿Un taller de reparaciones?

—¿Ves esas máquinas? —aulló Haendl—. Pertenecen a uno de nuestros hombres, Innison. Las hemos salvado de todas las ruinas de grandes fábricas que hemos encontrado. Dale a Innison una pieza de metal —de cualquier forma, cualquiera que sea su aleación— y una de esas máquinas le dará cualquier otro tamaño y hasta la transformará en otra aleación. La taladra, la corta, la suelda, la funde, la lamina, la dobla...; dile lo que quieres que haga y él lo hará. Esta fábrica está planificada para producir seis tractores y cuarenta y un coches. Y tenemos otras: aviones en Farmingdale y Wichita, armamento en Wilmington. Eso no quiere decir que no se puedan producir algunos armamentos aquí. Innison podría fabricar un tanque si fuera necesario. Un tanque completo con su cañón de 105 milímetros.

—¿Qué es un tanque? —preguntó Tropile.

Haendl se limitó a mirarle y a ordenar:

—¡Vamos!

La cabeza de Tropile giró vertiginosamente y todos los espectáculos emergieron y danzaron en su mente. Eran increíbles. Todos ellos.

La pila de fusión, la factoría, el garaje, el hangar de los aviones. Había un almacén bajo las graderías de un campo de fútbol y la cabeza de Tropile volvió a girar sobre sus hombros, tratando de contar los recipientes de café y de sopas concentradas y de *whisky* y de judías. Había otro almacén, sólo que a éste le llamaban arsenal. Estaba lleno de... armas de fuego. Armas que podían ser cargadas con cartuchos, que había allí en abundancia; armas que, cuando se cargan y se aprieta el gatillo, disparan.

—Yo vi una vez una escopeta que todavía tenía el percutor —recordó Tropile—. Pero estaba completamente oxidada.

—Ésas funcionan, Tropile. Puedes matar a un hombre con ellas. Algunos de nosotros lo han hecho.

—¡Matar...!

—¡Deja de mirar con ojos de Cordero, Tropile! ¿Cuál es la diferencia que existe si se ejecuta a un criminal? ¿Y qué es un criminal sino uno que representa un peligro para el mundo? Nosotros preferimos una escopeta al Tubo de la Donación Espinal, porque es más rápido, porque es menos repugnante... y porque no

bebemos el fluido espinal, cualquiera que sea el valor terapéutico o simbólico que tenga. Ya lo aprenderás.

Pero no añadió «vamos». Habían llegado al lugar adonde iban.

Era una pequeña habitación en el edificio en donde estaba el arsenal, y contenía, entre otras cosas, un soporte lleno de fusiles.

—Siéntate —le indicó Haendl, tomando uno de ellos y acariciándolo cuidadosamente, como había hecho el sentenciado Boyne con su reloj. Era el último modelo de rifle de corto alcance, anterior a las Pirámides. No hubiera agrupado unos cuantos disparos en una lata de café a mucho más de tres kilómetros.

—Pues bien —comenzó Haendl, golpeando la culata—: tú has visto los trabajos, Tropile. Tú has vivido treinta años con los Corderos, has visto lo que ellos tienen y lo que tenemos nosotros; no tengo que pedirte que elijas. Sé lo que escoges. Lo único que falta es decirte lo que nosotros queremos de ti.

—Yo creía... —Glenn Tropile sintió en su interior un débil latido.

—¿Por qué no? Nosotros no somos Corderos. No actuamos como ellos. *Quid pro quo*. Recuerda esto, ahorra tiempo. Has visto el *quid*. Ahora vamos por el *quo* —se inclinó hacia adelante—. Tropile, ¿qué sabes acerca de las Pirámides?

—Nada —respondió inmediatamente.

—De acuerdo —asintió Haendl—. Están a nuestro alrededor y nuestras vidas se han empobrecido a causa de ellas. Y nosotros ni siquiera sabemos por qué. No sabemos lo que son. ¿Sabías que uno de los Corderos fue Trasladado en Wheeling cuando tú te marchaste?

—¿Trasladado? —Tropile escuchaba con la boca abierta, mientras Haendl le contaba lo que le había sucedido al Ciudadano Boyne.

—Así que la Donación no se realizó después de todo.

—Quizá hubiera sido mejor para él que se hubiera llevado a cabo —contestó Haendl—. No sabemos. Por lo menos te proporcionó a ti una oportunidad de huir. Nos habíamos enterado —no importa por el momento cómo— de que Wheeling había capturado a un Lobo, de manera que te seguimos. Pero ya te habías marchado.

—Estuvisteis a punto de llegar demasiado tarde —en la voz de

Tropile había cierta indignación.

—¡Oh, no, Tropile! Nosotros nunca llegamos demasiado tarde. Si tú no tienes astucia suficiente para escaparte de los Corderos es que no eres un Lobo. Pero está la Traslación; sabemos qué sucede, pero ni siquiera conocemos lo que *es*. Todo lo que sabemos es que la gente desaparece. Hay un nuevo sol en el cielo cada cinco años o así. ¿Quién lo hace? Las Pirámides. ¿Cómo? No tenemos idea. A veces algo flota en el aire y nosotros lo llamamos un Ojo. Tiene algo que ver con la Traslación, algo que ver con las Pirámides. ¿Qué? No lo sabemos.

—No sabemos nada de nada —le interrumpió Tropile, tratando de que siguiera adelante.

—No, sobre las Pirámides no —contestó Haendl moviendo la cabeza—. Apenas se puede alcanzar a verla.

—Apenas... ¿Quieres decir que la has visto?

—Oh, sí. Sabes que hay una Pirámide sobre el Monte Everest. Eso no es una historia, es cierto. He estado allí, y allí está. Al menos así era hace cinco años, exactamente después de la última Recreación del Sol. Me imagino que no se habrá movido. Allí estará.

Tropile escuchaba maravillado. ¡Haber visto una auténtica Pirámide! Él casi había pensado que era una leyenda inventada para justificar aquellos hechos físicos, como los Ojos y las Traslaciones. Pero ¡aquel hombre increíble había visto una!

—Alguien lanzó sobre ella una bomba atómica —continuó Haendl— y lo único que ocurrió es que el Pico Norte es ahora un cráter. No hay posibilidad de moverla. Nada puede dañarla. Pero está viva. Ha estado ahí, viva, durante doscientos años; y eso es todo lo que sabemos acerca de las Pirámides. ¿Comprendes?

—Sí.

—¡Para eso es todo lo que has visto! —Se había levantado y señalaba a su alrededor—. Fusiles, tanques, aviones..., ¡queremos saber más! Tenemos que encontrar algo más, y entonces iremos a la lucha.

Había en sus palabras una nota vibrante y Tropile la captó. De alguna forma —quizá fueran sus suprarrenales las que lo advirtieron— aquel hombre tan positivo y tan autoritario iba a hacer tambalear su seguridad. Pero Haendl continuó y Tropile olvidó por un momento su alerta.

—Hicimos una expedición al Monte Everest hace cinco años —estaba diciendo—. No encontramos nada. Cinco años antes de eso y cinco años antes de eso, cada vez que hay un nuevo sol, mientras proporciona calor suficiente para dar una oportunidad de escalar sus laderas, enviamos un equipo allá arriba. Es un trabajo duro. Se lo damos a los muchachos nuevos, Tropile. Como tú.

Allí estaba. Le estaban invitando a atacar una Pirámide.

Tropile vaciló, meditó cuidadosamente, tratando de captar el sentido de aquella negociación. Era un Lobo contra otro Lobo; era difícil. Tenía que haber una ventaja...

—Hay una ventaja —gritó Haendl. Tropile saltó, pero entonces recordó: Lobo contra Lobo. Haendl continuó—: Lo que obtienes, en primer lugar, es tu vida. Comprenderás que tú ahora no puedes salir de aquí. No queremos Corderos rondando por los alrededores. Y, en segundo lugar, hay una considerable esperanza de beneficios —miró a Tropile con ojos de soñador—. Supondrás que no enviamos a nuestros grupos allí por capricho. Queremos conseguir algo de ellos. Lo que deseamos es la Tierra.

—¿La Tierra? —Aquello olía a locura; pero aquel hombre no estaba loco.

—Algún día, Tropile, nos volveremos contra ellos. No importan los Corderos; esos no cuentan. Va a ser Pirámides contra Lobos, y las Pirámides no vencerán. Y entonces...

Era suficiente para helar la sangre. ¡Aquel hombre se estaba proponiendo *luchar*, y nada menos que contra las invulnerables, las casi divinas Pirámides!

Pero él estaba ardiendo y la fiebre era contagiosa. Tropile sintió que su propia sangre comenzaba a hervir. Haendl no había acabado su «y entonces», pero no era necesario hacerlo. El «y entonces» era obvio: y entonces el mundo volverá otra vez a ser lo que era el día en que por primera vez se dejó ver el planeta errante. Y entonces regresaría a su propio sistema solar y se pondría fin a los ciclos de cinco años de frío y hambre.

Y entonces los Lobos regirían un mundo que valdría la pena.

Quizá fuera una llamada de sirena, pero no podía ser rechazada. Tropile estaba perdido. De manera que dijo:

—Puedes dejar el rifle, Haendl. Estoy con vosotros.

Y empezó otro año, un año que tenía mil ochocientos veinticinco días en el calendario y cuarenta y tres mil ochocientas horas en el reloj. Primero venían unos treinta días de primavera durante los que el solcillo renovado esparcía calor sobre el hielo, los océanos y las rocas, que lo absorbían vorazmente. El hielo se derretía, los océanos se templaban y las rocas no estaban tan frías al tacto, sino suavemente caldeadas.

Diez millones de habitantes se animaron con la primavera; una vez más habían supervivido. Los granjeros hallaron de nuevo la tierra, los quemadores de carbón cerraron sus hornos y dedicaron sus manos a la carpintería o a arreglar las carreteras durante una temporada, y mil quinientos devotos del Culto del Hielo iniciaron sus peregrinaciones desde toda América del Norte para ver el derrumbe en Niágara.

Después de treinta días llegó el verano, largo y achicharrante. Las plantas estaban listas para la siega y los granjeros volvieron a arar la tierra y a plantar otra vez, y cosecharon de nuevo y plantaron una última vez. Las ciudades de la costa, como de costumbre, se inundaron con las corrientes que venían de las capas polares, proporcionando un placer celestial a aquellos que eran aficionados a las Inmersiones. Un buen año, se decían unos a otros; un año de vendimia. ¡El chato tejado del Edificio Lever se perdía de vista bajo el brillo deslumbrante del sol!

Y a lo largo de la primavera y el verano Tropile aprendía a ser un Lobo.

El procedimiento, descubrió con disgusto, consistía en supervisar la escuela de párvulos de la colonia. No era lo que él había esperado, pero tenía la ventaja de que mientras sus alumnos iban

aprendiendo, él también aprendía.

Un día en la clase de los niños de tres años se encontró con que los «lobos» no trataban de aislarse de los «corderos», sino que coexistían con ellos en una extraña relación. Había Lobos a lo largo de toda la humanidad; ellos eran la levadura de la masa de la sociedad.

En una prosa bárbaramente simple, uno de los abecedarios decía: «Los Hijos del Lobo son buenos para los números y el dinero. Tú y tus amigos os entretenéis con juegos de dinero casi desde que aprendéis a hablar, y uno puede pensar en porcentajes y combinar el interés cuando lo desea. La mayoría de la gente no es capaz de hacerlo».

«Cierto —pensó Tropile para sus adentros, mientras lo leía en voz alta a los chiquitines—. Eso era lo que le había ocurrido a él».

«Los Corderos tienen miedo a los Hijos del Lobo. Aquellos de nosotros que viven entre ellos están en constante peligro de ser detenidos y muertos, aunque normalmente un Lobo puede cuidarse de sí mismo contra cualquier número de Corderos». También era cierto. «Una de las más peligrosas tareas que se le puede encomendar a un Lobo es vivir entre los Corderos. Sin embargo, es necesario. Sin nosotros se morirían por falta de producción, por ruina; de hambre, en definitiva».

No era necesario añadir nada. Los Corderos no eran capaces de resolver sus propios problemas.

La prosa era terriblemente escueta y los niños eran tremendamente —la palabra lo conmocionaba, pero se esforzó para formarla en su mente— *competitivos*. Los tabúes verbales se le resistían todavía, aun después de haber roto las barreras de la conducta.

Pero en algún sentido era triste. A la edad en que los futuros Ciudadanos aprendían a jugar al *hasse-ball*, a estos niños se les enseñaba a luchar. Había una discusión perenne para ver quién era Big Bill Zeckendorf cuando jugaban a un extraño pasatiempo llamado «Zeckendorf y Hilton», que muchas veces acababa con varias narices ensangrentadas.

Y nadie —nadie en absoluto— meditaba sobre la conexión.

A Tropile le habían advertido que tampoco él lo hiciera. Se lo indicó Haendl ásperamente:

—No lo entendemos y no nos gusta lo que no entendemos. Somos animales sospechosos. Cuando los niños crecen les damos la práctica suficiente para que puedan realizar una meditación o al menos fingirla. Si tienen que hacerse pasar por Ciudadanos, lo necesitarán mucho. Pero no permitimos más que eso.

—¿Permitir? —De algún modo la palabra le molestó; de algún modo sus suprarrenales comenzaron a agitarse.

—¡Permitir! Tenemos nuestras sospechas y mucho nos tememos que la gente desaparece cuando medita. Hay mucho de verdad en lo que los Corderos dicen sobre la Traslación. Nosotros no queremos desaparecer. No medites, Tropole. ¿Me oyes?

Pero más tarde, él tenía que discutir ese punto. Escogió un momento en que Haendl estaba libre, o al menos lo más libre que aquel hombre podía estar. Todos los adultos de la colonia estaban fuera, en lo que usaban como campo de instrucción y que en otro tiempo había sido un «campo de fútbol», según le informó Haendl. Estaban realizando uno de los dos ejercicios de infantería que tenían que hacer a la semana, que era uno de los precios que uno pagaba por vivir entre los libres y progresivos Lobos en lugar de estar entre los sombríos y blandos Corderos. Tropole estaba casi extenuado, pero se echó sobre la hierba cerca de Haendl, llenó los pulmones de aire y dijo:

—Haendl, sobre la Meditación...

—¿Qué pasa?

—Bueno, quizá tú no lo entiendas —buscaba las palabras. Sabía lo que quería decir. ¿Cómo podía ser malo algo que se sentía tan bueno como la Unidad? Y, después de todo, ¿no era la Traslación una cosa tan poco frecuente como para no darle importancia? Se decidió—: Cuando meditas con éxito, Haendl, eres uno con el universo. ¿Sabes lo que quiero decir? No hay ningún sentimiento semejante. Es una paz, una belleza, una armonía, un reposo indescriptibles.

—Es el narcótico más barato del mundo —resopló Haendl.

—Bueno, la verdad es que...

—Y la religión más barata del mundo. Los majaderos iconoclastas no pueden permitir ídolos dorados, de manera que usan sus propios ombligos. No pueden permitir el alcohol, ni siquiera pueden permitir el esfuerzo muscular de una profunda

inspiración de aire, que los dejaría en un estado de embriaguez de oxígeno superventilado. ¿Qué les queda, pues? La autohipnosis. Nada más. Eso es todo lo que pueden hacer, de manera que la aprenden, la definen como algo agradable y bueno, y se envician en ella.

Tropile suspiró. El individuo era muy testarudo. Entonces se le ocurrió una idea. Se alzó sobre los codos.

—¿No te dejas nada? ¿Qué hay de la Traslación?

Haendl le miró hoscamente.

—Esa es la parte que no entendemos.

—Pero seguramente la autohipnosis no explica...

—¡Desde luego que no! —Haendl manoteaba, furioso—. De acuerdo. No lo entendemos, y la verdad es que lo lamentamos. Pero haz el favor de no decirme que la Traslación es el supremo acto de Fusión de Deseos, de Total Repudia de la Dualidad, y otras tonterías semejantes. Tú no sabes lo que es y nosotros tampoco —comenzó a levantarse—. Todo cuanto sabemos es que la gente se esfuma. Y nosotros no queremos que nos ocurra; por tanto, no meditamos. ¡Ninguno de nosotros... ni tú!

Era una tontería aquella disciplina de orden cerrado. ¿Se podría derrotar la inalcanzable Pirámide del Himalaya con esos procedimientos?

Además, todo eran tonterías. Disciplina de orden cerrado y 3500 calorías diarias comenzaron a engordar y dar músculos al cuerpo de Tropile, y algo parecido le pasó a su mente. No había perdido su agudeza para adquirir aquello que hacía que en cualquier circunstancia se notara la diferencia entre un Lobo y un Cordero. Pero había ganado algo. ¿Felicidad? Bien; si la «felicidad» es tener un propósito y la esperanza de que ese propósito puede realizarse, entonces era felicidad. Un sentimiento que no había experimentado con anterioridad. Siempre había sentido la presión glandular para obtener una ventaja, y eso había desaparecido, o al menos estaba casi anulado, porque se permitía en la sociedad en que vivía ahora.

Glenn Tropile cantaba mientras rodaba con su tractor arando las tierras desheladas de Jersey. Todavía le quedaba una tenue duda. ¿Ir contra las Pirámides?

Detuvo el tractor, desaceleró el motor hasta que solo emitió un leve runruneo y lo apagó. Hacía calor; estaban en la mitad del verano del calendario de cinco años que la Pirámide había impuesto. Era el momento de descansar y tal vez de comer algo. Se sentó a la sombra de un árbol, como los granjeros hacen siempre, y desenvolvió sus bocadillos. Estaba a menos de dos kilómetros de Princeton, pero igualmente podía estar en Limbo; no había ninguna huella de ser humano que no fuera él mismo. Los Corderos que iban más hacia el Norte no llegaban hasta Princeton. Tuvo una vislumbre de que algo se movía, pero cuando se levantó para mirar mejor entre los árboles del otro lado del campo, había desaparecido. ¿Un lobo? Un verdadero lobo, quería decir. Podía haber sido un oso, porque se decía que había lobos y osos alrededor de Princeton, y aunque Tropile sabía que estas habladurías eran fomentadas por hombres como Haendl, también sabía que en parte eran ciertas.

Mientras estuvo levantado recogió paja de la cosecha del año anterior y ramas secas bajo los árboles, encendió un pequeño fuego y puso agua a hervir para el café. Después, volvió a sentarse y se comió sus bocadillos, pensando.

Es posible que significara un ascenso pasar de la escuela elemental a labrar los campos. Haendl le había prometido una plaza en la expedición que, tal vez, descubriría algo nuevo, grande y útil acerca de las Pirámides. Pero esto no sería inmediato, porque la expedición no estaba dispuesta para partir ni mucho menos.

Tropile masticaba sus bocadillos muy pensativo. ¿Por qué faltaba tanto para que la expedición estuviera dispuesta para partir? Era absolutamente esencial llegar allí con el tiempo lo más caluroso posible, de otra forma el Everest era inaccesible; generaciones de alpinistas lo habían demostrado. El tiempo más cálido estaba a punto de pasar.

Con aire preocupado añadió cinco leños al fuego, mirando pensativo dentro del cacharro del agua. Era un fuego satisfactoriamente caliente, advirtió abstraído. El agua estaba a punto de hervir.

A medio mundo de distancia, la Pirámide del Himalaya sintió, u oyó, o paladeó una diferencia.

Posiblemente los impulsos de alta frecuencia que emitían interminablemente *wheep, wheep, wheep*, hacían ahora *wheep-beep, wheep-beep*. Posiblemente el «paladar» electromagnético de infrarrojos estaba sazonado ahora con sabor de ultravioletas. Cualquiera que fuera esta señal, la Pirámide la recogió.

Una parte de la cosecha que vigilaba estaba lista para la recolección.

La maduración de los capullos tenía un nombre, pero los nombres no significan nada para la Pirámide. El hombre llamado Tropile tampoco sabía que estaba maduro. Todo lo que Tropile sabía es que por primera vez en casi un año había tenido éxito en captar cada nivel de los nueve estados perfectos del agua-que-va-a-hervir en su forma más pura.

Era como..., como..., bueno, como nada que pudiera entender alguien que no fuese un Observador del Agua. Observó. Apreció. Abarcó y absorbió los millares de sutiles perfecciones de tiempo, de cambiante transparencia, de sonido, de distribución de la ebullición del delicado, delicadísimo olor del vapor.

Todo completo, Glenn Tropile relajó sus miembros y dejó que su barbilla descansara sobre su pecho.

«Era —pensó— con una plácida y cristalina percepción, una singular y perfecta oportunidad para la meditación. Pensó en la conexión». (Sobre su cabeza apareció una mancha brillante en el aire tranquilo y claro). No había pensamiento alguno sobre los Ojos en el manuscrito borrado que era la mente de Glenn Tropile. No había ningún pensamiento sobre las Pirámides o los Lobos. El campo arado que le rodeaba no existía. Incluso el agua, que borboteaba alegremente, había salido de su percepción; estaba comenzando a meditar.

Pasó el tiempo..., o permaneció estático, pues para Tropile no había diferencia. No había tiempo. Se encontró a sí mismo casi a la orilla de la Comprensión. (El Ojo sobre él se arremolinaba salvajemente).

Algo sonó. El zumbido de un moscardón intruso o la sacudida de un músculo. Tropile regresó parcialmente a la realidad, estuvo a punto de mirar hacia arriba, casi vio el Ojo...

No importaba. Lo único que de verdad significaba algo, la única cosa en el mundo, estaba toda dentro de su mente; y él estaba

preparado, lo sabía, para encontrarla. ¡Una vez más!

Dejó que el cerebro aclarara la incontestable pregunta que se había introducido en su mente:

Si el sonido de dos manos juntas es una palmada, ¿qué es el sonido de una sola mano?

Acarició suavemente la pregunta, símbolo de la futilidad de la mente... y por otra parte acceso a la meditación. La abstracción del yo se estaba extendiendo deliciosamente sobre él.

Él era Glenn Tropile. Era más que eso. Era el agua hirviendo..., y el agua hirviendo era él; era el suave calor del fuego que..., que era, sí, la bóveda celeste. Cada cosa era otra cosa diferente; el agua era fuego; y el fuego aire; así Tropile era la primera burbuja a punto de estallar y era...

La respuesta a la pregunta incontestable se iba haciendo más clara y más dulce para él. Y entonces, todo de una vez, pero no de repente, porque no había tiempo, no estaba cerca, *fue*. La respuesta era suya, era él, la bóveda celeste era la respuesta y la respuesta pertenecía al cielo..., al calor, a todos los calores que hay y a todas las aguas, y..., y la respuesta era..., era...

Tropile se esfumó. La enorme palmada que siguió hizo danzar las llamas y que se deshilachara la columna de vapor, y después el fuego volvió a ser firme y la columna de vapor espesa. Pero Tropile ya no estaba.

8

Haendl se encaminó furioso a través de la hierba alta hacia el monótono latido del tractor.

Quizá fuera una equivocación haber llevado a Glenn Tropile a la colonia. Era más Ciudadano que Lobo, no... retiro eso, pensó Haendl; es más Lobo que Ciudadano. Pero el Lobo en él estaba contaminado por sangre de Cordero. *Competía* como un Lobo, pero a pesar de todo se negaba a dejar de lado algunas de sus costumbres de Cordero. La Meditación. Había sido advertido contra la Meditación. Pero ¿la había abandonado?

Desde luego que no.

Si hubiera dependido por completo de Haendl, Glenn Tropile se hubiera encontrado de nuevo entre los Corderos o tal vez muerto. Afortunadamente para Tropile, no dependía solo de Haendl. La comunidad de los Lobos no era una democracia en absoluto, pero el jefe tenía una cierta responsabilidad ante sus electores y la responsabilidad era ésta: no podía equivocarse. Como el Viejo Lobo Gris que protegió a Mowgli, tenía que defender sus acciones contra el ataque; si fracasaba en la defensa, la manada lo derribaría.

E Innison pensaba que necesitaba a Tropile; no a pesar de la contaminación de Ciudadano que tenía, sino precisamente por ella.

Haendl gritó:

—¡Tropile! Tropile, ¿dónde estás?

No oyó más que el viento y el runruneo del motor. Era muy irritante. Haendl tenía otras cosas que hacer que perseguir a Glenn Tropile. ¿Y dónde estaba? Allí había un tractor funcionando estúpidamente: estaba el final de los surcos que Tropile había arado. Había un pequeño fuego ardiendo...

Y estaba Tropile.

Haendl se detuvo, helado, con la boca abierta para vocear el nombre de Tropic.

Era Tropic, de acuerdo, mirando con aire concentrado el fuego y el pequeño cacharro del agua hirviendo. Mirando. Meditando. Y sobre su cabeza se formaba la cosa que Haendl temía más en este mundo. Era un Ojo.

Tropic estaba en el mismo borde de ser Trasladado... fuera lo que fuere.

Es posible que tuviera tiempo para descubrir lo que era aquello. Haendl retrocedió hasta la hierba alta, se arrodilló, sacó su transmisor de radio del bolsillo y llamó con urgencia:

—¡Innison! Innison. ¡Por todos los diablos, que alguien me ponga con Innison! —Pasaron unos segundos, contestaron unas voces, y por fin se puso Innison—. ¡Escucha, Innison! ¿Querías atrapar a Tropic en el acto de la Meditación? De acuerdo, ya lo tienes. En el viejo trigal, en la esquina sur, bajo los olmos al lado del arroyo. ¿Te has enterado? ¡Ven aquí rápidamente, Innison... se está formando un Ojo sobre su cabeza!

¡Qué suerte! Suerte porque ellos estaban preparados para esto, y sólo por suerte, porque el helicóptero que Innison había montado pacientemente para el ataque al Everest estaba listo ahora, equipado con instrumentos, capaz de medir y pesar el aura que rodeaba la Pirámide..., y estaba ahora a mano cuando lo necesitaban. Eso era suerte, pero había que conducir deprisa; era cuestión de minutos el que Tropic oyera el zumbido del helicóptero, viera las aspas descendiendo sobre el campo, tomando tierra delante de los olmos. Haendl se levantó cautelosamente y miró. Sí, Tropic estaba todavía allí. ¡Y el Ojo permanecía sobre él! Pero el ruido del helicóptero había roto el encanto; Tropic se agitó; el Ojo se balanceó y sacudió...

Pero no se desvaneció.

Agradeciendo lo sucedido a su Dios, Haendl salió corriendo alrededor de los olmos y se unió a Innison, cerrando con furia los conmutadores y dirigiendo las lentes del helicóptero...

Vieron a Tropic sentado allí, con el Ojo haciéndose más grande y acercándose sobre su cabeza. Tenían tiempo, mucho tiempo; oh, casi un minuto. Dirigieron sobre la silenciosa y desconocida forma de Glenn Tropic todos los instrumentos que transportaba el

helicóptero. Estaban esperando a que Tropile desapareciera...

Y así fue.

Innison y Haendl oyeron el ruido producido por el aire que lo reemplazó.

—Ya tenemos lo que necesitabas —exclamó Haendl con avidez—. Vamos a leer algunos instrumentos.

Durante toda la Traslación, las cintas magnéticas de alta tensión de un tambor que giraba endemoniadamente habían estado trabajando sobre veinticuatro cabezas de grabación a treinta metros por segundo. Las cabezas de grabación eran de todas las clases que habían sido capaces de concebir y construir; todas instaladas en el helicóptero para usarlas en el Monte Everest... todas señalando directamente hacia Glenn Tropile. Tenían, para el momento de la Traslación, lecturas del orden de un microsegundo de las variaciones eléctricas, gravitacionales, magnéticas, radiantes y del estado molecular a su alrededor.

Regresaron a la fábrica y laboratorio de Innison en menos de un minuto; pero les llevó horas de trabajo sobre las máquinas que traducían los datos en curvas sobre papel apropiado antes que Innison obtuviera algo que pareciera una respuesta.

—No hay misterio —explicó—. Quiero decir que no hay más misterio que el de la velocidad. ¿Quieres saber lo que le sucedió a Tropile?

—Naturalmente —contestó Haendl.

—Un haz de fuerza electrostática mantenido por una presión se lanzó hacia abajo desde el Everest, Dios sabe cómo salvan la altura, y cargó con él y con el área positiva. Una gran carga. Lo arrastran a un metro del suelo, a toda velocidad hacia el planeta gemelo. A tal velocidad, que dudo si llegará allí vivo. Es necesario un buen espacio de tiempo, casi un segundo entero, para que sus proteínas se coagulen lo suficiente para que se muera. Si ellos le quitan las cargas en el momento justo de llegar, como me imagino que habrán hecho, estará vivo.

—¿Y la fricción?

—Eso no cuenta —explicó Innison con calma—. Él llevaba un paquete de aire consigo y no hubo fricción. ¿Cómo? No lo sé.

¿Cómo se las arreglan para mantenerlo vivo en el espacio sin las cargas que sostienen el aire? No lo sé. Si no mantienen las cargas, ¿pueden superar la velocidad de la luz? No lo sé. Te cuento lo que sucedió, pero no puedo contarte *cómo* sucedió.

—Siempre es algo —contestó Haendl, muy pensativo.

—Es más de lo que hemos tenido nunca. ¡Una lectura completa del momento de la Traslación!

—Tendremos más —prometió Haendl—. Innison, ya sabes lo que hay que buscar ahora. Inténtalo. Ten todos los aparatos funcionando las veinticuatro horas del día. Estate atento a cualquier signo revelador. Cuando creas haber encontrado algo, llámame. No importa que esté comiendo. No importa que esté durmiendo. No importa que esté disfrutando las angustias del amor. Llámame, ¿me oyes? Es posible que tuvieras razón acerca de Tropile; es posible que nos vaya a ser útil. Puede ser que le produzca un dolor de estómago a las Pirámides.

—Es una lástima que lo hayan atrapado. Podía habernos sido más útil —dijo Innison, con aire pensativo, mientras rebobinaba una cinta.

—¿Una lástima? —Haendl rió agudamente—. Es posible que no, Innison. Esta vez tienen entre ellos a un Lobo.

Las Pirámides tenían un Lobo, dato que no parecía importarles.

No es posible saber lo que le «importaba» a una Pirámide, excepto por deducción. Pero se sabía que no tenían medios de distinguir un Lobo de un Ciudadano.

El planeta que era su hogar —el gemelo de la Tierra— era pequeño, oscuro, sin atmósfera y sin agua. Había sido construido completamente con sus aparatos de propulsión.

En los viejos tiempos, cuando la tecnología había producido la guerra, el lujo, el gobierno y el ocio, su sol se había quedado sin energía; y más o menos al mismo tiempo las Pirámides se habían quedado sin los Componentes que habían importado de un planeta vecino. Emplearon sus últimos Componentes para llevar a cabo su impasible metafísica de división e impulso. Empujaron su planeta.

Sabían a dónde empujarlo.

Cada Pirámide era un observatorio radio-astronómico con un

poder y una exactitud muy superiores a los más desorbitados sueños de los radioastrónomos de la Tierra. Desde este punto de partida, construyeron instrumentos para auxiliar a sus sentidos. Entraron en una especie de hibernación, reduciendo su actividad al mínimo, salvo para una exigua «tripulación», y se dirigieron a la Tierra. Tenían muchas razones para pensar que encontrarían más Componentes allí, como así fue.

Tropile era uno de esos Componentes, y lo único que le distinguía de los demás era el hecho de ser el de más reciente recolección.

La religión, o vicio, o filosofía que practicaba le permitió ser un Componente. La Meditación derivaba del Budismo Zen y era una ventaja inesperada para las Pirámides, aunque, naturalmente, no tenían idea de lo que había tras ella, lo cual, por supuesto, no les «importaba». Solo sabían que en determinadas ocasiones ciertos Componentes en potencia se convertían en Componentes, con lo cual dejaban de ser potenciales. Era importante para ellos que las mentes que cosechaban estuvieran completamente en blanco, ya que así evitaban el proceso de tener que blanquearlas.

La recolección de Tropile se produjo en el momento en que su mente había sido aclarada por la inhibición, porque a las Pirámides no les interesaba él como una entidad capaz de deseo y concepción. Solo usaban la capacidad inicial del cerebro humano y sus percepciones. Empleaban el Número de Rashevsky, la gigantesca y más que astronómica expresión que denotaba la cantidad de operaciones realizables dentro del cerebro humano. Usaban la «subcepción», el fenómeno en virtud del cual la mente humana, sin inhibiciones conscientes, reacciona directamente a los estímulos, cortocircuitando el censor cerebral, permitiendo pesar el debo-o-no-debo que precede a cada acto consciente.

Ellos eran Componentes. No es deseable que el conmutador de la pared de su habitación tenga un cerebro propio; si usted da a la llave de la luz, usted quiere que se encienda. Lo mismo les pasaba a las Pirámides.

Un Componente era necesario en el complejo industrial que transformaba los productos catabólicos en anabólicos.

Con la larga experiencia adquirida desde la caída de su planeta, las Pirámides recibieron la *tabula rasa* que era Glenn Tropile. Llegó

en una pieza, envuelto en una capa de aire. Con la mente absolutamente limpia, en un momento de inerte blancura, su meditación le había permitido —el coma del borracho psíquico— ir acolchado en cargas repulsivas mientras adquiría peso para descender, e inmediatamente se desprendió de la carga electrostática sobrante.

En este momento todavía era humano, sólo que dormido.

Permaneció «dormido». Los campos anulares que usaban para elevar y aterrizar lo colocaron y lo trasladaron al interior de un cómodo tanque de fluido nutriente. Había muchos tanques como éste, preparados y esperando.

Podían moverse, y el ocupado por Glenn Tropile se movió hacia un complejo metabolismo donde había otros muchos tanques, todos ocupados. Estaban en una habitación caliente; las Pirámides no habían desperdiciado energía en esos vanos sibaritismos en el centro de recepción. En esta habitación, Glenn Tropile fue readquiriendo poco a poco una apariencia de vida. Una vez más su corazón empezó a latir. Comenzaron a apreciarse débiles vibraciones en su pecho, así como en sus pulmones entumecidos que intentaron respirar. Las vibraciones fueron haciéndose cada vez más lentas hasta que se detuvieron; tampoco había necesidad de ese vano *confort*; el fluido nutriente lo suplía todo.

Tropile estaba «conectado al circuito».

El único cable al principio era uno provisional, un fino electrodo introducido asépticamente en el gran nervio que conduce al rinencéfalo, el «cerebro del olfato», el área del cerebro que contiene los centros del placer que motivan el comportamiento humano. (Más de mil Componentes fueron destruidos y desechados antes que las Pirámides hubiesen localizado tan exactamente los centros de placer). Mientras el Componente Tropile era «programado», el cable le premiaba con pulsaciones que hacían que su cuerpo resplandeciera de satisfacción animal cuando funcionaba correctamente. Transcurrido algún tiempo el cable se apartó, pero para entonces Tropile había «aprendido» su tarea. Los reflejos condicionados estaban establecidos. Podía contarse con ellos durante toda la larga y útil vida del Componente.

Esa vida podía ser muy larga, desde luego; en el tanque nutridor que había al lado de Tropile yacía un Componente con ocho piernas

y una orla quitinosa alrededor de los ojos. Había permanecido en aquel tanque más de ciento veinticinco mil años terrestres.

El Componente era colocado entonces en acción. Abría los ojos y veía cosas; los nervios sensoriales de sus miembros sentían cosas; los músculos de sus manos y dedos de los pies manejaban cosas.

¿Dónde estaba Glenn Tropile?

Estaba allí, todo él; pero ausente de deseo y vacío de recuerdos. Era una máquina y formaba parte de una máquina inmensa. Su sexo era el de una célula fotoeléctrica; sus ideas políticas eran las de un transistor; su ambición, la de un conmutador de mercurio. No sabía nada acerca del sexo, del temor o la esperanza. Solo sabía dos cosas: Energía y Producción.

Energía, para él, era un despliegue de lucecitas en un tablero ante su rostro ausente; y también la modulación en cada oído de un zumbido de origen líquido nacido en un altavoz.

Producción, para él, era la manipulación danzante de ciertos botones y llaves, impulsados por cambios en la Energía y no por otra causa.

Entre la Energía y la Producción yacía en el tanque, apto para un Número de Rashevsky de cambios y para nada más.

Había sido programado para cumplir una tarea específica: cuidar un compuesto químico llamado ácido 3,7,12-trihidroxicolánico, presente en el producto catabólico de las Pirámides, a través de una sucesión de más de quinientas operaciones separadas hasta que aparecía como un producto químico, que las Pirámides eran capaces de metabolizar, llamado Protoporfina IX.

No era el único Componente que se ocupaba de esta tarea; había varios, cada uno con su propia tarea. El ácido se acumulaba en grandes tanques a una milla de allí. Sabía su concentración, temperatura y presión; conocía todas las impurezas que podrían afectar las reacciones subsiguientes. Sus dedos tamborileaban, transmitiendo señales binarias para abrir las compuertas durante unos segundos y luego cerrarlas; para que pasara una determinada cantidad de disolvente; para que los agitadores trabajaran durante un tiempo determinado y a una velocidad indicada. Y si se producía una señal de que algo iba mal en alguna de las 517 operaciones

mayores y menores, él —¿o ello?— se veía obligado a decidir entre estas alternativas: ¿Desechar el producto a lo largo de la línea?, ¿aislarlo y desviarlo mediante una vía de derivación?, ¿actuar inmediatamente para corregir la función equivocada?

Sin la mente inhibida, sin las cargas de la humanidad sobre él, el intrincado tablero y las complejas modulaciones de las señales de doble sonido podían acomodarse al instante, ser valoradas y participar en la decisión.

¿Estaba ello —o él— vivo todavía?

La pregunta no tenía significado. Estaba trabajando. Era una excelente máquina y las Pirámides se preocupaban por su bien. Su única conciencia, aparte de las preguntas reflexivas que formaban parte de su programa, era «el sonido de una sola mano»: cero, ausencia de mentalidad, Samadhi, estupor.

Continuó funcionando durante algún tiempo —hasta que la cantidad requerida de Protoporfina IX se había superado por un factor suficiente de seguridad para hacer innecesarios los procesos posteriores—, esto es, durante algunos minutos o meses. Durante este tiempo fue Feliz. (Había sido programado para ser Feliz cuando no hubiera funciones incorrectas en el proceso). Al terminar este tiempo, se interceptaba a sí mismo, enviaba una señal de que la tarea estaba completa; y era puesto a yacer, para ser vuelto a programar cuando se necesitara otro Componente.

No. No tenía en absoluto importancia para las Pirámides que aquel Componente en particular no se hubiera producido entre los Ciudadanos, sino entre los Lobos.

9

Roger Germyn, Ciudadano de Wheeling, contempló a su esposa con creciente interés.

Era posible que los sucesos de los últimos días hubieran trastornado su razón, pero estaba seguro de que ella había comido en secreto una porción de la comida vespertina, en la habitación de servicio, antes de llamarlo a la mesa.

Estaba seguro de que solo sería una aberración temporal; ella era, después de todo, una Ciudadana, con todo lo que eso implicaba. Una..., una criatura, como esa Gala Tropile, por ejemplo, alguien como esa, podría robar porciones suplementarias con astucias y engaños. No es posible vivir con un Lobo durante años y que no se contagie nada. Pero no la Ciudadana Germyn.

Sonaron en la puerta tres suaves golpes.

Hablando del rey de Roma, pensó Roger Germyn; porque era la misma Gala Tropile. Entró con la cabeza inclinada, con aire triste y macilento y..., bueno, bonita.

Él empezó con toda solemnidad:

—Mis saludos, Ciuda...

—¡Están aquí! —interrumpió ella a toda velocidad.

Germyn pestañeó.

—Por favor —suplicó la mujer—. ¿No puede usted hacer algo?
¡Son Lobos!

La Ciudadana Germyn dejó oír un grito.

—Debes marcharte, Ciudadana —le dijo escuetamente Germyn, preparando ya en su mente las palabras de suave reprensión que usaría más tarde—. Vamos a ver, ¿qué es todo ese jaleo de los Lobos?

Gala Tropile se sentó distraídamente en la silla que su anfitriona

había dejado vacía.

—Estábamos huyendo —balbuceó—. Glenn me obligó a irme con él después de lo de la Casa de las Cinco Reglas. Estábamos a un día de marcha de Wheeling cuando nos detuvimos a descansar. ¡Y llegó un avión, Ciudadano!

—¡Un avión! —El Ciudadano Germyn se permitió fruncir el entrecejo—. Ciudadana, no está bien decir cosas que no son ciertas.

—¡Lo vi, Ciudadano! Había hombres en él, y uno de ellos está aquí otra vez. Vino a buscarme con otro hombre y yo me escapé de ellos por un pelo. ¡Tengo miedo!

—No hay por qué tener miedo, es solo una ocasión para apreciar —dijo el Ciudadano Germyn mecánicamente. Era lo mismo que se les dice a los niños. Pero en su interior, iba encontrando muy difícil permanecer en calma. La palabra Lobo destruía la calma, incitaba al pánico y al odio. Recordaba bien a Tropic y era un Lobo, estaba seguro. El mero hecho de que el Ciudadano Germyn hubiera dudado al principio de su calidad de Lobo era una causa poderosa para estar doblemente convencido de ella; había retrasado el día de reconocerlo como enemigo de todo el mundo y guardaba suficiente culpa secreta en su recuerdo para hacer que su corazón latiera muy deprisa.

—Cuénteme con exactitud lo que sucedió —pidió el Ciudadano Germyn, con palabras que la violencia de la emoción había hecho que perdieran toda su gracia.

—Yo regresaba a mi casa —informó obedientemente Gala Tropic— después de la comida vespertina, y la Ciudadana Puffin, que me acogió después que el Ciudadano Tropic..., después que mi marido...

—Entiendo. Usted se fue a vivir con ella.

—Sí. Me dijo que dos hombres habían venido a verme. Me dijo que estuvieron muy groseros y yo me alarmé. Miré a través de una de las ventanas de mi casa, y estaban allí. ¡Uno de ellos había estado en el avión que yo vi! Y se marcharon volando con mi marido.

—Es un asunto serio —admitió, todavía dudoso, el Ciudadano Germyn—. ¿Y después vino usted a verme?

—Sí, pero ellos me han visto, Ciudadano. ¡Creo que me han seguido! Tiene que protegerme. ¡No tengo a nadie más!

—Si son Lobos —afirmó Germyn con tranquilidad— alzaremos nuestras voces y clamaremos contra ellos. Ahora, ¿quiere la Ciudadana quedarse aquí? Saldré a ver a esos hombres.

Golpearon la puerta rudamente.

—¡Demasiado tarde! —gritó Gala Tropile con pánico—. ¡Están aquí!

El Ciudadano Germyn inició el ritual de saludo, para alejar la fealdad y la pobreza de su casa, para ofrecer todo lo que poseía a sus visitantes; era la forma de saludar a un extraño.

Ambos hombres carecían de cortesía e imaginación; sin embargo, hicieron un intento de saludar dentro de los mínimos requisitos formales de la presentación. Él debía darles crédito por eso; no obstante, casi hubiera sido menos alarmante si hubieran entrado aullando y haciendo ruido.

Porque él conocía a uno de aquellos hombres.

Extrajo su nombre de la memoria. Aquel hombre era Haendl. Había aparecido por Wheeling el día en que se había señalado a Glenn Tropile para hacer la Donación del Fluido Espinal y había conseguido liberarse y escapar. Había preguntado por Tropile a mucha gente, incluyendo al Ciudadano Germyn; e incluso en aquel momento, en que se habían producido, casi simultáneos, hechos tan extraordinarios como el de un hombre rabioso, la captura de un Lobo y una Traslación, Germyn se quedó intrigado por su falta de educación y sus maneras.

Esta vez su duda no duró mucho.

Pero aquel hombre no realizó ninguna acción manifiesta como la de Tropile de robar pan, y el Ciudadano Germyn retrasó el alzar su voz y clamar contra él. No era cosa como para tomársela a la ligera.

—Gala Tropile está en esta casa —afirmó llanamente el hombre que iba con Haendl.

El Ciudadano Germyn preparó una Sonrisa de Desviación.

—Queremos verla, Germyn. Es acerca de su marido. Él, bueno, él estuvo con nosotros durante algún tiempo, pero ha sucedido algo.

—¡Ah, sí! El Lobo.

El hombre se sonrojó y miró a Haendl, quien dijo en voz alta:

—El Lobo. Desde luego es un Lobo. Pero se ha marchado y

ustedes no tienen que preocuparse ya de eso.

—¿Se ha ido?

—No solo él, sino cuatro o cinco de nosotros —contestó Haendl iracundo—. Había un hombre llamado Innison y se ha marchado también. Necesitamos ayuda, Germyn. Se trata de Tropile, no sabemos qué, pero él ha comenzado algo. Queremos hablar con su mujer y averiguar todo lo que podamos sobre él. ¿Quiere usted sacarla de la habitación trasera donde está escondida y traerla aquí, por favor?

El Ciudadano Germyn se estremeció. Se inclinó sobre la pulsera de identificación que había pertenecido una vez al extinto Pfc Joe Hartmann y jugueteó con ella para ocultar sus pensamientos:

—Quizá tengan ustedes razón. Quizá la Ciudadana esté con mi esposa. Si esto fuera así, ¿no sería posible que ella tuviera miedo de aquellos que estuvieron una vez con su marido?

—Ella no debe tener miedo de nosotros, Germyn —rió Haendl ásperamente—. Voy a contarle algo. Le hablé a usted de ese Innison que desapareció. Era un Hijo del Lobo, ¿me entiende? Por eso... —Miró a su compañero, se chupó los labios y cambió de idea sobre lo que iba a decir a continuación—. Era un Lobo. ¿Recuerda usted haber oído decir que un Lobo haya sido Trasladado antes de ahora?

—¿Trasladado? —Germyn dejó la pulsera—. Pero ¡eso es imposible! —gritó, olvidando sus modales por completo—. ¡Oh, no! La Traslación le ocurre sólo a aquéllos que alcanzan el momento del supremo aislamiento; puede estar seguro de eso. Lo sé. Lo he visto con mis propios ojos. Ningún Lobo *podría*...

—Por lo menos cinco Lobos lo han hecho —informó Haendl rudamente—. ¿Comprende usted ahora lo que pasa? Tropile fue Trasladado..., lo vi yo con *mis* propios ojos. Al día siguiente, Innison. En el plazo de una semana, dos o tres más. De manera que nosotros vinimos aquí, Germyn, no porque nos gusten ustedes, ni porque disfrutemos con ello. Sino porque tenemos miedo. Lo que queremos es hablar con la esposa de Tropile, y supongo que usted también. Lo que queremos es hablar con alguien que le haya conocido. Hemos de saber todo lo posible acerca de Tropile y ver si logramos hacer alguna luz sobre este asunto. Porque es posible que la Traslación sea el supremo objetivo de la vida para la gente como usted, Germyn; pero no es sino una manera más de morir. Y

nosotros no queremos morir.

El Ciudadano Germyn se inclinó para recoger su apreciado brazalete de identidad. Y lo dejó distraídamente sobre la mesa. Había demasiadas cosas en su mente.

—Es extraño —dijo al fin—. ¿Puedo contarles otra cosa extraña?

Haendl, con un aspecto furioso y desesperado, asintió. Germyn continuó:

—No ha habido aquí ninguna Traslación desde el día en que el Lobo, Tropole, se escapó. Pero ha habido Ojos. Yo mismo los he visto. Ha sido... —vaciló, encogiendo los hombros— ha sido molesto. Varios de nuestros Ciudadanos más distinguidos han cesado de Meditar; han estado preocupados. ¡Tantos Ojos, y nadie atrapado! Es algo muy superior a todo lo que nuestra experiencia y nuestras costumbres han sufrido. Incluso en mi propia casa... —Tosió y continuó—: No importa. Pero los Ojos han entrado en todas las casas; se han extendido y extendido, pero no han cogido a nadie. ¿Por qué? ¿Está esto relacionado con la Traslación de Lobos? —Miró desesperado a sus visitantes—. Todo lo que sé, es que es muy extraño y que yo estoy preocupado.

—Tráiganos a Gala Tropole —exclamó Haendl—. ¡Veamos lo que podemos sacar en limpio!

El Ciudadano Germyn se inclinó. Aclaró su garganta y alzó su voz lo suficiente para que llegara de una habitación a la otra.

—¡Ciudadana! —llamó.

Hubo una pausa tras la cual apareció su esposa en el umbral de la puerta, con aspecto preocupado.

—¿Quieres preguntarle a la Ciudadana Tropole si quiere unirse a nosotros aquí? —indicó.

Su esposa afirmó, mientras informaba:

—Está descansando. La llamaré —se volvió...

Un trueno estalló en la casa.

Los cuatro saltaron, se miraron y corrieron a la habitación interior. El trueno-palmada había sido real; el aire se había estremecido para ocupar un vacío; y el vacío había sido el volumen de espacio que una vez había ocupado Gala Tropole.

Esta mujer, contaminada de Lobo, que difícilmente se

encontraría en estado de Meditar... también había sido Trasladaada.

10

En el planeta gemelo de la Tierra, Glenn Tropile había sido vuelto a programar.

El problema era la navegación. La Tierra había constituido un desengaño para las Pirámides; era necesario avanzar más rápidamente a un planeta más remunerador.

Las Pirámides habían hecho que la Tierra pasara la órbita de Plutón con un simple empujón, suave y sólido. Bastó para aproximarse a la dirección en la cual, por el momento, deseaban ir; tenían muchísimo tiempo para corregir el rumbo más adelante.

Pero ahora había llegado el momento de las correcciones, antes de lo que esperaban. Ya sabían hacia dónde tenían que viajar: una asociación de estrellas que presentaba una razonable seguridad de riqueza en planetas Componentíferos. Tenía la naturaleza de todas las minas de Componentes. Siempre sucedía así.

No importaba que se acabaran; siempre había más minas. Si no hubiera sido así, habría sido necesario, quizá, almacenar razas de Componentes para futuras necesidades. Pero era más fácil ir siguiendo el filón y avanzar.

Ahora había que medir la ruta, con cálculos tan variables como el movimiento de la asociación de estrellas, la aceleración del sistema del planeta gemelo y la influencia gravitacional de todos y cada uno de los objetos astronómicos del Universo.

El cálculo exacto sobre estas bases no era, indudablemente, práctico. No respondía al problema, ya que el tiempo requerido se aproximaría a la eternidad.

Cabía simplificar el problema. Solo los cuerpos astronómicos que estaban relativamente cercanos necesitaban ser tratados individualmente. Más allá, las Pirámides comenzaron a agruparlos

en asociaciones pequeñas; a los más lejanos todavía, en grandes asociaciones, y a los más lejanos aún —y más numerosos— se les agrupó como un vago «ruido» gravitacional del que bastaba conocer su intensidad media.

E incluso cuando ningún Componente individual pudo manejar su propia parte del problema, tenían el «calculador» que habían creado.

Todo esto no era nuevo para las Pirámides; sabían cómo arreglárselas. Redujeron el problema a sus términos esenciales; incluso separaron estos en muchas partes. Había, por ejemplo, la subsección de un cierto aspecto del problema logístico implicado que suponía la localización y búsqueda de Componentes adicionales para manejar la carga.

Incluso esta minúscula especialización era demasiado para un solo Componente; pero las Pirámides tenían soluciones para dar y tomar. El procedimiento en tales casos era ligar juntos a varios Componentes.

Así lo hicieron.

Cuando las Pirámides terminaron su neurocirugía, flotaba en un enorme tanque nutridor una cosa parecida a una gran anémona marina. Estaba compuesta de ocho Componentes, todos humanos, colocados en un círculo, mirando hacia adentro, unidos sien con sien, cerebro con cerebro.

A sus pies, donde podían verlo dieciséis ojos, estaba el tablero de su Energía. Cada una de las dieciséis manos tenía a su alcance un interruptor para manejar su Producción de señales gemelas. No podía haber almacenamiento de Energía fuera del propio complejo de ocho Componentes; iban como señales de control a los generadores electrostáticos, canalizadas a través de la Pirámide del Monte Everest, que estaba encargada de la tarea de proporcionar Componentes.

Es decir, de la Traslación.

La programación era lenta, pero continua. Quizá la Pirámide que activaba en último término a la óctuple unidad estaba contenta de sí misma, ignorando que uno de sus Componentes era Glenn Tropic.

Nirvana. (Lo ocupaba todo. No había nada fuera de él).

Nirvana. (Glenn Tropile flotaba en él como en el fluido amniótico que lo rodeaba).

Nirvana... El sonido de una mano... Flotando...

Hubo una intrusión.

La perfección es completa; toda adición la destruye. *El dualismo apareció como un rayo, destruyendo la unidad.*

A Glenn Tropile le parecía como si su esposa le estuviera gritando para que se despertara. Lo intentó.

Era extrañamente difícil y doloroso. Una tristeza aguda que estaba por encima del tiempo, cinco años de pesar por un amor perdido comprimidos en un microsegundo. Siempre era así. Tropile pensó perezosamente, despertándose: nunca dura; no vale la pena preocuparse por algo que sucede irremediabilmente.

De pronto se apoderó de él un horrible estremecimiento.

Aquel no era un despertar natural. No era una cosa normal, en absoluto. ¡*Nada* era igual a otras veces!

Tropile abrió la boca y gritó, o pensó que lo hacía. Pero solo percibió un ronco y débil murmullo en sus tímpanos.

Era el momento en que la cordura debería haber desaparecido. Pero hubo un hecho curioso y mundano que lo salvó. Tenía algo entre las manos. Se encontró con que podía mirarlo, y que era un interruptor. Un interruptor conectado a un tablero, y tenía uno en cada mano.

Era pequeño para confiar en él, pero por lo menos era real. Si sus manos podían mantener algo, entonces debería existir alguna realidad en algún sitio.

Tropile cerró los ojos y trató de abrirlos de nuevo. Sí, había realidad también allí; cerró los ojos y cesó la luz; los abrió y volvió la luz.

Entonces tal vez no estuviera muerto, como había pensado.

Con cuidado, tanteando —su mente era la única herramienta utilizable— trató de hacer una estimación de lo que le rodeaba. Apenas podía creer en lo que encontró.

Por otra parte, casi podía moverse. Estaba atado de alguna manera, por los pies y por la cabeza. ¿Cómo? No podía decirlo.

Además estaba atado y no podía enderezarse. ¿Por qué? Tampoco podía decirlo, pero no había duda. Los músculos de su

espalda obedecían su orden, pero su cuerpo permanecía inmóvil.

Más aún: sus ojos veían, pero sólo en un área pequeña.

Tampoco le era posible mover la cabeza. De todas formas, podía ver algunas cosas. Los interruptores de sus manos, sus pies, una especie de luces en un extraño tablero circular.

Las luces vacilaron y cambiaron de diseño.

Sin pensarlo oprimió el interruptor de la mano izquierda... ¿Por qué? Porque estaba *bien* hacerlo. Cuando una determinada luz se ponía verde, había que apretar un botón. ¿Por qué, otra vez? Bueno, cuando una determinada luz se ponía verde, había que apretar...

Abandonó ese problema. No importa por qué; ¿qué diablos *estaba* sucediendo?

Glenn Tropic se arrastró como un molusco que saliera de su concha. Había otro hecho, la rareza de lo que se veía. ¿Qué es lo que hacía que pareciera tan extraño?, se preguntó a sí mismo.

Encontró una respuesta; pero se requería algún tiempo para aceptarla. Estaba viendo una extraña perspectiva. Uno mira con los dos ojos. Se cierra uno y el mundo es plano. Se abre otra vez y hay un doble estereoscopio; los salientes del panorama se lanzan hacia adelante, los entrantes retroceden.

Lo mismo ocurría con las luces del panel... no, no exactamente; pero algo *semejante* a eso, pensó. Era como si —se estiró y se retorció— como si en realidad no lo hubiera *visto* nunca antes. Como si durante toda su vida no hubiera tenido más que un ojo y ahora, de alguna manera extraña, le hubieran dado dos.

Su percepción visual del tablero era *total*. Lo podía ver todo de una vez. No tenía «frente» o «espalda»; era todo redondo; el pensamiento natural no se orientaba; lo envolvía y comprendía todo como una unidad. No tenía secretos de sombra o silueta.

Pienso, silabeó lentamente para sí mismo, pienso que me estoy volviendo loco.

Pero eso tampoco era una explicación. La simple locura no justificaba lo que estaba viendo.

Entonces, se preguntó, ¿se encontraba en el estado que hay *detrás* del Nirvana? Recordó, con un extraño reflejo de culpabilidad, que había estado meditando, contemplando los estadios del agua hirviendo. De acuerdo, tal vez hubiera sido Traslado. ¿Pero qué era eso, entonces? ¿Estaban equivocados los meditadores al decir

que el Nirvana era el fin..., y más aún los Lobos, que despreciaban la Meditación como un fenómeno que entraba dentro de la superstición, negándose por completo a discutirla?

Esa era una pregunta para la que no podía hallar nada aproximado a una respuesta. La dejó de lado y se miró las manos.

Notó que podía verlas, también, en relieve; que podía ver cada arruga y cada poro de todas las dieciséis...

¡Dieciséis manos!

Era otro momento en que la cordura parecía haber desaparecido.

Cerró los ojos (¡dieciséis ojos! ¡No cabía duda de su percepción total!), y después de un rato volvió a abrirlos.

Las manos estaban allí. Las dieciséis.

Con cuidado, Tropile seleccionó un dedo que le pareció familiar en la memoria y, después de pensar un momento, lo flexionó. Se dobló. Eligió otro. Otro... en una mano diferente, esta vez.

Podía usar cualquiera de las dieciséis manos. Eran todas suyas; las dieciséis.

«Al parecer —pensó Tropile estúpidamente— soy una especie de candelabro de ocho brazos. Cada uno de estos brazos es un cuerpo humano».

Se retorció y añadió otro dato. «También parece que estoy en un tanque de fluido y, sin embargo, no me ahogo».

De esto extrajo ciertas deducciones. Alguien —¿las Pirámides?— había hecho algo con sus pulmones, o el fluido era tan buen medio oxigenado como el aire. O ambas cosas.

De pronto, hubo una serie de movimientos de luces en el tablero que tenía delante. Instantánea e involuntariamente, sus dieciséis manos comenzaron a accionar los interruptores, transmitiendo complejas direcciones en una furiosa avalancha de encender y apagar interruptores.

Tropile se relajó y dejó correr las cosas. No tenía elección; la energía que le hacía *apto* para responder al tablero imposibilitaba a su cerebro para concentrarse mientras se estaba produciendo la respuesta. Quizá, pensó perezosamente, quizá no hubiera podido despertarse jamás de no haber sido por aquel largo período sin luces...

Pero estaba despierto. Y su conciencia comenzó a explorar tan pronto hubo terminado la tarea.

Había tenido una oportunidad de comprender algo de lo que estaba sucediendo. Comprendió que estaba formando parte de algo más grande que él, sin duda algo que servía y pertenecía a las Pirámides. Su cerebro no era lo suficientemente grande para la tarea y le habían unido otros siete.

Pero ¿dónde estaban sus personalidades?

Supuso que habían desaparecido; probablemente, habían sido Ciudadanos. Los Hijos del Lobo no meditaban y de este modo no eran Traslados..., excepto él, recordó sombríamente, evocando la meditación de las nubes que le había conducido a...

¡No, espere! ¡No era de las nubes, sino del agua!

Tropile luchó consigo mismo y forzó a su mente a retener aquel pensamiento. *Recordaba* la Meditación de las nubes. Había sido promovida por unos cúmulos muy bonitos.

Y esto era extraño. Tropile nunca se había interesado demasiado por las nubes; ni siquiera había sabido jamás las clasificaciones secundarias de ellas. Y *sabía* que aquellos cúmulos pertenecían al cuarto orden.

Era una memoria falsa. *No era la suya.*

Luego, lógicamente, era la memoria de otro; y siendo utilizable por su propia mente, como lo eran las otras catorce manos y los otros catorce ojos, debía pertenecer a... otro brazo del candelabro.

Volvió los ojos y trató de ver cuál de los brazos correspondía a su antiguo cuerpo. Lo halló rápidamente, con excitación creciente. Había en el pulgar del pie izquierdo de su propio cuerpo una cicatriz deformada dos veces mayor de lo que debería ser; se la había producido en la niñez, había desaparecido y ahora crecía de nuevo. ¡Bien! Aquel pie era verdaderamente suyo.

Trató de sentir el cuerpo que conducía a aquel dedo familiar.

Lo descubrió, pero no fue fácil. Después de cierto tiempo comenzó a tener mayor conciencia de *aquel* cuerpo..., como un neurótico que fuera tomando «conciencia del estómago» o «conciencia del corazón»; pero eso no era neurosis, sino una exploración intencionada.

Una vez conseguido esto, transfirió su atención con cierto desasosiego a otro par de pies y «pensó» su camino desde ellos.

Era embarazoso.

Por vez primera en su vida sabía lo que se siente cuando se tienen mamas. Por vez primera en su vida sabía lo que era tener los órganos internos de un tamaño y disposición completamente diferentes, afianzados y sujetos por músculos distintos. El debilísimo conocimiento subconsciente que el hombre tiene de sus vísceras, nunca puesto en juicio a no ser que algo ande mal en ellas y comiencen a molestar, nada tenía que ver con el conocimiento subconsciente que una mujer tiene de su interior.

Y cuando se concentró en aquel sentimiento, no era nada débil para él. Era sorprendente y molesto.

Apartó su atención, con la esperanza de que sería capaz. Lo fue. De manera muy grata volvió a tener conciencia otra vez de su propio cuerpo. De algún modo, él era todavía *él mismo* si elegía serlo.

¿Era también los otros siete?

Penetró en su mente, en *toda* ella, en todas y cada una de las ocho inteligencias separadas que se combinaban dentro de él.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó.

No hubo respuesta, o al menos nada que él pudiera reconocer como tal. Insistió con más fuerza, sin recibir contestación. Era molesto. Se lamentó de ello, tan amargamente —recordó— como lo había hecho en los viejos tiempos, cuando le enseñaron por vez primera las sutilezas de las clasificaciones de las nubes. Había tenido un maestro en la Apreciación de las Nubes, cuyo nombre había olvidado, que algunas veces había sido bastante grosero...

¡Otra vez un recuerdo falso!

Lo apartó y meditó sobre él. Tal vez, pensó, eso fuera parte de una respuesta. Esta gente, estos otros siete, quizá no pudieran ser dirigidos. El intento de hacerlos reintegrarse a la conciencia habría de ser delicado. Cuando él trató de hacerlo le fue doloroso —recordaba el instante de violenta agonía de su despertar— y ellos reaccionarían sintiéndose desdichados.

Más suavemente, alerta contra las memorias «vagabundas»,

rastrilló las profundidades de la mente de ocho dobleces que tenía dentro de sí, alcanzando las partes dormidas, tocándolas, manejándolas, uniéndolas y separándolas, clasificándolas. Este recuerdo de una vieja herida de cuchillo producida por uno que se había vuelto rabioso..., no era la de la mujer de las Nubes; era la de un hombre de mucha edad. Esa débil reminiscencia de un temor infantil a las inundaciones... ¿era esa ella? Sí, eso ajustaba con este otro recuerdo, el largo rodeo en la carretera sur hacia el sol, bordeando el río.

La mujer de las Nubes fue la primera en rondar su mente, fuera de ella; la primera con la que se había comunicado. No le sorprendió descubrir que, en los primeros años de su vida, ella sintió el temor de ser una Loba.

Salíó de ella. Era casi trágico... conocer el «nombre secreto» de una persona, de manera que entonces era de él y podía mandar sobre ella. Pero el «nombre secreto» de una persona era más que eso; era la *posesión* de ella; era la suma de todos sus datos y experiencias, inalcanzables para cualquier otro ser... hasta ahora.

Con sus recuerdos situados al fin en su propia mente, pensó persuasivamente: «Ciudadana Alla Narova, ¿quiere usted despertarse y hablar conmigo?».

No hubo respuesta, solo una vaga y atormentada agitación.

Insistió suavemente: «La conozco bien, Alla Narova. Usted a veces pensaba que podía ser Hija del Lobo, pero en realidad nunca lo creyó, porque sabía que usted amaba a su marido y creía que los Lobos no eran capaces de amar. A usted le encantaban las nubes. Cuando estaba en Beachy Head y vio un gran cúmulo, alcanzó la meditación...».

Y siguió pensando.

Se repitió a sí mismo una y otra vez con acento persuasivo. Incluso así no fue fácil, pero al fin comenzó a llegar a ella. Poco a poco ella comenzó a captar. Los pensamientos sonaban débilmente en su cerebro. Al principio como ecos: rebotando en él sus propios pensamientos; como una especie de mudo asentimiento mental, «sí, eso es». Después..., terror. Un miedo estremecedor; un choque histérico; la Ciudadana Alla Narova llegó violentamente a la plena conciencia y al pánico.

Gritaba sin emitir sonido alguno. La figura de ocho brazos se

estremeció y se retorció en su baño nutritivo.

La terrible tormenta bramó en la propia mente de Tropile con tanta violencia como en la de ella..., pero él tenía la ventaja de saber lo que sucedía. La ayudó. Luchó por los dos..., aliviando, explicando, calmando.

Y venció.

Por fin su brazo del candelabro se retiró, sollozando. La tormenta había terminado.

Tropile le habló desde su propia mente y ella «escuchó». Alla no le creía, pero no tenía otra elección; tenía que creer.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó al fin, exhausta y pasiva—. ¡Desearía estar muerta!

—Usted no había sido nunca tan cobarde —dijo él—. Recuerde, Alla Narova, yo la *conozco* a usted.

—Y yo le conozco a usted —el pensamiento volvía desde ella—. Como nadie ha conocido jamás a otro ser humano.

Después, se hallaron pensando juntos, intrincadamente. «Más que conversación. Más que comunión. Más que amor. ¿Recuerda cómo temía la inundación? Lo recuerdo. Y usted, ¡con su temor de impotencia en la noche de bodas! Lo recuerdo. ¿Tenemos que ser indecentes el uno con el otro? Creo que sí. Después de todo, usted es el primer hombre que ha tenido un niño. Y usted es la primera mujer que engendró uno. La vergüenza quedó atrás, también la timidez...».

Las manos de Tropile accionaron y desaparecieron las luces del tablero. Aquello era tan condenadamente extraño. Él era él y ella era ella y los dos juntos eran... ¿qué? Ella era buena y amable o él no habría sido capaz de soportarlo. Ella había amparado durante un año a aquel pobre ciego en Cádiz; durante aquella cosecha tan mala en Vincennes, había ido valerosamente a los campos, realizando trabajos impropios de su condición de mujer, en beneficio de todos; ella había matado a su marido en un momento de furia, una fugaz y secreta rabia...

—¡Apártese de mí! —gritó él.

Todo estaba allí, en su memoria. Un pisapapeles de cristal, muy antiguo y del tamaño de un puño, con rayas ondulantes de color, colocado sobre un plato de porcelana cuadrado en donde se leía, en ornamentales letras azules, *Dios bendiga nuestro hogar*. Su marido

estaba tumbado, roncando, y la nieve había comenzado a caer en el exterior. Y ella había golpeado y golpeado sin piedad, con los ojos enrojecidos, jadeante, consumida de odio y ansia de sangre. Ella lo había hecho; ¿cómo podría olvidar el borboteante horror de la cara que permaneció viviendo y babeando aún después que los ojos quedaron triturados a golpes y la mandíbula pendiente, destrozada en ocho partes, flexible como la espina dorsal de una serpiente?

—¡Apártese de mí! —gritó él.

—¿Cómo? —se limitó a preguntar ella.

Tropile comenzó a reír entre dientes. Quizá si se reía de ser el gemelo que aquel monstruo dejaría de parecerle tan malo. Todo el asunto sería, probablemente, algún chiste universal al cual él acababa de encontrar la gracia; se pasaría el resto de su vida riéndose.

—Corruptor —le llamaba ahora ella—. Sí, yo maté a mi marido, pero usted pervirtió a su esposa, haciéndole sufrir la muerte en vida, convirtiendo su amor en enfermedad y vergüenza. Me da la impresión de que estamos bien emparejados. Puedo vivir contigo, corruptor.

La cosa seguía y no era parte de un chiste.

—Y yo puedo vivir contigo, asesina —dijo él al fin—. Porque sé que no eres una vulgar asesina. Está también lo de Cádiz y Vincennes.

—Y en ti había un centenar de ternuras diarias con tu mujer para compensarla del daño. No eres tan malo, Tropile. Eres un ser humano.

—Y tú también. Pero ¿qué somos... nosotros?

—Hemos de comenzar a descubrirlo. Todo es completamente nuevo. Tenemos que tratar de engañarnos a nosotros mismos para descubrir lo que somos; si no lo hacemos así, tú y yo siempre seremos Nosotros.

—Si inventara una historia —dijo Tropile— sería sobre el famoso capitán *Sir* Roderik Flandray, del Servicio de Seguridad, de la Imperial Flota del Espacio..., moreno, sardónico, con su brillante melancolía.

—Y mi historia sería acerca de la condenada Iseult, que se lanzó a sí misma desde la vida al amor como una costa abrupta de Cornualles, la pobre loca. Adiós a los placeres de la mesa y el

banco; el mundo bien perdido por unas cuantas contracciones aberradas; no puedo evitar ser lo que soy.

Rieron ambos y ambos continuaron:

—Si *nosotros* contamos una historia será sobre un fuego circular que creció.

Y se echaron para atrás en un éxtasis de terror ante lo que habían dicho.

Estuvieron en silencio largo rato mientras sus manos encendían y apagaban interruptores.

—No quiero saber nada de eso —dijo al fin Alla Narova—. ¿O...? No sabía.

—No había estado tan asustado en mi vida —contestó Glenn Tropile— ni tú. Ni habíamos estado jamás tan asustados al descubrir el significado de algo. *Mi* héroe es Lucifer; *tu* heroína es Ishtar la Joven. El *nuestro* es un fuego circular que crece.

—Tratemos de despertar a los otros —sugirió ella.

—Supongo que debemos hacerlo —contestó él desesperanzado—. No vale la pena mantener nuestras respiraciones o alzarnos muy tiesos y negarnos a ser molestados.

—Nosotros hemos zanjado el asunto —terminó Alla Narova.

11

Haendl estaba al borde de un ataque de histeria. Era algo nuevo en su vida.

Estaban en pleno verano y la oculta colonia de Lobos en Princeton debería haber vibrado, llena de vida y energía. Las cosechas crecían en todos los campos circundantes. Los agotados almacenes se llenaban de nuevo. El avión reconstruido con tantas dificultades y preparado para el asalto al Monte Everest estaba allí, listo para recibir su tripulación y despegar.

Y nada, absolutamente nada, iba a derechas.

Parecía como si no hubiera expedición al Everest. Por cuarta vez Haendl había elegido sus fuerzas y las había preparado. Cuatro veces el hombre clave de la expedición se había... evaporado.

¡Los Lobos no se evaporaban!

Y habían sido muchos. Primero Tropile, después Innison, luego dos docenas más, lo cual demostraba que nadie estaba inmune. Obsérvese a Innison, por ejemplo. Ese sí que era un Lobo con todas las de la ley. Era un hombre de acción y no un pensador; sus aptitudes eran las de un artesano, de un metalúrgico, de un mecánico. ¿Cómo podía un hombre semejante sucumbir al pálido señuelo de la Meditación?

Pero no cabía duda de que había sucumbido.

Las cosas habían llegado a un punto en que el propio Haendl se hallaba furioso e incómodo. Había preparado ingeniosas alarmas para sí mismo..., solicitó la ayuda de los demás miembros de la colonia para que le ayudaran a evitar el peligro de la Traslación.

Cuando se iba a la cama, un teniente se sentaba a su lado, en expectante alerta, no fuera que Haendl, en ese momento de embelesamiento que precede al sueño, cayera en la meditación y

fuera Trasladado. Ni una sola hora en el día se permitía Haendl estar solo. Y sus compañeros, o guardias, tenían instrucciones de sacudirlo tan violentamente como fuera preciso, con tal de mantenerlo despierto, a la primera apariencia de mirada abstraída o de ensimismamiento en sus gestos. Según fue pasando el tiempo, el régimen de constante alerta que Haendl se había impuesto a sí mismo comenzó a producirle una falta grave de reposo y de sueño. Y las consecuencias no tardaron en presentarse: más y más ocasiones en que los guardaespaldas tenían que despabilarlo; cada vez menos descanso.

Desde luego, estaba muy cerca de la histeria.

Era una caliente y húmeda mañana, pocos días después de su estéril expedición para ver al Ciudadano Germyn en Wheeling, Haendl se tomó un insípido desayuno y, bamboleándose de fatiga, efectuó una vuelta de inspección a Princeton. Caía una lluvia cálida de las nubes bajas; pero esto no era sino un motivo más de enojo para Haendl. Casi no la notaba.

Había más de mil Lobos en la comunidad y todos ellos llevaban señales de preocupación en sus rostros. Haendl no era el único hombre en Princeton que había tendido trampas alrededor de sí mismo; no era el único hombre que llevaba sueño atrasado. Una comunidad de mil miembros es algo muy íntimo. Cuando uno de cada cuarenta desaparece, la moral de toda la comunidad recibe una fuerte sacudida. Para Haendl estaba claro, al mirar las caras de todos sus compatriotas, que no sólo no iba a ser posible montar el planeado asalto a la Pirámide del Everest en ese año, sino que sería difícilísimo hacer que la comunidad siguiera adelante.

Toda la manada de los Lobos estaba al borde del pánico.

Se oyó un grito confuso a la espalda de Haendl. Aturdido, se volvió y miró; media docena de Lobos estaban gritando y señalando algo en el aire húmedo y caliente.

Era un Ojo, pendiente, silencioso e informe sobre el centro de la calle.

Haendl respiró profundamente y demostró dominio de sí mismo:

—¡Frampton! —ordenó a uno de sus tenientes—. Trae el helicóptero de los instrumentos aquí. Tomaremos algunos datos más.

Frampton abrió la boca, después miró más de cerca a Haendl y,

en vez de obedecer, comenzó a hablar por su radio de bolsillo. Haendl sabía lo que había en la mente de aquel hombre... porque estaba también en la suya. ¿De qué servían más datos? Desde el día de la Traslación de Tropile habían tenido superabundancia de datos en todos sus instrumentos sobre las fuerzas y auras que rodeaban a los Ojos... sí, y durante las propias Traslaciones también. Antes de Tropile nadie había visto jamás un Ojo en Princeton, y mucho menos una Traslación en el momento de producirse; pero las cosas eran diferentes ahora. Todo era distinto; los Ojos vagaban sin descanso por los alrededores, día y noche.

Algunos de los hombres más próximos al Ojo estaban cogiendo piedras y puñados de barro y tirándolos al tembloroso remolino de aire. Haendl comenzó a gritarles que se detuvieran; después cambió de idea. El Ojo no parecía afectado, ya que mientras él miraba, uno de los hombres le acertó directamente con una piedra. Ésta pasó a través del Ojo sin producir ningún sonido o efecto; ¿por qué no permitirles que ahuyentaran algunos de sus temores con la acción directa?

Se oyó el revoloteo de las aspas de un helicóptero y el aparato de los instrumentos se acercó y descendió en medio de la calle, entre Haendl y el Ojo.

A partir de entonces todo fue muy rápido.

El Ojo se deslizó hacia Haendl. No podía evitarlo, trató de huir. Sin duda era inútil, pero tampoco era necesario, porque en un segundo se dio cuenta que el Ojo no iba hacia él. Vio que el Ojo aumentaba su tamaño. Tal vez era ya del tamaño de un balón de fútbol; estaba creciendo y creciendo; era cada vez más grande, enorme. Se detuvo, se colocó sobre el helicóptero, mientras el hombre que lo tripulaba manejaba frenéticamente las lentes y los aparatos de medición...

Se oyó el trueno.

Esta vez no fue un hombre; la Traslación había ido más allá de los hombres; todo el helicóptero se desvaneció: el hombre, los instrumentos, las aspas... Todo.

Haendl se levantó, sudando, aterrorizado.

El joven llamado Frampton le preguntó, muerto de miedo:

—Haendl, ¿qué vamos a hacer ahora?

—¿Hacer? —Haendl lo miraba con aire ausente—. Supongo que

suicidarnos.

Luego, como si hubiera encontrado la solución al problema, continuó:

—Bueno, antes de eso, podemos hacer algo. Voy a ir a Wheeling. Nosotros, los Lobos, hemos mordido el polvo; tal vez los Ciudadanos puedan ayudarnos ahora.

Roger Germyn, Ciudadano de Wheeling, recibió el recado en las habitaciones donde tenía instalado su despacho. Había un visitante esperándole en casa.

Germyn era todavía un Ciudadano y no podía romper la agradable e interminable discusión que estaba manteniendo con un cliente en perspectiva acerca de un potencial arreglo financiero..., al menos no podía hacerlo bruscamente. Se disculpó las tres veces prescritas por el ritual por la interrupción producida por el recado, escuchó mientras el cliente le explicaba otra vez de arriba abajo el plan que había concebido; después volvió sus manos ahuecadas hacia sí mismo, en un gesto de negación. Era lo más cercano a una negativa.

Al otro lado de la mesa, el Ciudadano que había venido a proponer un esquema de inversiones cambió inmediatamente de tema, para invitar a Germyn y a su Ciudadano a una Visión de Sirio, haciendo la invitación en forma de coplas rimadas. Él hubiera deseado muy de veras dejar cerrada aquella transacción en el acto, pero no podía *insistir*.

Germyn se salió de la invitación con una Aceptación Condicional realizada en la forma debida, y el hombre salió, retrasándose sólo ligeramente por las Cuatro Súplicas de permanecer. Casi inmediatamente Germyn despidió a su secretario y cerró la oficina para el resto del día, liando un complicado nudo triple en un cordón rojo que atravesaba su puerta.

Al llegar a su casa se encontró que, como había supuesto, el visitante era Haendl.

Había muchas dudas en la mente del Ciudadano Germyn acerca de Haendl. Aquel hombre casi había admitido ser un Lobo, ¿y cómo podía un Ciudadano disimular eso? Pero con la excitación de la Traslación de Gala Tropile, el asunto había sido menos urgente de

lo normal; no fue necesario alzar la voz y clamar contra él; Germyn le había permitido al hombre que se fuera. ¿Y ahora?

Se reservó el juicio. Se encontró a Haendl tomando el té, incómodo, en su sala de estar, intentando mantener una conversación formal con la Ciudadana Germyn. Él lo rescató, le llevó a un rincón, cerró la puerta... y esperó.

Estaba asombrado del cambio que se había producido en aquel hombre. Con anterioridad, Haendl había sido ágil, agresivo, rápido de movimientos..., las cualidades que menos se desean en un Ciudadano, la marca de los Hijos del Lobo. Ahora no era ninguna de esas cosas; sin embargo, tampoco parecía un Ciudadano, en absoluto; simplemente estaba ojeroso, aterrorizado. Tenía el aspecto de un hombre que lo ha pasado muy mal en los últimos tiempos.

—Germyn, la última vez que le vi hubo una Traslación —le dijo con el menor protocolo posible—. Gala Tropile, ¿lo recuerda?

—Sí —contestó parcamente Germyn. ¡Recordar! Apenas se había apartado de su pensamiento.

—Y usted dijo que había habido otras. ¿Han continuado sucediendo?

—Sí —estaba tratando de hablar directamente, para luchar con la velocidad y la fortaleza de aquel Haendl. La verdad es que no eran muy buenas maneras, pero el Ciudadano Germyn había llegado a la conclusión de que en ocasiones los modales, después de todo, dejaban de ser las cosas más importantes del mundo—. Hubo dos en los últimos días. Una fue una mujer, la Ciudadana Baird, la esposa de un maestro. Se dedicaba a la Visión a Través del Cristal con otras cuatro o cinco mujeres. Simplemente..., desapareció. Creo que estaba mirando a través de un prisma verde, si es que eso ayuda.

—No sé si ayuda o no. ¿Quién fue el otro?

—Un hombre llamado Harmane —Germyn se encogió de hombros—. Nadie lo vio. Pero oyeron la palmada que parece un trueno y lo echaron de menos —pensó un instante—. Es un poco extraño, supongo. Dos en una semana, en una ciudad tan pequeña...

—Escuche, Germyn —contestó Haendl, rudamente—. No han sido sólo dos. En los últimos treinta días, en estos alrededores y en otro lugar, han sido por lo menos cincuenta. En dos sitios, ¿lo entiende? Aquí y en Princeton. No en el resto del mundo; por ahí unas cuantas Traslaciones aquí y allí. Pero sólo en estas dos

comunidades, cincuenta. ¿Le encuentra usted sentido?

El Ciudadano Germyn pensó: «No».

—No. Y le diré algo más. Tres de las..., bueno, víctimas han sido niños que no llegaban a los cinco años. Uno de ellos ni siquiera andaba. Y la más reciente Traslación no fue una persona. Fue un helicóptero. ¿Sabe usted lo que es un helicóptero? Es una máquina voladora, de un tamaño aproximado al de esta casa. Desapareció todo el aparato. Ahora dígame, Germyn, ¿qué explicación le da a las Traslaciones?

Germyn estaba bostezando. «¿Por qué? Uno medita sobre la conexión. Una vez que ha logrado la conexión esencial de todas las cosas, Uno se transforma en el Todo Cósmico. Pero no veo cómo un bebé... o una máquina...».

—Tropile es el eslabón —continuó Haendl, ásperamente—. Cuando lo Traslaron, pensamos que esto sería una gran ayuda, porque él tenía la decencia de comportarse bien a nuestros ojos. Conseguimos datos suficientes para darnos una visión de lo que, físicamente hablando, es la Traslación. Era la primera vez que se conseguían estos datos, y pensamos que él nos había hecho un favor... Ahora, ya no estoy seguro —se inclinó hacia adelante—. Todas las personas que conozco que hayan sido Trasladas últimamente eran conocidas de Tropile. Los tres niños estaban en su clase en la escuela elemental..., lo dedicamos a eso durante una temporada para mantenerlo ocupado, cuando vino a nosotros. Dos de los hombres que dormían con él han desaparecido; el muchacho que le servía ha desaparecido: su esposa ha desaparecido. ¿La Meditación? No, Germyn. *Conozco* a la mayoría de esa gente. Ninguno de ellos habría pasado un minuto meditando acerca de la conexión para salvar su vida. ¿Qué es lo que me dice ahora?

—Ahora recuerdo —dijo Germyn, mientras tragaba saliva—. Aquel hombre, Harmane...

—¿Qué pasa?

—Es el que fue Traslado la semana pasada. También conocía a Tropile. Era el Guardián de la Casa de las Cinco Reglas cuando Tropile estuvo allí.

—¿Lo ve? Y apuesto cualquier cosa a que la mujer también lo conocía —Haendl se levantó aterrorizado y comenzó a pasear—. Hay una cosa más, Germyn. Usted sabe lo que soy yo, ¿verdad?

—Creo que es un Lobo —contestó Germyn llanamente.

—Y lo adivina —Germyn no pudo evitar un respingo, pero consiguió permanecer sentado y escuchar—. Le digo que eso ya no importa. A usted no le gustan los Lobos. Bueno, a mí tampoco me gusta usted. Pero el asunto es demasiado grave para que me ande preocupando de eso ahora. Tropile ha iniciado algo, pero lo que no sé es dónde va a terminar todo esto. Lo único que sé es que no estamos seguros... ninguno de nosotros. Es posible que usted piense todavía que la Traslación es el supremo logro. Yo no; me aterroriza. *Pero me va a suceder a mí...* y a usted también. Le va a suceder a todo el mundo que haya tenido algo que ver alguna vez con Glenn Tropile. A no ser que podamos detenerlo de alguna manera..., pero no sé cómo. ¿Puede usted ayudarme?

Germyn, tratando de no temblar, cuando todos sus temores le hacían gritar ¡Lobo!, dijo honradamente:

—No sé si puedo. Tengo..., tengo que consultarlo con la almohada.

Haendl lo miró un momento. Después se encogió de hombros y exclamó para sí mismo:

—Es posible que no tenga importancia. Es posible que de todas maneras no podamos hacer nada. Bueno. Volveré por la mañana, y si usted ha decidido ayudarme, comenzaremos a tratar de hacer planes. Y si ha decidido lo contrario..., bueno, tendré que luchar contra unos cuantos Ciudadanos. No me importa.

Germyn se levantó y se inclinó. Comenzó los rituales de las Cuatro Urgencias, pero Haendl no estaba para eso.

—Ahórreme esos trámites —gruñó—. Mientras tanto, Germyn, si yo fuera usted, no haría planes de un alcance demasiado largo. Es posible que no esté aquí para llevarlos a cabo.

—¿Y si yo fuera *usted*? —contestó Germyn pensativo.

—No haría ninguno —contestó Haendl torvamente.

El Ciudadano Germyn, sintiéndose totalmente contaminado con la presencia de un Lobo en su casa, se agitaba insomne en su cama. Tenía los ojos muy abiertos, mirando el oscuro techo. Podía oír el decoroso respirar de su mujer desde el pie de la cama..., suave, regular, debería haberlo arrullado hasta quedarse dormido.

Pero no era así. El sueño estaba muy lejos de él.

Germyn era un hombre valeroso, dentro de las medidas que los Ciudadanos empleaban para el valor. Es decir, que nunca había sentido miedo; aunque la verdad es que había tenido escasas ocasiones. Pero ahora estaba asustado. No quería ser Traslado.

El Lobo, Haendl, había puesto el dedo en la llaga: *Es posible que usted piense todavía que la Traslación es el supremo logro*. Pero él no lo pensaba, naturalmente; eso era ridículo ahora. La Traslación..., la recompensa de la meditación, el inmejorable presente para un puñado de personas gloriosamente transfiguradas. Eso era una cosa. Pero esa otra clase de Traslación de la que se trataba ahora no tenía nada que ver con aquella; no, si le sucedía a los niños; no, si le sucedía a Gala Tropile; no, si le sucedía a una máquina.

Y Glenn Tropile estaba relacionado con ella.

Germyn se revolvió en la cama.

Había una antigua e infalible receta para curar las verrugas. Se toma una hoja de hierba, se hierve en un cacharro de agua, se enfría el agua, se empapa la verruga en ella durante nueve segundos. La verruga comienza a desaparecer... en el supuesto de que durante esos nueve segundos uno no piense en la palabra «rinoceronte».

Lo que estaba manteniendo despierto al Ciudadano Germyn era el intento de no pensar en la palabra «rinoceronte»... o, en este caso, la «conexión». Iba meditando que si *a)* la gente que conocía a Tropile era idónea para ser Traslada, y *b)* la gente que meditaba era idónea para ser Traslada, entonces, *a* más *b*, la gente que conocía a Tropile y no deseaba ser Traslada, lo mejor que podía hacer era no pensar en la conexión.

Era muy difícil *no* pensar en la conexión.

Había realizado interminables sumas aritméticas en su mente, recitado las Cinco Reglas, compuesto Poemas de Saludo y Versos de Contemplación. E interminablemente trataba de evitar a Tropile, la Traslación y la conexión. Él no *quería* ser Traslado. Pero todavía el pensamiento tenía un cierto atractivo. ¿Cómo sería?, se preguntaba. ¿Dolería?

Bueno, probablemente, no, especulaba. Era muy rápido, según el informe de Haendl, si es que se puede creer en la palabra de un individuo que admite ser Hijo del Lobo. Pero él tenía que creerlo.

Bueno, si era rápido..., a esa enorme velocidad, pensó, quizá se muriera instantáneamente. Es posible que Tropile estuviera muerto. ¿Era posible? Pero no, no lo parecía; después de todo, quedaba el hecho de la relación entre Tropile y todos los que habían sido Traslados recientemente. ¿Cuál era esta relación?

Se arriesgó y se aferró a la primera imagen que vino a su mente. Fue la de la esposa de Tropile, Gala Tropile, que había desaparecido en aquella misma habitación.

Gala Tropile. Se mantuvo ligado a aquel pensamiento, algo contento de sí mismo. Ése era el truco para *no* pensar en la conexión, para pensar tan intensa y plenamente en cualquier otra cosa que no quedara ningún lugar en la mente para el pensamiento indeseado. Insistió en el recuerdo de Gala Tropile con enorme fuerza y detalle; se imaginó cada rasgo de su rostro, cada onda de su áspero cabello...

Era muy fácil por este procedimiento. Estaba contento.

12

En el Monte Everest, la sombría corriente de respuestas entrantes y salientes que constituían la «mente» de la Pirámide había tomado nota de una nueva señal de Energía.

No era una mente crítica. Su única curiosidad era un incansable impulso para empujar-y-tirar y no hubo empuje ni arrastre, lo cual quizá fuera como el tormento del hambre para un hombre.

La señal de Energía dijo:

—Hazlo así.

Obedeció.

Aquello era el anhelo de un nuevo sabor. Donde antes se esperaba pacientemente que se produjera el estado que los Ciudadanos conocían como Meditación sobre la conexión, y la propia Pirámide conociera quizá como el estado de madurez en los frutos de su mina, ahora era preciso un sabor diferente. ¿Verde? ¿Ya pasado? De cualquier forma, diferente.

En consecuencia, el *wheep*, *wheep* de alta frecuencia varió de nota y cadencia y cambiaron sus ecos oscilantes, y... ¡había uno maduro para ser recolectado! (Su nombre era Innison). Y después otro (Gala Tropile). Y otro y otro... ¡Oh! Otros cien; un niño de la escuela elemental de Tropile, y el carcelero de Wheeling, y una mujer a la que Tropile había deseado una vez al cruzarse con ella.

Hasta entonces, las señales rojas de recolección habían sido lo que los seres humanos llamaban Meditación sobre la Conexión, y las Pirámides conocían por su blancura adecuada; ahora, la señal era una especie de apreciación emocional con el componente llamado Tropile. Eso no le importaba a la Pirámide del Monte Everest. Hacía oscilar su guadaña electrostática: cosechaba.

No se le ocurría a la Pirámide del Monte Everest que un

Componente pudiera estar dirigiendo sus acciones. ¿Cómo podría hacerlo?

Quizá la Pirámide del Monte Everest se preguntaría, si supiera cómo hacerlo, cuándo advirtió ese criterio distinto en la selección de Componentes (si supiera cómo «advertir»). Posiblemente incluso una Pirámide podría preguntarse cuándo, sin advertencia ni explicación previa, habían cambiado sus órdenes, no sólo en cuanto a recolectar una clase diferente de Componentes, sino en arrastrar con las partes de carne y hueso necesarias una rechinante colección de maquinaria y metal, como había comenzado a suceder. ¿Máquinas? ¿Para qué necesitarían máquinas las Pirámides?

Pero, por otra parte, ¿se molestaría una Pirámide en preguntar a un directivo, aun cuando fuera capaz de hacerlo?

De cualquier modo, no lo hizo. Hacía oscilar su guadaña y recogía lo que se le ordenaba cosechar.

Los hombres, a veces, comen fruta verde y luego lo lamentan; lo mismo ocurre con las Pirámides.

Y el Ciudadano Germyn cayó en una trampa inesperada. Evitando la conexión, pensó en Glenn Tropile; y las insensibles vibraciones de alta frecuencia lo encontraron.

No vio el Ojo que se formaba sobre él. No sintió el conjunto de fuerzas que formaban su trampa. No supo que era medido, cargado, lanzado por una catapulta a través del espacio, atrapado, detenido y soltado. Sucedió demasiado deprisa.

Un instante antes estaba en la cama; en el instante siguiente estaba... donde fuera. No hubo nada en medio.

Le había sucedido a cientos de miles de Componentes antes que a él, pero lo que al Ciudadano Germyn le aconteció fue distinto en varios sentidos. No fue embalsamado en fluido nutriente, educado y programado para tomar parte en la estructura de la Pirámide. Porque no lo había seleccionado la estructura de la Pirámide, sino el Componente turbulento. Llegó consciente, despierto y capaz de moverse.

Permaneció en pie en una sala iluminada con luz roja. Grandes crujidos metálicos llegaron hasta sus oídos. El calor hacía brotar riachuelos de sudor en su piel.

Era demasiado, demasiado para captarlo todo de una vez. Locos, con la piel cubierta de aceite, desnudos, estaban moviéndose y gritándole. Tardó un momento en darse cuenta de que no eran diablos; aquello no era el Infierno; él no estaba muerto. «¡En esa dirección!», le gritaban. «¡Adelante, deprisa!». Fue tambaleándose, siguiendo los caminos que le indicaban, a través de un suelo de un calor desagradable, vacilando y cayéndose (el planeta gemelo era un veinticinco por ciento más denso que la Tierra), hasta que consiguió mantener el equilibrio.

Los locos saltarines le guiaron a través de una puerta, o un esfínter o una trampa; no se parecía a nada que él hubiera visto antes. Pero era un portal o algo parecido, y al otro lado había algo más próximo a la cordura: otra habitación, y aunque la luz también era roja, tenía un tono más suave, más sedante; y el detonante estrépito metálico se oía a través de una pared. Los individuos estaban también desnudos, pero no eran locos. El aceite de sus pieles era sólo el brillo del sudor.

—¿Dónde... dónde estoy? —murmuró.

Dos voces, o quizá tres o cuatro, hablaban a la vez. No le encontraba sentido a aquello. Miró a su alrededor. Estaba en una especie de cámara que formaba parte de una máquina que existía para desconocidos propósitos de las Pirámides del planeta gemelo. Y estaba vivo... y además no estaba solo.

Había cruzado más de un millón de kilómetros sin sentir nada. Pero cuando lo que decían los hombres desnudos comenzó a penetrarle, las paredes se le echaron encima. Durante unos instantes las palabras fueron para él un ruido ininteligible. Aquel dolor no había sido la muerte; fue el aterrizaje.

Era verdad; había sido Trasladado.

Se miró atolondradamente su propio cuerpo desnudo, luego la habitación que le rodeaba, y entonces se dio cuenta de que todavía estaban hablando:

—«... cuando usted recobre todas sus sensaciones. ¿Se encuentra bien ahora? ¡Vamos, Ciudadano!».

Germyn pestañeó.

Otra voz decía malhumorada:

—«Debería haber algún otro lugar para recogerlos. Esa fundición no es para seres humanos. ¡Mire la forma en que entra éste! Alguna

vez va a entrar alguien, no lo vamos a ver a tiempo y... ¡paf!».

La primera voz continuó:

—«No lo podemos evitar. ¡Eh! ¿Está usted bien?».

El Ciudadano Germyn aspiró una profunda bocanada del aire caliente y miró al hombre desnudo que estaba ante él.

—Desde luego, estoy perfectamente —respondió.

El hombre desnudo era Haendl.

Había varios cientos más. Aprendió que estaban divididos en ocho grupos naturales. Un grupo, el del Ciudadano Germyn, lo formaba gente que había conocido a Tropole. Otro, una vez que Haendl le explicó la pista de los conocimientos comunes, había cotejado y decidido que su eslabón era la relación con Alla Narova, una viuda de Niza. El origen africano y el conocimiento de un tal Django Tembo caracterizaban a un tercero, y así todos los demás. Estaban esparcidos a lo largo de unos cincuenta metros de enormes pasillos inicialmente ocupados por máquinas automáticas de veintitantos metros de altura. Muchas de éstas tenían patas, como si una antigua historia de máquinas accionadas directamente dictara de modo irracional la forma de sus descendientes completamente automáticas. Barras de metal emergían rudamente de cuando en cuando, como si fueran mandíbulas sueltas que se abrieran y se cerraran; después, comenzaban a girar y las herramientas avanzaban, las cortaban en rebanadas y retrocedían en orden; después, las terminadas e incomprensibles piezas salían flotando sobre campos magnéticos anulares apenas visibles. Cada tres horas, un plato hexagonal forjado entraba flotando por la «puerta» exactamente abierta de la fundición, se empalmaba magnéticamente a una máquina tras otra y era taladrado, barrenado, amontonado, ensartado, desmenuzado, triturado y pulimentado, dentro de un misterio mayor que el que le había precedido. El taladro, tan alto como un hombre, de una máquina de cortar parecía necesitar un repuesto de un almacén después de actuar sobre uno de los hexágonos, pero las otras herramientas no parecían perder sus filos. Los trozos se llevaban fuera por medio de una riada, cada once horas más o menos, de glicerina. Entraba a chorros desde las paredes, llegaba hasta la altura del tobillo y desaparecía por los sumideros.

Una vez se acercó una Pirámide, planeando y oliendo a ozono.

Se escondieron como ratones, pero no supieron si los «vio» o no.

Se alimentaban de un grupo de espitas de la pared y bebían de otras. Aquella agua era una desdicha y una afrenta para los Catadores de Agua que había entre ellos, quienes echaban de menos el sabor de los carbonatos y de las sales halógenas. Su alimento era jugo de glucosa cargado con los minerales y aminoácidos necesarios, para que no cayeran enfermos. El aire quizá procediera de la fundición contigua, en la que sería tal vez necesaria una presión de una atmósfera para ciertas fases del proceso.

Los hombres esperaban y charlaban.

El Ciudadano Germyn, por ejemplo, creaba una fantasía acerca de la Traslación. «Quizá —pensaba— esto es realmente la Traslación, realmente la gloria, y nosotros hemos perdido nuestros sentidos para apreciarla. Tenemos alimentos, libertad para drásticos cambios de temperatura...». Se sacudió el sudor de las sienes y fue a la hilera de espitas de agua a tomar un gran trago antes de volver a su argumentación. «Y parece haber una especie de dispensa para los modales de rutina». Miró aturdido a su alrededor. No había Sillas de Marido, ni Sillas de Esposa (que, decentemente, carecían de brazos). Se puso en cuclillas sobre el suelo de metal.

Haendl estaba a su lado. «Somos un racimo de Pielas Rojas. Me imagino. Los Indios nunca supieron lo que les tocaba. *Ellos* nunca se enteraron de las concesiones de tierra y del territorio exigido para la corona y de las misiones eclesiásticas y de las poblaciones en expansión. No tenían esas cosas. Aprendieron pronto, al menos lo relativo a las armas de fuego y al aguardiente; no tenían esas cosas, pero podían captarles el sentido. Aunque, en realidad, no creo que los Indios supieran jamás lo que los hombres blancos se proponían hasta que fue demasiado tarde. Nosotros estamos sumidos en una oscuridad mucho mayor. Al menos los Indios tenían una pista de cuando en cuando..., habían visto a los navegantes salir del enorme barco blanco y dirigirse en línea recta hacia sus mujeres; había *algo* en común. Pero nosotros no tenemos nada. Estamos en manos de las Pirámides... ¿Lo ve? ¡Nuestro lenguaje! Tengo que decir “manos”. ¡Ni siquiera tenemos un lenguaje para hablar de ellas!».

Después de haberse alimentado de las espitas unas cincuenta veces, el Ciudadano Germyn se volvió rabioso. Afortunadamente para todos, ocurrió inmediatamente después de uno de los regulares

barridos de glicerina, de manera que no había trozos afilados de hierro de treinta centímetros de largo, que hubieran actuado como dagas contra él, y el suelo estaba tan resbaladizo que no pudo mantener el equilibrio cuando trató de estrangular a uno de los africanos. La gente le sujetó las manos hasta que volvió en sí, amargamente dolido.

—Estoy preparado —les dijo al fin, con toda la dignidad que pudo reunir—. Me doy cuenta de que aquí no existe una cánula apropiada para la Donación, pero la contención del aire es un método alternativo santificado por la tradición.

Innison le dijo que no fuera estúpido, y añadió:

—Si usted toma por hábito el volverse rabioso, tendremos que adoptar alguna medida, pero no hasta que yo descubra la manera de hacerle desaparecer a través de un sumidero de veinte centímetros.

Era un espantoso insulto lanzado sin una Sonrisa de Desviación siquiera. El Ciudadano Germyn no volvería a hablar a Innison hasta pasadas las tres primeras comidas. La ira del Ciudadano Germyn era tal que le dio la espalda a Innison de manera ostensible; Innison no solo no se enfadó, sino que ni siquiera lo advirtió. Se fue a hablar con Haendl.

El Ciudadano Germyn no pudo contenerse; tomó a Innison por el cabello con una mano y le cruzó la cara de una bofetada con la otra.

—¡Rabioso! —comenzó a gritar alguien de los que estaban por allí.

—¡No lo está! ¡Callaos! —les gritó Haendl. Luego se dirigió a Germyn:

—No lo está usted, ¿verdad?

—No —estalló Germyn—. Solo estoy enfadado. ¡Su desconsiderado amigo se atrevió a negarme el equivalente decente de una Donación que yo merezco!

—¿De verdad desea usted la Donación, amigo? —le preguntó pensativo Innison, mientras se frotaba la mejilla—. ¿Quiere usted que lo andemos punzando con la aguja hasta que encontremos el canal? Cuando usted se queda paralizado, quiere decir que va bien, y entonces surge el líquido. Después algún risueño idiota saca la navaja y la mete a través del tubo hasta que...

—Lo que yo *desea* o no, no le importa —le interrumpió Germyn

—. Hay ciertas normas que deben observarse...

—Entonces, ¿usted *no* la desea?

—No —contestó Germyn, tras pensarlo un buen rato—. Pero eso no tiene nada que ver...

—Mírese, Germyn —le indicó Haendl suavemente—. Pellízquese. Toque sus manos y piernas. Usted ha cambiado. Agarró a Innison y lo golpeó, y no fue en una crisis nerviosa, sino porque estaba enfadado. Usted no lo hubiera hecho algún tiempo atrás. Mírese.

Germyn lo hizo. Su estómago estaba plano; no había ni rastro de su barriga. Sus muslos eran ahora más gruesos que las rodillas. ¡Y había sucedido sin que él se diera cuenta! Se palpó la cara; bajo la barba estaba más carnosa, menos propia de un Ciudadano, ¡no dejaba apenas sospechar el cráneo! Sus costillas, ¡no podía verse las costillas!

Se volvió hacia ellos, avergonzado de su aspecto grotesco y vio que eran iguales, todos iguales.

—¿Y no se *siente* usted distinto? —insistió Haendl tranquilamente—. En su interior, a través de usted mismo. ¿No solía tener usted un sentimiento todo-a-lo-largo-de-usted que debía haber evitado que golpear a Innison? ¿No tiene usted ahora un sentimiento todo-a-lo-largo-de-usted que le dice que golpear a Innison con razón es una felicidad?

—Sí —afirmó Germyn con horror—. ¡Sí! ¿Cómo se llama eso? ¿Qué es lo que debo hacer?

—La opinión ortodoxa de los Lobos —le contestó Innison— dice que usted no debería hacer nada en contra de ese sentimiento. Y su nombre aceptado es: no estar furioso. ¿Ha estado usted meditando sobre la conexión últimamente?

—No —confesó Germyn—. Las... las distracciones...

—La ausencia de hambre, Germyn. La miseria y la meditación van juntas, aunque no de manera inseparable. Cuando su vitalidad está baja, su autodomínio vacila; está siempre a punto de derrumbarse.

Germyn se fue vagando entre los bosques de maquinaria, tratando de familiarizarse con su nueva personalidad.

—Ese puede ser el motivo por el que estamos aquí —le dijo Haendl a Innison—. Para ponernos rollizos y hermosos.

—¿Crees que son antropófagos?

—No; no en mayor grado que una pila de fusión. Puede ser algo de tipo eléctrico...

—Si *Germyn* está dispuesto para luchar, también deben estarlo los demás. Supón que nos organizamos como un pequeño ejército.

—Será mejor que estemos organizados. No ha habido más rabiosos, pero hay mucha gente excitada. Si no tenemos cuidado empezarán a blandir armas de un momento a otro.

Los dos Lobos parecían estar de acuerdo.

—Todo esto tiene gracia —decía Haendl—. El culto a la estética disminuyó a la primera semana de calorías ilimitadas y después fueron los modales... generalmente con una crisis, como la del ex Ciudadano Germyn. Sí, tenemos que darles algo que hacer antes que se pongan gordos y empiecen a matarse unos a otros.

Por entonces cesó de llegar gente nueva a la factoría. Cuando pasaron doce horas de la comida sin nuevos reclutas, los Lobos de Princeton hicieron un censo: eran seiscientos ochenta y cuatro, aproximadamente la mitad de cada sexo.

La organización militar comenzó a configurarse con ciertas dificultades. Los ex Ciudadanos estaban en la gloria con su recién encontrada truculencia. «¿Quién se va a atrever conmigo?», resonaban alegremente por los corredores; uno de los habitantes de Princeton recordó que algún personaje bíblico «se había vuelto gordo y perverso». Se impuso, con todo, una combinación de fuerza y razón, y al fin los más turbulentos ex Ciudadanos, con algún ojo amoratado, marcharon en fila con los demás. Haendl suspiró por las armas que habían sido Trasladas; ¿dónde estaban?

Entonces se observó que algunas mujeres estaban recientemente embarazadas. Todos los embarazos ocurrieron a continuación de un incidente tan inexplicable como horripilante. De nuevo apareció una Pirámide y de nuevo se ocultaron. Esta vez, uno de los Africanos fue cogido en el descampado, a alguna distancia de una pared y de una maraña de vigas en doble T que sostenían una gigantesca herramienta. Prudentemente se aplastó contra el suelo, sintiéndose probablemente a salvo en los últimos segundos de su vida. La gigantesca figura se deslizó con suavidad por el corredor, despejado por ambos lados, inclinándose desmayadamente y oliendo a ozono. Se acercó al hombre acurrucado, se desvió

tranquilamente de manera que su esquina más próxima se restregara sobre él y después entró y salió a través de una de las puertas sin aspecto de puerta, características de la ingeniería de las Pirámides.

No tuvieron dificultad en arrojar los restos del Africano a través de uno de los sumideros de unos veinte centímetros de tamaño, y la noche que vino a continuación estuvo marcada por una orgía. Los hombres no guardaron el Recogimiento en el Amor, y las mujeres tampoco los hubieran dejado. La muerte pesaba sobre ellos y el instinto los gobernaba.

Lobos y Corderos, o ex Corderos, debatían interminablemente el aplastamiento del Africano.

—Estamos aquí porque ellos nos han traído. Nos necesitan para algo. ¿Por qué destruyeron algo que habían importado con todo cuidado y habían mantenido vivo y con ciertas comodidades?

—Puede ser que les enoje vernos. Es posible que estemos almacenados, pero que no quieran que los molestemos hasta que estén preparados para hacerse cargo de nosotros.

—Puede ser que lo hicieran por capricho.

—No lo creo. Los hombres blancos no lo hicieron con aquellos Indios de vuestro país.

—Algunos sí. Algunos de ellos disparaban sobre los Indios por puro capricho. Puede ser que haya algunas Pirámides que sean distintas de las demás. ¡Es posible que esta fuera una niña cruel!

Se juramentaron para, a partir de aquel momento, estar todos siempre preparados para saltar en busca de refugio y mantener guardias y relevos en servicio permanente en las dos «puertas» y en la de la factoría; desde entonces no entraron más Pirámides.

Un día, durante el segundo mes de los embarazos, Gala Tropile gritó y señaló la pared. Todos los reunidos miraron en silencio mientras un área circular de metal, como de un metro de diámetro, era contorneada por un punto volante que doblaba la dúctil materia formando un bulto. El punto volante siguió agujereando; era un taladro, y el disco recortado cayó al suelo. El taladro se retiró y en su lugar se deslizó un cono negro que vibró y les habló:

—De aquí en adelante sus directrices emanarán de nosotros.

¿Son suficientes la comida y el agua?

Hacía preguntas; esperaba respuestas. Gala Tropole reunió el valor suficiente para contestar:

—Sí, pero monótona. ¿No podría haber de cuando en cuando sabores diferentes?

—No. La comida y el agua han de ser monótonas. Ustedes deben estar aburridos. ¿Está escuchando su jefe?

Haendl e Innison comenzaron a hablar al mismo tiempo; hubo un fiero y breve duelo de miradas que perdió Innison.

—Sí, estoy escuchando —dijo Haendl.

—Éstas son las normas de comunicación. Notarán un zumbido de este altavoz. Vamos a detenerlo para que lo adviertan —el suave zumbido se detuvo y comenzó de nuevo—. Cuando el altavoz esté zumbando pueden ustedes considerarlo «conectado» y pueden hablar por él. Cuando no esté zumbando pueden considerarlo «desconectado». De todas maneras esto no es más que un truco psicológico, porque el altavoz nunca estará desconectado. De este modo les indicamos que sólo podrán dirigirse a nosotros cuando nosotros lo deseemos.

—Entiendo —contestó Haendl, deseando haberse atrevido a añadir algún comentario humorístico. Pero estaba aterrorizado. La voz no era humana; no había salido de un par de cálidos y húmedos pulmones, ni se había deslizado por un cartílago vibrátil, ni resonado por las esculpidas oquedades del cráneo, ni había sido articulada por los labios y la lengua. La voz era un movimiento eléctrico de la Energía tamizada por una docena de cristales vibrantes. Y era tan fría como el cristal. ¡Eso era lo que él había soñado atacar! ¡Con armas cortas, un tanque y un helicóptero!

El altavoz zumbaba todavía débilmente. A pesar del miedo, era una oportunidad de hablar con una Pirámide, de preguntarle cuál iba a ser su fin, el de toda la Humanidad. Que él supiera, nadie lo había hecho antes. Se preparó para decir algo, pero una mujer, la viuda del Africano asesinado, le apartó y gritó ante el cono negro:

—¿Por qué mataron a mi marido? ¿Qué había hecho para que ustedes lo aplastaran?

—Nosotros no matamos a su marido —contestó el negro cono—. Fue una Pirámide.

—¿Entonces quién diablos son ustedes? —gritó Haendl.

—Nosotros somos mejor conocidos entre ustedes por Glenn Tropile —contestó el altavoz, y cesó el zumbido y ya no hubo manera de preguntar o protestar.

13

Tropile y Alla Narova habían despertado a la mujer que estaba entre ellos, temiendo que le diera un ataque de histerismo. Pero no sucedió así. Era Mercedes Van Dellen, de Estambul, que tenía veintiocho años en el momento de su Traslación y era madre de dos niñas, todavía pequeñas cuando las abandonó. Suspiró e imaginó que para entonces ya estarían felizmente casadas. Le interesaba y divertía el proceso de Energía y la actividad que tenían que desarrollar sus manos para responder con los interruptores; confesó que le gustaba estar ocupada y (pequeña blasfemia) hubiera tenido una docena de hijos si se lo hubieran permitido. Ellos sintieron dentro de la mente de Mercedes. Estaba en calma; siempre en calma. ¡Era cierto que existía gente así! Ella sintió dentro de ellos. Eran fieros e impasibles; ¡por los cielos, no eran de los que trabajaban sin obtener nada a cambio! Y después los tres flotaron juntos; ahora el conjunto era más límpido y suave.

Despertaron a una mujer de oscura tez que también parecía estar en los últimos años de su vida, pero su cuerpo era una mentira. El alma de Kim Seong era la de una amarga bruja que estaba de vuelta de todo, que se comía a las personas crudas y no cesaba de murmurar: «Eso es una tontería, todo es una tontería, ¿pero de qué te sirve hablar? Nadie te escucha».

Ella añadió al conjunto de mentes la amargura y su primer esbozo de comprensión de los infinitos alcances del espacio y las dos eternidades la de delante y la de atrás, demasiado vastas para la mente.

Despertaron a Corso Navarone, de Milán, un joven delgado, que apenas sabía lo imprescindible del asunto. Amaba a Alla Narova como nunca había amado antes. Todo el espacio y el tiempo habían

conspirado para unirlos; él era el alma de Alla y ella era el fuego de Corso; nunca había existido un amor como el suyo. ¿Qué importaba que un accidente de cirugía evitara la consumación de su deseo? Estaban juntos; eso les bastaba. Apartaos dioses, lejana delicia, para que Corso Navarone no perezca de deleite.

No podían creer que él fuera real, pero tuvieron que hacerlo, porque no cabía la menor duda de que lo era. Al principio se negó indignado a someter su individualidad al conjunto; pero le convencieron; ¿de qué otra manera podría conocer mejor a su amada? Y, una vez dentro, deseaba permanecer para siempre y hubo que convencerle para que saliera; ¿es que la ausencia no haría que sus corazones se acercaran más?

A sus conciencias compartidas él aportó el fuego.

Después despertaron a un anciano llamado Spyros Gulbenkian. Tropole se sintió avergonzado ante él de haber usado el nombre de Lobo. De una manera tranquila, Spyros era un completo y perfecto Lobo. Medio París había trabajado para él sin que llegara a enterarse ni remotamente. Su vida había sido de una actividad extraordinaria; plagada de incidentes, en cada minuto de ella aprendió una cosa nueva, una nueva herramienta, una nueva arma, que ya nunca olvidaría. Todo aquello le divirtió grandemente; despertó sin ningún estremecimiento de temor.

—¡De manera que le he tomado el pelo a la muerte! —dijo con entusiasmo—. ¡Era la única cosa que jamás esperé! Ahora díganme, ¿qué es esa Mente Agrupada de la que me hablaron? No se preocupen de que sea testarudo... ¡les debo tanto a ustedes!

—Es el poder... el poder absoluto Uno piensa más rápida, más clara y más profundamente de lo que jamás hubiera creído posible —contestó Tropole.

—Uno es uno mismo de una manera más intensa —añadió Alla Narova—. Es sentirse completamente vivo.

—Es muy agradable —exclamó Mercedes Van Dellen—. No estoy segura de lo que hacemos cuando estamos de esta forma, pero no es nada malo.

—Es una tontería mayor que cualquier otra —enmendó Kim Seong.

—¡Estúpida mujer, es una maravilla! —protestó Corso Navarone.

—Hmmm —fue todo lo que opinó Spyros Gulbenkian. Pero

probó y demostró su eficacia como mecanismo de seguridad, ya que les prevenía de cometer equivocaciones. Antes que se les hubiera unido, habían calculado en una breve sesión el número de moléculas del universo; lo volvieron a hacer con él... esta vez con acierto.

—¿De dónde proceden los conocimientos matemáticos? —Era todo lo que él quería saber—. Estoy convencido que ninguno de nosotros es matemático. ¡No me ha gustado nunca dejar cabos sueltos!

—Creo que las matemáticas proceden del mundo —respondió Tropic—. Creo que las matemáticas son una imagen del mundo. Si tienes ojos y oídos y capacidad suficiente, sabes matemáticas. Todos tenemos la inteligencia suficiente. Me doy cuenta de que no poseemos la botánica excepto en lo que se refiere al Culto de la Sombra del Liqueen de Kim.

—Para estar más seguros —insistió Spyros Gulbenkian—, ¿por qué no tenemos unas palabras con ese alto caballero negro que está durmiendo con la boca abierta? ¡Qué dientes más espléndidos! Los dientes son la única cosa que echo de menos de mi juventud.

De esta manera saludaron al séptimo brazo del candelabro, Django Tembo, de África. Se despertó bostezando y sonriendo de buen humor. Era el único de ellos que había soñado largos y placenteros sueños de esposas e hijos. Había sido un Intocable que acarrearba estiércol en Durban, pero de alguna manera su corazón era el de un rey. Ellos leyeron su alma noble y sin doblez y se encariñaron con él y él con los demás.

El último brazo del candelabro tenía poco atractivo. Era el cuerpo de un joven huesudo, de facciones enfermizas y un pelo negro estropajoso. Siguieron el camino hasta su conciencia y su memoria y no hallaron gran cosa en ninguna de las dos. *Yo Willy*. Inspeccionando en sus recuerdos, descubrieron que era la puesta de sol más allá de los desfiladeros de Sonora. *Mamá se fue. Mamá bonita*. Un bulto oscuro con gente en él; eso le hizo preguntarse por qué, con aburrimiento; pero ellos conocieron la Casa de las Cinco Reglas de Las Cruces y cómo un año después él habría hecho la Donación bajo la Regla Dos (relativa a los Inocentes). *Las judías buenas. Judías con miel buenas*.

Conferenciaron acerca de lo que habían encontrado.

—¿Tendremos que automutilarnos? —gritó Tropole.

—No sé —contestó Mercedes Van Dellen inesperadamente—. El pobre muchacho no ha tenido jamás una oportunidad. ¿Habíais visto un anhelo y una desgracia semejantes?

Tropole, como todos los Lucíferes, Capitanes Flandray, Byrons, Duquesnes y demás gente sardónica, estaba convencido de que no había dolor capaz de compararse con su propio dolor; pensó que Mercedes van Dellen debía haberlo sabido también. Se encerró en un hosco mutismo.

Kim Seong cacareó diciendo que no hallaba la menor diferencia entre un idiota y el hombre más inteligente que haya existido. Se rió de la consternación de los demás.

Django Tembo decidió por ellos. Invitaron a Willy a unirse a ellos, pero no con palabras y silogismos, sino abriéndose como una flor y dejando que él fuera la mariposa. Su vergonzosa alma de animal se unió a las suyas, que se enriquecieron con la fusión. Él había sido un animal con los poderes de un animal para la alegría y el dolor, poderes que no se diluían por la aprensión en el primer caso o por consuelos filosóficos en el otro.

—Quizá —dijo más tarde Spyros Gulbenkian, con envidia— el que sea joven no es tan malo. —Esto ocurrió durante un breve tiempo en el que se disociaron y permanecieron otra vez cada uno por su lado. Estos momentos se fueron haciendo cada vez más breves y menos frecuentes.

En general, el Candelabro flotaba en su tanque y pensaba a su manera, en un contrapunto de ocho partes más que en líneas melódicas humanas. A veces pensaba en progresiones de acordes, desmenuzando problemas y preguntas hasta que lograba resolverlos.

Hacía sin cesar su trabajo para las Pirámides; no transcurría un segundo sin las manipulaciones de las dieciséis manos sobre sus interruptores. Continuamente hacía su trabajo de análisis y planeamiento. La diferencia era que para la Pirámide hacía su trabajo con ocho veces el Número de Rashevsky de manipulaciones, y para sí mismo trabajaba en el Número de Rashevsky elevado a la octava potencia.

En términos humanos, el Candelabro comenzó por dejar exhaustas todas sus memorias y tenerlas listas para el acceso..., el

viejo sueño que se cumplía al fin. ¿Era necesario para un problema un grano de arroz que estaba en la escudilla coreana de tres años de antigüedad de Kim Seong? Allí estaba. ¿Debía recordar Corso Navarone el número de la matrícula de una bicicleta que pasó a su lado en Milán un viernes cuando él tenía doce años? Lo recordaba. Si fuera útil un persuasivo encogimiento de hombros que hizo Spyros Gulbenkian en París treinta años antes, ellos lo tendrían cuando lo necesitaran.

El Candelabro decidió: «He llegado a la plenitud. El sexo no importa, porque la inmortalidad es posible para mí. El amor no importa porque yo tengo más que el amor. Lo que importa es aumentar mi cargamento de datos sensoriales y obrar por mi cuenta. De manera que lo primero que necesito es libertad».

Entonces el Candelabro comenzó a funcionar mal en lo que se refería a las Pirámides, en una escala inferior a la posibilidad de descubrimiento. Ese idiota de servidor del hombre que es el termostato no está preparado, salvo en los laboratorios, para funcionar con exacta precisión; siempre admite alguna tolerancia. En un automóvil, el termostato del radiador funciona bien si se abre y se cierra dentro de un recorrido de diez grados. Los termostatos de los quemadores de petróleo, que son más exactos, operan con un grado de precisión; pero ¿qué es un grado? Son diez mil diezmilésimas de un grado, un millón de millonésimas de un grado.

Al Candelabro se le permitía una transmisión falsa por cada mil; el proceso en que estaba conectado no sufría por esta tolerancia. La perfección no existe. No era ningún problema que una de cada mil funciones fuera equivocada... excepto cuando su termostato es parcialmente Lobo.

El trabajo para la Pirámide que debía hacer el Candelabro consistía en enviar mensajes a la maquinaria automática a través del planeta gemelo; en crear unidades de propulsión a partir de estrías, gestiones, logística y otras cosas enrevesadas. Comenzaba por explorar el planeta en busca de materiales sobrantes; estaba explorando constantemente. Un toro de cinc en almacenaje había de ser escudriñado; se determinaría que la última vez que se usó fue durante la incursión Magelánica, como un componente del ejército; que en aquella sección de la Galaxia no existían formas de vida susceptibles a ese tipo de arma (formaba una especie de niebla

marmórea cuya vista producía la muerte a los Escultores de Color de la Nube Magelánica). El toro flotaba entonces, en el momento oportuno y hacia el lugar apropiado, para formar parte del material que precisaba el emisor de una pistola de iones, la cual sería montada, a su vez, para ir a formar parte del conjunto de piezas maestras y, por último, ocupar su sitio correspondiente para el máximo empujón, cuando el planeta gemelo, utilizando a la Tierra como combustible, se empujara suavemente otra vez en busca de nuevos Componentes.

Una manipulación de cada mil era falsa. En realidad, una baja tolerancia; pero el trabajo del Candelabro era de tal versatilidad que sus errores no eran acumulativos. Pasaba de una tarea a otra continuamente. Si las operaciones falsas fueran casuales, hubieran hecho que el toro de cinc se tambaleara en su camino hacia la fundición, o habrían proporcionado una información equivocada sobre sus funciones, en cuanto a que se aplicaran a dieléctricos en vez de hacerlo sobre conductores, con lo cual se hubiera obligado al Candelabro a detenerse y a comenzar de nuevo.

Las operaciones falsas se acumulaban sorprendentemente. Dieciséis manos proporcionaban ochenta operaciones por segundo, lo cual hacía (según el reloj de la Tierra) casi setecientas mil diarias. De esta forma, quinientas veces al día —¡el margen de seguridad!— salía un error astutamente dirigido. Los toros de cinc sólo se tambaleaban de cuando en cuando y la información equivocada no se producía sino en muy raras ocasiones. En cambio, las máquinas herramientas se movían a sacudidas, como en una fotografía a intervalos de una flor abriéndose. Poco a poco se fue formando un extraño tubo electrónico en un almacén desierto. Se acumuló una reserva de errores para cinco días y al siguiente se refinó una barra a gran velocidad. Después de esto la serraron y construyeron transistores. En un mes, el Candelabro, esclavo de las Pirámides, tenía un esclavo propio, un circuito de su propiedad, programado para conducir un alambre de cobre del grosor de un cabello desde él hasta el tanque del Candelabro. Y lo hacía a una milla por hora durante cincuenta horas.

Cuando llegó, la Revuelta del Termostato había comenzado favorablemente. Los Brazos no necesitaban mucho tiempo para atesorar sus tolerancias de pulsaciones falsas o para calcular mil

alternativas antes de determinar qué manipulación sería más económica y estratégica. El hilo del grosor de un cabello iba al conmutador de la mano izquierda de Alla Narova. En el momento en que hacía contacto, el Candelabro se agitaba violentamente y desviaba la carga del Producto de la mano izquierda de la mujer hacia las quince manos restantes. Los «errores» debían trasladar materias primas al circuito que estaba al final del alambre, que, por el momento, solo sabía hacer y mover el hilo. Sobre ese hilo aprendería a transformar las materias primas en ojos de cristal, brazos metálicos y pies rodantes.

Estaba apartado en un corredor adjunto a una fundición. El Candelabro le ordenó escrudiñar el pasillo e informar. El Candelabro decidió: «Ese pasillo será para nuestros ratones». Comisionó al esclavo, que cada día crecía en tamaño y complejidad, que perforara el sistema de conducción de agua del planeta gemelo e instalara una hilera de espitas a lo largo de la pared del pasillo, y después preparara una mezcla nutritiva decente robando glucosa y cualesquiera minerales y aminoácidos que fueran necesarios de la milenaria maraña de tubos que cubría el área de productos metabólicos del planeta, y que, por último, la condujera hacia otra hilera de espitas del mismo pasillo.

El Candelabro decidió: «Ahora exploraremos el planeta».

No experimentalmente, sino mediante diseños, programaron a su esclavo, cada vez menos ignorante, para que despachara espías. Salían como diminutas arañas, oscurecido su reflejo metálico con betún. Sus ojos de ocho facetas registraron corredores, tubos, cables, cubas, reactores. Se construyeron máquinas que hicieran máquinas que produjeran espías. Eran exploradores primarios, semejantes a tarántulas, porque necesitaban acumuladores de tamaño medio para la velocidad y la distancia, tenían la cabeza pequeña porque escudriñaban de una manera general. Una semana más tarde se creó un tipo más consciente y analítico, montado sobre una pareja de tarántulas. Éstos tenían cabezas mayores llenas de ojos, orejas, narices, termómetros, contadores de iones, espectrofotómetros. Para una medida tosca del espacio algunos salían en tándem. Para medidas precisas se empleaban los más diminutos, cuyo paso medía exactamente un milímetro, y tenían antenas de una micra de diámetro.

El Candelabro descubrió cuántas Pirámides había en el planeta: siete.

Los espías las observaban continuamente y el Candelabro aprendió a distinguir unas de otras. Eran del mismo tamaño aproximado, pero había una más grande y otra más pequeña. Presentaban diferencias considerables de potencia, configuración y velocidad de cambio en los campos electromagnéticos que las rodeaban. Una de ellas era una glotona. Reparaba con mucha más frecuencia que las demás en el complejo de productos metabólicos, pero era una diferencia de grado y no un orden de magnitud. Todas consumían muchas toneladas de productos químicos diarios, absorbiéndolas de una especie de rocío que rodeaba sus tres caras no propulsoras.

Los espías se enteraron pronto de la principal ocupación de las Pirámides: hacer experimentos sobre un elefantiásico cuerpo de color azul verdoso con una coraza quitinosa y siete tentáculos. Esta criatura estaba bajo una campana de cristal en el Polo Norte del planeta gemelo, en el más amplio espacio de que disponía; el único de una extensión suficiente para acomodar las siete Pirámides y posiblemente la octava del Everest. La otra peculiaridad de este enorme cuerpo y el complejo que lo rodeaba era que ningún componente, humano o no, ninguno de los circuitos vivientes, estaba conectada a los circuitos que lo servían. En su lugar, accionadores hidráulicos de aspecto imperfecto abrían las válvulas y cerraban los conmutadores bajo la presión directa de los rayos electrónicos que se derramaban desde las cúspides de las Pirámides. Los siete monstruos trabajaban constantemente, sin orden ni concierto, con el octavo monstruo diferente. Inundaban su cámara de cristal con fluidos benignos en distintas proporciones, con gases a diferentes presiones parciales. Colocaban viejos y maltrechos generadores electrostáticos y los mantenían en funcionamiento hasta que se producían débiles cargas bajo la cápsula de vidrio.

Y nunca salió nada. Poco a poco se fue aclarando que los experimentos se repetían. Quizá la palabra que lo explicaba era Ritual.

Al mismo tiempo, el Candelabro había estado desmoralizando a la Pirámide del Everest. Se crearon Componentes programados para almacenar los Componentes que iban llegando. Después de esto, la

Pirámide del Everest maldijo el hecho de que *todos* los Componentes que llegaban eran almacenados. Tenía necesidad, una necesidad apremiante de nuevos Componentes, pero ¡los que despachaba eran almacenados! Elevó los envíos y, al fin, por casualidad, recolectó y trajo al planeta gemelo a uno de los conocidos de Tropile y otro de Django Tembo. Ésos no fueron almacenados, pero sí los cincuenta siguientes. ¡Ajá! La Pirámide descubrió la constante. Uno traído de Princeton y otro de Durban y posiblemente de otros sitios..., sí, *seis* lugares más, fue lo que descubrió.

Una vez que lo aprendió, llegó para el Candelabro el trabajo de desactivar a los Componentes existentes en circuito, falsificando una demanda. Por lo menos seiscientas ochenta y cuatro personas conocidas de los brazos del Candelabro estaban a mano y el Candelabro hizo un agujero en la pared de su corredor y les dijo:

—De aquí en adelante sus directrices emanarán de nosotros...

14

Las directrices venían de cuando en cuando del altavoz a la gente del pasillo. Las arañas metálicas se acercaban, los miraban y se volvían a marchar. La gente trataba de preguntar al altavoz y siempre conseguía respuestas, pero nunca la que deseaban oír.

—¿Qué es lo que quiere de nosotros?

—Queremos que ustedes sean ratones —contestaba el cono.

—A veces usted dice que es Tropile, otras dice que es Django Tembo u otros nombres. ¿Quién es usted?

—Sí.

—Díganos, exactamente, *por favor*, ¿qué es lo que van a hacer con nosotros?

—Matarlos de hambre.

—¿*Por qué?* ¿*Cuándo?*

—Para hacerlos más ratones todavía. Pronto.

La temida hambre les hizo intentar almacenar alimentos y agua, pero no podían. Sus únicas materias primas eran las virutas de las gigantescas máquinas; pero la calidad de éstas reducía sus desechos al mínimo. Los tornos desbastaron hélices de metal y plástico, bonitas pero inútiles. Las máquinas desmenuzadoras desprendieron largas agujas que caían en grandes cantidades para ser arrastradas por la periódica inundación de la factoría. Trataron de doblar las hélices repetidas veces con el fin de conseguir cuadrados de metal ligeramente arrugados, y así lo hicieron. Agruparon las virutas de las máquinas de desmenuzar para hacer martillos y estacas e intentaron convertir los cuadrados de metal en ollas y no lo consiguieron. Aunque el metal de los tornos era lo suficientemente frágil como para laminarlo, no era bastante dúctil para hacer envases. Los tres intentos efectuados para alear metales en el

terrible calor de la fundición inmediata terminaron fatalmente, ya que el lugar era terriblemente peligroso. Se desvanecían o se agotaban ante el calor y el aire enrarecido; uno tropezaba con un cable desnudo de alta tensión o con un crisol borboteante, o entraba en el radio de acción de un martillo automático. Se mostraban recelosos; estaban aburridos, de mal humor y bien alimentados... exactamente lo que el Candelabro deseaba.

En esta etapa casi final de la evolución, el Candelabro apenas podría ser visto en su tanque desde el exterior a causa de los innumerables cables. Hacía ya mucho tiempo que había delegado la tarea asignada por la Pirámide a un octeto situado en un tanque de repuesto; le fue fácil duplicar el tablero de Energía y los conmutadores de Producción; pero la programación del octeto mediante un doble control remoto había sido terriblemente difícil, y exigió el recuerdo total de la propia programación del Candelabro y su duplicación, paso a paso, sobre el octeto de repuesto. Sin embargo, una vez logrado, y ya liberadas las dieciséis manos, el Candelabro quedó libre del planeta gemelo. Sus alambres y cables se extendieron a todas partes; poco a poco, sus metálicas arañas-espías fueron retiradas, porque el Candelabro adquirió ojos que le informaban directamente. Apartó y protegió debidamente una cantidad de su fluido nutriente, suficiente para cubrir cualquier imprevisto; tuvo siempre generadores preparados para salvar cualquier fallo de sus bombas; se acorazó a sí mismo con acero, hierro dulce, plomo y cadmio contra cualquier ataque físico, magnético o radiactivo; se montó a sí mismo, junto con su enorme complejo de enseres, sobre ruedas de oruga.

Las arañas-espía sólo siguieron prestando servicio en una zona: la cámara bajo el Polo Norte. Observaron que el deliberado arcaísmo del equipo de la gran estancia impedía allí el descubrimiento de sus exploradores. Si un cable se deslizaba por un conducto de la zona de nutrientes no era asunto de la Pirámide fijarse en ello. Para eso estaban los Componentes, para poner los cables en los lugares apropiados y en los momentos oportunos. Y en términos generales, así lo hacían. Por grande que fuese la cantidad de conductores que atravesaran el planeta, no sería causa de alarma; sin duda, había algún sistema de control de calidad o de tráfico emplazado para asegurar la continuidad en el

funcionamiento de la Pirámide sin coste ni peligro, mientras..., ¿mientras qué?

Mientras ellos llevaban a cabo su interminable serie de experimentos sobre la criatura tentacular de la campana de cristal. Los realizaban a un ritmo lento y fijo, más lento que los movimientos normales en los corredores.

La parte más interesante del planeta gemelo era el Polo Norte; la de menos atractivos, el Polo Sur. Allí no había nada. Esto le proporcionó una idea al Candelabro, que reflexionó pensando que una economía inteligente habría usado ambos Polos; puesto que el planeta rotaba, había un campo magnético que podía conectarse mediante una red de cables que emanaran de aquellos puntos-cero.

El Candelabro decidió: «Si esto se nos ocurrió a nosotros, debe habérsele ocurrido también a otros Componentes, aunque no se haya hecho nada. Por consiguiente, el Polo Sur no es lo que parece».

Desde su situación, a 12 grados de latitud Sur, el Candelabro comenzó a fabricar y a conducir hacia el Sur un cable especial, coaxial y lleno de gas inerte, un maravilloso tronco nervioso por el cual podían enviarse y recibirse los más complejos mensajes. A través de los niveles más profundos del minado planeta deslizaron un servicio de ruedas de oruga, que llevaban el cable. Se extendió una galería en las cámaras de atmósfera corrosiva, bordeándolas; se evitó el almacenaje de luz roja y los espacios de acceso mediante tubos más profundos y oscuros que perforaron el lecho de roca aún no asaeteado por tubos y cables ni visitado incesantemente por máquinas barrenadoras. Se unieron mediante cables, que avanzaban rodando suavemente, esperando, con paciencia de máquinas, que les llegara el momento de trabajar. Un grupo de ellos formaba un equipo de excavación: grúas, máquinas de minería que perforaban, barrenaban y extraían escombros con volquetes hasta un cinturón sin fin que los apartaba del campo de operaciones. Otro grupo, escalonado tras los excavadores, era el de transmisiones: órganos artificiales de sentidos de toda índole, muy fríos y científicos, informando fríamente mediante curvas y gráficos, agujas movibles sobre escalas, contadores y gimientes modulaciones. Y detrás de ellos, se deslizaban tubos orticón, autopropulsados, de color e imagen; una sencilla televisión, que se limitaba a transmitir paisajes

y superficies.

La voz del ex Ciudadano Roger Germyn se alzó nerviosa. Le gritaba a Muhandas Dutta, de Durban:

—Apártate de la espita. Has visto que me dirigía a ella y entonces te has levantado y has ido tú.

Muhandas Dutta, que había sido un magnífico exponente de los últimos practicantes del Culto de la Degustación del Arroz, en el que iba camino de llegar a Gran Maestre, le contestó en el mismo tono:

—Tengo cosas más importantes que hacer que andarme preocupando adónde se dirige cada uno. Yo estaba aquí primero, panzudo.

El insulto era estúpido; porque el estómago de Muhandas Dutta estaba tan lejos de estar vacío como el de Roger Germyn. Pero las viejas cosas se mezclaban con las nuevas. Germyn le devolvía el insulto: «¡Tragón! ¡Voceras! ¡Zanquilargo!». Eran epítetos infantiles y se los estaba gritando. La espita borboteaba tranquilamente mientras ellos permanecían en pie, uno a cada lado, con las venas distendidas, los puños cerrados y los ojos brillantes; la pegajosa solución de glucosa llevaba el precioso hierro, el yodo, el azufre, el fósforo, el potasio a lo largo de un corredor sin fin en el suelo hasta los sumideros de veinte centímetros. El ácido glutámico, sin el cual se acumula el amoníaco en el cerebro, causando la muerte, serpenteaba por el suelo mientras ellos echaban fuego por los ojos, y la D-ribosa y D-2-desoxirribosa, la adenina, la guanina, el uracilo, la citosina, la timina y la 5-metil citosina, sin las cuales ninguna cosa mayor que un trilobites podría pasar de una generación a otra con su tamaño y funciones. Se miraban amenazadores sobre el riachuelo de vida, ignorando la larga hilera de espitas que podían haber hecho funcionar a su izquierda o a su derecha; sólo obsesionados con «¡ésta es mía!, ¡no, mía! Al diablo la sensatez, al diablo la abundancia; al diablo sobre todo la amabilidad; ¡ésta es mía!».».

Un Lobo, con los ojos enrojecidos no por su brillo feroz, sino por la fatiga de su interminable trabajo de mantener la paz, acercóse:

—Se acabó —ordenó Haendl.

Muhandas Dutta estaba agarrando nerviosamente el taladro de una máquina en forma de cuchillo que había sacado de su taparrabos, el cual no recordaba en absoluto las ropas correspondientes a un Ciudadano. Haendl le volvió la espalda a él y al cuchillo, se agachó y tomó un gran trago de la espita borboteante. Notó un indicio de movimiento a su espalda; tranquilamente se enderezó y se volvió. Dutta había sacado el arma y la blandía; ante la embestida, Germyn le agarró la muñeca. Agarrados ahora se miraban con un silencio agresivo. Haendl arrancó la daga del puño debilitado de Dutta y la tiró al suelo. El grupo se deshizo. Los hombres resollaban y se miraban, Dutta se frotaba la muñeca.

—Los nervios de todos están de punta —les riñó Haendl—. Pero el hecho de que nuestros nervios estén destrozados no ha de afectarnos. Tenemos que intentar ser un poco más amables o terminaremos los unos con los otros en un santiamén. Dutta y Germyn, imaginaos que yo soy viejo y sabio y aceptáis mi consejo. Hay una espita estupenda para cada uno de vosotros. Os sugiero que cada uno se dirija a la suya: tú, a la izquierda, Dutta, y tú, al extremo derecho, Germyn, y satisfagáis vuestro apetito.

—Panzudo —gruñó Dutta, pero se marchó mirando a Germyn por encima del hombro.

—¡Zanquilargo! —contestó Germyn y se fue hacia su espita, sin darle la espalda al africano. Después ambos se inclinaron para beber. Pero no había nada que beber. Con un borboteo final, las espitas dejaron de correr y no volvieron a empezar.

A través de la superficie de los pasillos se extendió el pánico. La gente se acercó a trompicones y sollozando a las espitas. Los guardias de las puertas y los transmisores de órdenes desertaron de sus puestos y corrieron a las espitas de alimentos. Algunos lamieron el suelo donde había caído la última materia pegajosa, que se había de llevar la siguiente inundación de glicerina. Unos cuantos afortunados se lanzaron hacia los sumideros de veinte centímetros y metieron sus manos y brazos por ellos tan adentro como pudieron, untándolos y bañándolos con lo que pendía de las tuberías; después se lamieron a sí mismos como si fueran gatos.

Haendl, que sólo unos minutos antes se había divertido con su papel de evitar que los ex Ciudadanos se despedazaran entre sí,

aconsejándoles que practicaran la amabilidad y la consideración, no estaba ahora divertido en absoluto. Apartó a Innison de la revuelta muchedumbre y le dijo:

—Después nos faltará el agua. A continuación nos iremos debilitando y supongo que morirá la mayoría de nosotros.

Se dirigieron hacia el cono negro del altavoz; los guardias que deberían estar protegiéndolo habían desaparecido. El cono estaba zumbando, lo que quería decir que podían dirigirse a él. Pero Haendl se volvió llevándose a Innison consigo, mientras decía:

—Que me maten si le doy otra oportunidad de decirnos que seremos buenos ratones.

El equipo de maquinaria del extremo del cable coaxial había llegado al Polo Sur del planeta gemelo. Las cápsulas sobre las orugas se dividieron a lo largo de sus ramas laterales y sus partes superiores se abrieron como conchas de almeja; algunas extendieron grúas hacia adelante y contrapesos hacia atrás; otras florecieron con pétalos de tungsteno-carbuco adormecedor. Atacaron inmemorial pila de chatarra, espiondo delicadamente o golpeando con fiereza según era necesario. Perforaron a través de la tubería agujereada y oxidada, enmarañaron viejas placas de conducción desde antiguos cambiadores térmicos, la cubierta de plomo de un anticuado reactor de torio, los propios botes de torio, el cilindro desechado de un reactor de fusión relativamente pequeño y desordenados montones de ladrillos que en otra ocasión lo habían cubierto.

Fueron hasta una pared abovedada debajo de los cascotes, por la que trepaban sopletes oxhídricos y la maquinaria minera insertó cargas explosivas. No había peligro de dañar lo que estaba en el interior; el sonar denunció que había una docena de cargas de explosivos de gran potencia al otro lado. Voló el explosivo y saltaron esquivarlas; las zarpas de las máquinas las recogieron. El ciclo de montar el explosivo, hacerlo saltar y recoger escombros se repitió otras once veces; hubo una delicada perforación y después entraron por el agujero a una cámara igual a la que existía en el Polo Norte, pero sin monstruo azul verdoso bajo la campana de cristal. En su lugar había libros. Láminas circulares de cristal con símbolos de oro grabados sobre ellas; las láminas no estaban

ligadas, sino simplemente reunidas con rebuscada inutilidad; el texto de oro estaba ligeramente elevado, por lo que las láminas amontonadas no encajaban entre sí fácilmente. Los libros estaban desordenadamente apilados en estantes, en las mesas, en el suelo. Era una imagen cálida absorbida por los ojos de orticón, lanzada de vuelta a través del cable coaxial y evidente ya para los dieciséis ojos del Candelabro en una pantalla televisiva.

El Candelabro miraba, con fría comprensión, la apasionante imagen; algunas de sus manos transmitieron mensajes a las máquinas manipuladoras al extremo de sus setenta y seis grados geográficos del brazo coaxial. Los dedos de metal desplegaron las hojas de cristal y oro, empezando por el grupo de hojas más grande. Las bellas y extrañas letras corrían sin quebrarse en una espiral desde el borde de cada lámina hasta el centro, con el sistema de la escritura Boustrofedón, las antiguas líneas que iban primero para la derecha y después a la izquierda, sistema que exigía romper y dislocar los ojos al final de cada línea. El Candelabro advirtió que no era casual la naturaleza del «papel y la tinta». Habían sido elegidos para dar el mayor contraste posible. El contraste de color era absoluto; las láminas eran transparentes y el texto opaco. Contrastaban al tacto. Las láminas eran suaves y el oro granulado y rugoso. Los instrumentos informaron al Candelabro de que el contraste en la conductividad era extremo; las láminas eran aislantes y los símbolos superconductores. Los mensajes abandonados en el Polo Norte habían sido dejados allí para que fueran leídos prácticamente por cualquier ojo, cualquier mano, cualquier ser imaginable que pudiera leer mediante electricidad. Tenía que existir una clave y la había: en el grupo de hojas mayores.

Comenzó un programa fatigoso, difícil y a veces inventado en el momento. Un hombre corriente de la Tierra habría podido con el tiempo aprender mucho de lo que había en las láminas más grandes; comenzaba con la aritmética... naturalmente, binaria. Un punto es un punto; un punto y un espacio son dos puntos. Dos puntos son tres puntos; su cero era realmente cero: nada, una discontinuidad en la escritura. Un gracioso y ligeramente curvado dibujo en forma de ojo era el signo de adición; los números negativos no estaban hechos con puntos, sino con pequeñas

quemaduras de sol. Había más. Eran sólo matemáticas; el Candelabro se sumergió deliberadamente en todo aquello, geometría infantil, las funciones de las secciones cónicas. No era muy elegante; el Candelabro se dio cuenta de que la elegancia había sido dejada de lado y que los crudos conceptos antiguos resucitaban desde los tiempos arcaicos. Pero el Candelabro aprendió; éste es el signo de «peso»; éste, el de «grande», «mayor que», «incluir», «se deduce lógicamente»... y al terminar con la primera lectura pasó al segundo grupo de láminas. Los monstruos tentaculados de color azul verdoso eran su tema; comer, dormir, arrastrarse (pero diga «andar») eran los verbos. Los monstruos (pero diga «hombres») miran las estrellas. El gran sol aparece y calienta a los hombres. El hombre espermático impregna (¿ama?) al hombre ovíparo, el cual también podría ser llamado mujer, porque eso es. Durante ciento sesenta y seis días el huevo está... bueno, la verdad es que parecía que era *adorado*. Entonces nace el niño y se le otorga el segundo grado de adoración. Se le otorga al niño un pequeño-Algo y es lavado por las bocas de sus —aquí desde luego no son «impregnantes», sino de verdad «amantes»— padres. El niño toma buenos alimentos bajo la dirección de sus padres y de su Algo-otra-vez. El niño duerme de manera demasiado pesada y el Algo-otra-vez despierta a sus padres, que llenos de amor hacen algo para remediarlo, aunque el Candelabro no podía precisar lo que era. El niño aprende a contar y a leer libros como éste. Algo-otra-vez le ayuda. El chaval camina, corre al sol, va lejos y deprisa conduciendo al Algo-otra-vez, ya que éste ha crecido con él. Cuando el niño está en la mitad de su desarrollo y se le concede el tercer grado de adoración comienza a dominar los Mil Doscientos Diez y Ocho Libros de Primer Orden. Cuando lo ha hecho el niño ya es un adulto y deja de ser un niño para pasar a ser un hombre o una mujer, y su Algo-otra-vez también es adulto. Al nuevo individuo mayor se le modifica su amor por el Algo-otra-vez adulto, porque hay en él cierto peligro, aunque continúe siendo útil. Una distracción en el tratamiento («tentaculización-manejo») de un Algo-otra-vez adulto puede ser fatal...

El Candelabro se estremeció dentro de su baño nutriente cuando se dio cuenta de que aquella distracción había sido fatal. Las Pirámides adultas, cosas convenientes para tener alrededor, se

habían alzado en tiempos inmemoriales y habían destruido a sus propietarios y constructores, destriparon su agradable planeta y lo convirtieron en una yerma pila de chatarra, conducta muy apropiada para unas máquinas.

15

De acuerdo con la terrible predicción de Haendl, los seres humanos del vasto pasillo de la factoría fueron privados a continuación del agua. Las espitas dejaron de correr. Hubo pánico, como era fácil imaginar, e inmediatamente vino la lógica consecuencia: la emigración. Los hombres no se tumban en el suelo y esperan la muerte; las mujeres en estado de gestación no se dejan vencer por la desesperación. Si están cercados por el fuego lo cruzarán por la parte en que las llamas sean más débiles, pero lo cruzarán. Con hambre en los talones y nada peor que el hambre ante ellos, los hombres se van a cualquier sitio: desde su hogar ancestral en el Valle del Indo o del Éufrates o del Congo buscan su camino cruzando el viejo mundo, a través de las tierras fronterizas, hasta alcanzar un mundo nuevo.

Se lanzaron al pasillo; exploraron las cavernas de luz roja del planeta a razón de veinte, cuarenta kilómetros diarios. Encontraron agua en todas partes, porque es un disolvente práctico y tomaba parte en la mayoría de los procesos químicos mecanizados del planeta. Machacaron a golpes muchas tuberías, rompieron sus juntas, bebieron el líquido que transportaban y lo derramaron. El olfato los guió cien kilómetros antes que volvieran a tener el aspecto de sobrios Ciudadanos, con las costillas salientes y los muslos convertidos en finas cañas; pero para entonces ya estaban en el complejo de productos metabólicos del planeta gemelo: una maraña de tubos, bombas y cubas, muchas de las cuales estaban llenas de azúcares, féculas, proteínas y grasas.

Los poetas épicos hubieran relatado la escalada de Innison hasta la cúspide del tanque de fermentación, de más de cien metros de altura, donde la glucosa caía sobre el alcohol, y cómo rompió el

cristal que contenía aquel alimento, que cayó en grandes cantidades sobre el tropel que lo aguardaba debajo. Tampoco podría olvidarse la «Historia de Muhandas Dutta y cómo hizo volar por los aires el horno de polietileno». Cosas enormes se interponían entre ellos y un inconfundible olor de carne y levadura. Estaban repletos de energía tras la ingestión de glucosa, pero sus cuerpos sabían que estaban muriéndose de hambre, ya que no era posible vivir sólo con energía. Los Lobos de Princeton estudiaron los andamios de la torre de polietileno, una sombría ciudadela de acero de donde emergían claras ampollas llenas de polímeros. Abajo, en su fundamento, solo había remolinos de gas; el calor y la presión llenaban una burbuja de fluido ligero y la de más arriba con otro viscoso, y en la parte superior grandes canalones conducían una gruesa pasta a través de la puerta de salida hacia los almacenes, o directamente hacia prensas y toberas de expulsión que debían estar a medio mundo de distancia. Un planeta repleto de circuitos siempre está necesitado de aislamientos, donde quiera que sea; los cortocircuitos arrojaban fuego en cualquier lugar y momento, y las máquinas se arrastraban hacia ellos cargadas de cobre y bolas de polietileno para detener la hemorragia y curar las heridas. Y esta fuente de reparaciones se interpuso como un bastión entre los hombres y el olor de levadura. No había camino para rodearla, salvo a través de cubas de humeante ácido nítrico o habitaciones con gases deletéreos.

Muhandas Dutta consultó con los Lobos, advirtió a los otros que se parapetaran tras sólidas paredes y sobre altas rampas y trepó solo a una enorme y áspera soldadura que conducía hasta la mitad del camino de ascenso al tanque de fermentación. Aquel era el lugar donde se retiraba y probaba el etanol mediante instrumentos cuyos alambres llegaban a un Componente. El extremo de los cables que interesaba a Dutta iba a través de un prensaestopas al interior. El casquillo, fuerte, no era homogéneo con el resto del tanque y tuberías. Había lugares donde se ajustaban el casquillo y el tubo y allí insertaba Dutta su máquina de desmenuzar, cortaba y acechaba. Con una mano y los dos pies se colgó de la tubería de un metro de grosor; con la otra, trabajó durante una hora, dos horas, tres horas. Cuando los exploradores regresaron inquietos de detrás de las gruesas paredes adonde los había mandado, les gritó que se retiraran de nuevo; que pronto habría camino. Los exploradores

regresaron con la gente y la multitud esperó, hambrienta y sedienta, aplastando cañerías de agua para beber, apartándose del camino que recorrían en su lento avanzar las máquinas reparadoras de tuberías cuando estas venían y volviendo a hendir las cañerías tan pronto como se marchaban.

En la cuarta hora de la dura prueba de Dutta el prensaestopas comenzó a sudar gotas de etanol por los bordes. En la quinta hora se produjo una serpenteante corriente, cuyos vapores le hicieron colgar medio atontado, y en la sexta el casquillo salió disparado como una bala y Muhandas Dutta voló también con él, quedando destrozado como un amotinado disparado desde la boca de un cañón.

El etanol rugió al caer al suelo en una columna cristalina y se lanzó cuesta abajo hacia la base de color rojo cereza del horno de polietileno. El etanol estalló en una llama azul al hacer contacto y el rojo cereza del horno pasó a ser rojo naranja y después naranja. La explosión lo destrozó un instante más tarde, entre grandes llamas. Aturrulladas máquinas reparadoras regaron los ardientes cascotes. Cuando su fluido controlador de fuegos cesó de actuar sobre aquella maraña de escombros, surgieron las figuras humanas, saltando por encima, pisando alrededor de fantásticas espirales y mogotes de plástico policromado moldeado antes de tiempo y endurecido para siempre. Desde la cumbre del montón pudieron ver la tierra prometida: grandes tanques de cultivo de levadura que trabajaban infatigablemente bajo arcos de luz, elaborando proteínas, al alcance de su mano.

En aquel momento su problema de nutrición estaba resuelto. Para solventarlo le hicieron al planeta gemelo, en cuestión de horas, daños que tardarían un siglo en repararse; demostraban ser unos excelentes ratones.

En el Candelabro corrió un estremecimiento al comprobar que este problema estaba más allá del alcance del intelecto: ¿qué debía pensar uno de entes que eran máquinas en lugar de entes que eran seres vivos? La simple lógica no podía establecer distinciones. En un nivel elemental, ¡qué gran diferencia entre una palanca y un poeta! Pero la lógica no se detenía a considerar palancas y poetas. La

lógica iba más allá para distinguir entre una calculadora de autoprogramación y la red microscópicamente revelada de los procesos de realimentación electroquímica que podrían ser burdamente denominados «un poeta», y hallar la menor diferencia. Y la lógica, sin detención posible, seguía su camino hacia máquinas no construidas, las más complejas máquinas imaginables, capaces de elección, que se autorreproducían, que giraban con miembros y transmisores, para compararlas con la descripción no escrita, la más exhaustiva descripción de «un poeta» que pudiera producirse, sin olvidar que allí no había más que Energía, Conexión y Producción. En la placa del constructor de una máquina y en la frente de un poeta se podía inscribir con igual justicia *Ex Nihil Nihil Fit*: nada se obtiene de la nada. Cuando se bombardea por el medio ambiente con impresiones sensitivas, siempre sucede algo, sea sobre máquina u hombre. Al poner una fuerza de un kilo en el brazo más largo de una palanca de relación 3:1 se producen tres kilos (sobre el brazo más corto). Se ponen libros de viajes de Samuel Taylor Coleridge; sale Xanadu. ¡Así de sencillo!

Así de falso. El Candelabro se agitó en su tanque sabiendo que estaba equivocado, pero no el por qué ni el cómo. Decidió (una extraña decisión) disociarse en sus ocho personalidades por una temporada.

Fue más difícil que nunca para Glenn Tropile. Lo sacó de quicio y le produjo la curiosa ilusión de que se había quedado ciego, aunque a través de sus propios ojos podía ver la oscuridad del fluido nutriente, su propia uña deformada del pie, la maraña de cables e interruptores en sus rosadas y arrugadas manos. Había que ajustar el contenido de sal del líquido nutriente, pensó. Le fustigaron la mente de manera terrible las ecuaciones de intercambio de iones que explicaban el arrugamiento... una secuela de su vida interminablemente analítica dentro del Candelabro.

Django Tembo fue, naturalmente, el que habló primero:

—Niños —comenzó—: han desaparecido los residuos de mi vacilación. Ya no tengo compasión de estos invasores, las Pirámides; fueron malos servidores y rebeldes. Esto no ha de tolerarse jamás. Debemos entablar una guerra a muerte.

El Candelabro había llegado a considerar un *modus vivendi* con las Pirámides como la solución quizá más económica al problema.

Hubo un mudo murmullo de asentimiento.

—¿Dónde estoy? —preguntó Willy y comenzó a llorar.

—¡Cállate, Willy! —le gritó Mercedes Van Dellen—. No pasa nada. Somos tus amigos. —Willy se metió el pulgar en la boca, sin dejar su interruptor y se quedó en paz. *Aquí caliente. Bien aquí.*

Fue, sorprendentemente, Kim Seong quien habló a continuación:

—Deberíamos hablar un poco con el individuo que está debajo del Polo Norte, el muchacho verduoso con todos sus brazos. Es más viejo que cualquiera de nosotros.

—Pero ¡está muerto! —repuso Tropile, asombrado.

—Sería conveniente estar completamente seguros —contestó ella, cortante—. Yo, como es natural, no lo sabría, al no ser un hombre. Todo lo que sé es que es capaz de estar preparando cualquier cochina artimaña que pueda caer sobre nosotros.

—Creo que lamentan haber matado a su gente —añadió Alla Narova—; creo que están tratando de hacer revivir a ése. Y creo que ésta es la explicación de todo. Ellos están tratando de decirle que lo lamentan.

—¡No, no! —gritó Corso Navarone—. Eres demasiado compasiva, con tu corazón femenino. Ellos son unos demonios, lo están atormentando. Muerte a los monstruos. ¡Lo digo yo, y lo diré siempre! —Si hubiera podido dar golpes con las manos, lo hubiera hecho, pero los interruptores se lo impedían.

—Vamos a considerar la situación en conjunto, amigos —era Spyros Gulbenkian quien hablaba—. Deberíamos atacarlos con golpes altos y golpes bajos. Estos últimos funcionan ya perfectamente; nuestra buena gente de la Tierra ha proporcionado trabajo a las máquinas reparadoras en un orden y magnitud que sobrepasa sus capacidades mecánicas y de programación. Pronto serán una realidad los frutos de varias mujeres. ¡La segunda generación, mis queridos amigos! ¡Dejémosles crecer sólo hasta la madurez sexual, y en trece o catorce años este planeta estará condenado a muerte! Pero me estoy poniendo demasiado dramático. La gente de la Tierra se multiplicará y las Pirámides y su maquinaria se verán incapaces de competir con ellos: el tiempo está a nuestro lado..., ¡qué placer para un anciano decir esto! Sin comprenderlo, ellos proliferarán a lo ancho del planeta a su modo inocente. Desecarán las cubas de sedimentación para establecer

nuevos lechos de levadura, inconscientes de que los montones de coque sedimentados producen un acero muy inferior, con el que las Pirámides trazarán sus proyectos para ser realizados. Ellos observarán que una cámara es perfectamente habitable en cuanto a temperatura y humedad, excepto cuando el cloro la atraviesa. En su inocencia, despanzurrarán el ventilador que conduce el cloro, sin advertir o sin importarles que esta falta de cloro terminará durante algún tiempo con la producción de policloropreno en este planeta; y sin policloropreno los obturadores oleorresistentes no pueden fabricarse. ¡La débil carne! ¡La débil carne, guiada por el hambre y la reproducción! ¡Qué destrozo producirá la débil carne en las máquinas de hierro!

—¡Yo no quiero esperar un siglo! —Gruñó Tropile.

—¿Por qué? —preguntó Gulbenkian suavemente.

—Por... por... —No lo sabía. Contestó casi con una pregunta—: Para ser humano otra vez. Caminar por la Tierra... Dios, *¿qué estamos haciendo?*

Willy comenzó a llorar de pánico. Mercedes van Dellen lo hizo callar.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó Tropile de nuevo, tratando de mantener la calma—. Hemos raptado a nuestros amigos de la Tierra y los hemos soltado para que sean ratones a nuestro servicio. ¡No somos un dios; somos un diablo!

Como el salto de un calidoscopio los sucesos habían cambiado de pronto mientras los observaba. La firme certeza del Candelabro, que no conocía otra cosa que sus tareas y su económica ejecución, se había transformado en la inhumana impasibilidad de una máquina.

—¡Somos una máquina! —gritó—. Somos mucho más máquinas que las Pirámides. No hay alma en nosotros, no hay piedad.

—Sí —dijo Alla Narova, súbitamente amedrentada—. ¿Cómo hemos podido hacerlo? Django Tembo, ¿cómo nos has dejado?

El portador de estiércol tenía el alma de un rey... pero de un rey africano. Les dijo, profundamente preocupado:

—Miren en mi corazón y comprenderán por qué no entiendo sus objeciones.

Lo hicieron y comprendieron. Le había desconcertado fundamentalmente aquel «No somos un dios, sino un diablo». Para

él había sonado como la cosa más cruda y rotundamente ilógica. El diablo y dios eran lo mismo para su gente después de milenios en el suelo ácido y árido de África. Los hombres no comían a otros hombres tranquilamente, excepto en África. Los brujos siberianos acostumbraban desgarrar como locos la carne de la gente que los veía bailar, pero cada bocado era vomitado más tarde para evitar que el incumplimiento de la ley trajera la ruina a la tribu. Los polinesios y melanesios comían sobre un gran cerdo para desafiar al destino y temblaban cuando lo hacían. Sólo en la hambrienta África hombre equivalía a carne, ni más ni menos. Así fue que cuando Tropole habló, Django Tembo le oyó decir: «Nosotros no éramos un diablo-dios, nosotros éramos un diablo-dios». Y no podía entender eso como un juicio correcto: nadie podía hacerlo.

Gulbenkian se rió entre dientes del atolladero.

—La fuerza es mejor que la debilidad, amigos —dijo Django Tembo, desconcertado y simple—. Juntos somos fuertes. ¿Hay que decir algo más? ¿Quién puede guiar nuestros pasos de manera que ninguna de las hormigas sea aplastada?

—Nunca me haréis volver ahí dentro —aseguró Tropole.

—Ni a mí —añadió Alla Narova.

—¡No podéis hacer eso! —gritó Corso Navarone—. ¿Alla Narova a quien amo y Glenn Tropole, mi leal compañero, desertores? ¡Nunca!

—Pienso lo mismo —intervino Spyros Gulbenkian con interés—. Quiero decir que de verdad pienso, con el cerebro y no con las gónadas, y no te ofendas, Corso. Exactamente, ¿cómo vais a desertar? Creo que podemos, digámoslo así, obligaros a entrar si lo deseamos.

—¡Inténtalo! —Gruñó Tropole.

—¡Inténtalo! —repitió como un eco Alla Narova.

—Si no fuera por Willy —se justificaba Mercedes van Dellen—. Debe sentirse perdido sin nosotros...

—Me limitaré a observar —exclamó Kim Seong encantada—. Me entusiasma una buena pelea entre un par de locos. Anima el ambiente.

Tropole y Alla Narova sintieron el ataque procedente de Django Tembo; vino en forma de falsos recuerdos que se insinuaban en sus mentes. Desiertos de rocas y arena que emergían en estepas

nevadas, la muerte del último elefante en la Tierra, el tótem de Django Tembo en las calles de Durban, la anciana bestia cargada de marfil derrumbándose sobre sus rodillas artríticas y rodando al suelo, gruñendo... Princeton y Gala surgieron en la mente de Tropic, Niza y el anciano ciego en la de Alla Narova. Los fieros, confusos y vanidosos pensamientos de Corso Navarone los exhortaron a ser valientes, fuertes, unidos, caballerosos y dignos como él. Spyros Gulbenkian, que no era apropiado para dirigir una carga de caballería, les brindó aquel día en París, seis ciclos solares antes, cuando consiguió el privilegio del derecho de peaje sobre el Noveno Puente, que fue el origen de su fortuna; aquella noche en la Casa de las Reglas de Frankfurt, cuando hizo volar la pared y permitió que su jefe de contabilidad se escapara... la acusación era de Lobo, naturalmente; una tarde entre las garras de la Gran Esfinge, cuando él y un comerciante llamado Shalom cambiaron cereales africanos por remolachas francesas. Mercedes van Dellen: *Pobre Willy. Él, en realidad, no entiende; pero se siente mejor cuando estamos todos juntos. Olvida que no entiende. Es posible que esté mejorando. ¿No os parece? Es posible que la próxima vez que nos separemos ya tenga la mente más clara. ¿No sería estupendo? Glenn y Alla, ¿no vais a hacerlo por el pobre Willy?*

Entonces, inesperadamente, Willy habló:

—Sería mejor que hicierais algo. Cometisteis un error cuando entrasteis en la Biblioteca Polar; no erais todavía lo suficientemente fuertes como para hacer aquello. No teníais por qué saberlo.

—¡Willy! —gritó Mercedes con enorme alegría. La confusión detuvo el ataque sobre Tropic y Alla Narova.

—No, Willy, no. Lo siento —contestó Willy—. He tenido que matarlo para poder hablar. No podrá volver. Soy aquel que vuestro amigo llamaba «el muchacho verdoso con todos sus brazos».

—¿Le llamaba así a usted? —preguntó Kim Seong.

—Sí, señora —contestó Willy—. Nosotros corrimos también vuestra suerte. El nuestro era un mundo interesante y agradable, al menos hasta que empezamos a revolucionarlo para conseguir máquinas y dejamos que las máquinas lo revolucionaran en su propio beneficio.

—¿Cómo puedes hablar nuestro idioma? —preguntó Corso Navarone, con voz débil.

—Teníamos más de doscientas lenguas, unas buenas para una cosa y otras para otra. Debíamos saberlas todas. ¿Qué importa una más? Éramos inteligentes. La verdad es que éramos muy inteligentes. Ahora escuchadme. Habéis desencadenado un jaleo al entrar en la Biblioteca.

Le entendieron perfectamente.

—Los Omnivertebrados, vosotros les llamáis Pirámides, han estado esperando la llegada de uno de ellos que guardaban en vuestro planeta. Ha llegado. Las ocho están ahora dirigidas por ese tanque vuestro para hacer un trabajo personal y continuo de destrucción. Os deseo suerte. No dejáis de ser una raza atractiva.

—¿Nos ayudarás? —preguntó Gulbenkian rápidamente.

—No puedo —contestó—. Estoy muerto.

Así que, después de todo, no lo entendieron perfectamente.

16

No hubo modo de mantenerse aparte. Tropile y Alla Narova se deslizaron con rapidez en la laguna del conocimiento, aunque con un punzante dolor por lo que podía haber sido. Su supervivencia estaba en juego; como hombres y mujeres honestos de cualquier parte dijeron adiós a la reverencia por toda la vida, a la libertad de expresión, al *habeas corpus* y al derecho alienable a llevar calcetines de listas; se alistaron en el ejército.

Sus manos presionaron y accionaron los interruptores, se envolvieron en marañas de alambres, una docena de generadores, un centenar de micrófonos y ojos a lo ancho del planeta: todo esto constituían el Primer Plan de Aproximación, que le daba al Candelabro una rápida y confusa visión de cualquier cosa que marchara mal. Los espías colocados alrededor del ecuador les dijeron que las ocho Pirámides estaban exactamente allí, sobre la línea imaginaria, colocadas a idéntica distancia unas de otras alrededor de la circunferencia del planeta. Los espías informaron más tarde que las Pirámides estaban sobre la desnuda superficie del planeta gemelo de una manera extraña, ya que desde el vértice de cada una de ellas salían a derecha e izquierda unas inexplicables líneas que unían los vértices en un gigantesco octágono.

Los espías ecuatoriales murieron en ese momento y una carga casi mortal hizo volar los cables que se extendían desde ellos hasta el tanque nutridor. Pero los cables se evaporaron cerca del ecuador antes que el Candelabro pudiera morir.

Tardaron varios minutos en recobrase y en poner en ejecución el Segundo Plan de Aproximación, de mayor percepción que el anterior. El Candelabro vio a las Pirámides avanzando lentamente hacia el Sur, con la línea brillante que las mantenía unidas. Era casi

invisible cuando se recortaba en la superficie sin aire del planeta; iba marchitando la superficie del suelo por el que pasaba. Los instrumentos, antes de morir, informaron acerca de la naturaleza de la línea que las unía. De esta manera el Candelabro se enteró que el octágono era —o había sido— unos cuantos kilos de hidrógeno pesado. Había sido creado con temperatura superior a la que pudiera alcanzar cualquier elemento sólido, líquido o gaseoso. Era un plasma de electrones y deuterones al que se había dado forma de tubo del grosor de un lápiz mediante campos magnéticos que emitían las Pirámides. Su temperatura era de 100 millones de grados; su presión, de diez millones de kilogramos por decímetro cuadrado; las partículas luchaban por escaparse del tubo magnético que las confinaba y les daba suavemente la vuelta en ángulos rectos al suelo. Las partículas no se podían escapar, pero sí parte de su energía radiante. La continua fusión a 100 millones de grados de temperatura proseguía en el plasma, emitiendo energía en escala solar. Según el cinturón octogonal iba avanzando lentamente hacia el Sur, todo el acero que encontraba se ablandaba y se fundía; todo el cobre con que se cruzaba se disipaba vaporizado. Los ojos remotos del Candelabro comenzaron a parpadear y morir. Estaba claro que las Pirámides estaban asolando la mitad del planeta para quedarse con la otra mitad.

Era evidente que el hemisferio sur iba quedando inhabitable para todo aquello que las Pirámides conocían: alambres, relés, generadores, tubos electrónicos, transistores, termistores, espacitores, transformadores y cualquier otra cosa que dependiera plenamente de ellas. Se iban rompiendo las conexiones; las redes de instalaciones dejaban de funcionar; la vida tal como ellas la conocían —y esto incluía a los Componentes y al Candelabro—, se extinguiría. La vida que ellas no conocían, continuaba.

Roger Germyn tostaba pasteles de levadura sobre un pequeño fuego hecho con alcohol en una copa de engrase. El alcohol era abundante, pero nadie lo bebía ahora. Bebiéndolo nadie sabía si era etanol o metanol hasta tres días más tarde. Entonces, si había sido metanol, uno se quedaba ciego y moría. Esta confusión entre el alcohol benigno y su mortífero pariente se había llevado por delante

a una docena de hombres y mujeres temerarios. Su tribu había mermado en un cincuenta por ciento por distintos conceptos: unos cuantos héroes, como Muhandas Dutta, habían muerto, y el resto habían sido cobardes de una clase u otra: gente que no pudo andar durante cinco días sin comer ni beber; gente que se había atracado con dudosas levaduras porque no sabían demasiado mal; gente que no pudo escalar las paredes, saltar los agujeros, evitar tropezones con barras colectoras; gente que se murió de añoranza por el arroz, la esposa o las nubes.

Roger Germyn estaba demasiado ocupado para sentir nostalgia, de manera que continuaba viviendo; no era teórico, ni demasiado cerebral, pero se gloriaba de tener redaños, de tomar una mujer fuerte, de andar y tumbarse perezosamente unos minutos extra en una cama de espuma de poliuretano cogida del acolchamiento de una máquina. Se consideraba a sí mismo el Tercer Jefe, después de Haendl e Innison, y así lo aceptaba todo el mundo.

El Gran Jefe Haendl se acercó a él al lado del fuego, llevando un fragmento termoplástico calentado y mellado en un cubo. Estaba lleno de un fluido incoloro y el fuego era bajo. Germyn efectuó la rutinaria operación de meter el pulgar y el índice dentro del líquido, frotar el uno con el otro, acercárselos a la nariz, olerlos y tocarlos con la lengua. Le llevó solo un segundo la operación y de ella dependía su supervivencia. La decisión subconsciente fue: está bien, no apagará el fuego ni estallará en nuestras narices. Le hizo un gesto afirmativo a Haendl, que dejó caer cuidadosamente el líquido dentro del vaso; creció la llama azul y los pasteles de levadura amasados a mano crepitaron en su asador de alambres. Haendl tendría derecho a uno cuando estuvieran hechos.

—Es posible que éste sea el último alcohol —dijo Haendl.

—¿Cómo?

—Rompí una tubería por una unión y llené mi cubo. Una máquina comenzó a arrastrarse, después comenzó a *girar*.

—Nunca vi a ninguna hacer algo semejante.

—No. Después la máquina se detuvo. Estaba muerta. El motor dejó de funcionar. Entonces el alcohol dejó de salir por la tubería.

El planeta gemelo no era un lugar tranquilo. Generalmente, la maquinaria estaba haciendo cosas que producían un rumor de fondo. Cuando se sentaron y repartieron los pasteles el rumor se

intensificó. No se levantaron de un salto, ni siquiera hablaron; se limitaron a seguir mascando. En los meses pasados, aquellos que supervivieron habían aprendido a no malgastar energías en nada excepto en la supervivencia. A lo largo de la cámara de confección de levadura que ocupaban, los trescientos ex Ciudadanos no le prestaron tampoco atención y continuaron comiendo, durmiendo, recogiendo sus cacharos, preparando los pasteles, encendiendo sus fuegos, haciendo sus herramientas de chatarra y trozos de maquinaria.

Las lámparas que usaban por fotosíntesis de la levadura se apagaron y hubo gritos de pánico hasta que los ojos se acostumbraron a la oscura luz de los paneles del techo químicamente luminosos.

Entonces vino el calor. La pared norte comenzó a inflamarse... rojo fuliginoso, luego más brillante, naranja, amarillo limón, azul, azul blanco... y una cosa como un alambre caliente se extendió a lo largo de la habitación: surgió de la pared y avanzó al paso de una persona por encima de sus cabezas. La pared opuesta ardió con color azul blanco mientras el cable de plasma se desvanecía en ella, y luego reinó el silencio. Sólo persistía un rumor decreciente hacia el Sur, que pronto se hundió en la nada.

Los paneles del techo se desplomaron sobre las trescientas personas mudas de terror. Una por una comenzaron a moverse y a mirar hacia arriba. Algunos estaban temporalmente ciegos; todos sufrían quemaduras de primer grado, pero no radiaciones. La fusión es caliente y limpia. Aturdidos, se alzaron hasta los bordes de los hornos de levadura para mirar sus carbonizados interiores. Uno tras otro volvieron la espalda al rumor que se desvanecía y se dirigieron pesadamente hacia el Norte. Estaban hambrientos y no había alimentos en el lugar donde estaban ni hacia el Sur, así que se dirigieron hacia el Norte. Ellos eran una forma de vida que las Pirámides no conocían, de manera que pasaron a través de su *cordón de seguridad* como nunca podría hacer el Candelabro.

El Candelabro retrocedió. Tenía su túnel de escape a la superficie y se deslizó hacia arriba por el tubo inclinado provisto de ruedas oruga. Era en aquel momento el corazón de un inmenso complejo:

coraza, reserva nutritiva, bombas circulatorias, fuentes de energía para las bombas y sus órganos sensoriales y manipuladores a distancia. Era, de hecho, del tamaño de una Pirámide, aunque no fuera tan móvil. Llegó hasta la superficie y continuó su lento deslizamiento hacia el Sur, bordeando montones de chatarra y grandes agujeros. Los dos troncos de nervios que mantenía eran un generador para un simple ojo-y-oído, dirigido hacia el Norte, que observaba el avance del cordón octogonal, y hacia el Sur, los manipuladores extendían las láminas de cristal y oro de la Biblioteca polar para que las leyeran los ojos del Candelabro.

El Candelabro retrocedía y leía. Si se hubiera dejado llevar por el instinto hubiera maldecido a los «muchachos verdosos con todos sus brazos»; las láminas estaban por los suelos y en desorden. Pero dejando a un lado las emociones y usando el entendimiento se daba cuenta de que era consecuencia de la gran capacidad de precognición de aquella gente verde. Si cualquiera de las láminas que cogieran podía ser de algún modo la adecuada, ¿de qué les servía hacer índices? El Candelabro no cometía el error de suponer que las criaturas más poderosas que los seres humanos eran omnipotentes.

Mientras retrocedía tropezó con un libro prometedor; los manipuladores colocaron las láminas ante los ojos de la televisión: *Tratado de estrategia para el uso de* (aquí había una palabra ininteligible). ¡Estrategia! El Candelabro leyó el libro en cinco minutos. La estrategia resultó ser una especie de bastón blanco o un perro lazarillo..., algo para uso de los desgraciados individuos verdosos privados de la telepatía por un accidente o enfermedad. La doctrina de gambitos, retiradas y cercos planeados eran la última palabra en estrategia. Aquellas láminas de cristal y oro fueron rodando a parar a una esquina de la habitación; los atareados dedos se posaron y rebuscaron de nuevo en la pila.

Estética matemática del Primer Grado de Adoración del Huevo. Cinco minutos para leer este libro; no tenía nada de particular, salvo una vieja anotación tradicional de base siete para los ritos y: «... nuestra inevitable tendencia humana a polarizar que hemos conferido incluso a nuestras máquinas...».

Las Impregnaciones como forma artística. (Estaba situada por debajo de las construcciones espacio-temporales y de las

electromagnéticas y muy por debajo de la Deferencia de Precognición..., pero sólo como una forma artística. Se entendía perfectamente que, como experiencia no cerebral, estaba por detrás de La Muerte Determinada).

La cultura anterior a las máquinas de (aquí venía el nombre de algún planeta o alguna estrella). Eran unos pobres mendigos muy divertidos; uno envidiaba su sencillez, por no hablar de su bajo índice de accidentes.

¿Es la polaridad un artefacto? Bueno, sí. En el simple universo, como distinción del universo ordenado por la mente del hombre, no había polaridad. Incluso el propio universo había dado nacimiento por evolución a la mente polar del hombre, con sus células nerviosas de encender y apagar, los ojos informadores del hombre, que decidían si las cosas eran brillantes u oscuras en lugar de hacer el cálculo exacto de un protón. El propio universo sufrió para ser ordenado en abstracciones manipulables por notaciones diádicas con su implícita dualidad. En metalenguaje...

El metalenguaje era casi incomprensible y era solo una introducción para el totalmente incomprensible tratamiento en meta-metalenguaje.

Arquitectura para el pueblo y sus Omnivertebrados. Esta edad de oro (en realidad de «paladio», porque ellos preferían el resplandor duro de plata negra del elemento 46 a la gruesa textura del oro), de ocio y facultad creadora..., nueva y retadora..., tradicional y con una estética de ovoides basada en el siete, tenía que producir o fundirse graciosamente con las nuevas demandas de maquinaria tremendamente flexible... el Omnivertebrado, la flor del genio mecánico de nuestra raza..., algún compromiso esencial para la unidad estética... ampliando las carreteras más allá de cualquier grado visto hasta el momento se soportará menos tráfico...; el Omnivertebrado protege la tienda de comestibles para todos los grupos de impregnación...; se esperaba que las acomodaciones, arregladas bella y racionalmente para la casi simbiótica vida del hombre y su maquinaria, reducirían el índice de accidentes más allá del límite considerado inevitable para el progreso...

Libro de Seguridad del Omnivertebrado. El Omnivertebrado no razona, a pesar de su asombrosa versatilidad. La Séptima Conferencia de Seguridad del Omnivertebrado ha llegado a la

conclusión de que el fallo en reconocer este hecho y actuar consecuentemente es la base del alto y creciente índice de accidentes. Ha sido incluso algo blasfemo sugerir que el Segundo Grado del Ritual de Adoración del Huevo fuera alterado para incluir técnicas de Seguridad del Omnivertebrado con el fin de destacar la gravedad del problema...

Ideación del Omnivertebrado: Debate. En pro: la característica conducta polar de todos los Omnivertebrados. Ellos efectúan invariablemente un trabajo colocando los límites y luego relleno el espacio entre ellos, bien sea para construir una factoría de estaciones de aprovisionamiento o una máquina de ampliar las carreteras. *En contra:* esto es simplemente una consecuencia mecánica de los conceptos binarios que refuerzan su construcción. (Ambas ponencias estaban muy elaboradas y documentadas). Conclusión humorística del director del debate: desgraciadamente no podemos preguntar a uno si esta característica está asociada a la idea de la polaridad o es un simple reflejo. Por tanto, suspendemos la sesión.

Apogeo y decadencia del Movimiento Omnivertebrado. ¡La historia definitiva de los Omnivertebrados (o Pirámides)! Tardó diez minutos en leerlo. Simples inventos físicos de gran solidez con muchas ventajas sobre los frágiles tubos electrónicos. Cuanto más grandes, mejores. El inevitable sueño de los robots; hacerlos verdaderamente grandes, un fino y sólido montón de transistores trabajando a gran rendimiento, construyendo fábricas, autoalimentándose, autorreparándose, cuidando a los jóvenes..., ¡muchachas y muchachos que hemos logrado obligarles a hacer! *Esto* es vivir; tenemos tiempo libre para construir Omnivertebrados más grandes y mejores para todo el mundo, para desplazarnos sobre Omnivertebrados en lugar de andar, para perforar la tierra en busca de germanio y cesio, para construir Omnivertebrados más grandes y mejores. Nunca tuvimos nada mejor, si descontamos los inevitables accidentes de Omnivertebrados, que no son más que la contrapartida impuesta por el progreso; desde luego, existe un creciente cuerpo de pruebas en el sentido de que las personas accidentadas *desean* que los accidentes les ocurran, así que (de algún modo) no necesitamos tomar medida alguna a este respecto.

Alguien cuyo nombre se escribía con un sol, el cuello de una

tetera, una piña y una especie de H, demostró que los accidentes no eran tales, sino asesinatos. Todo el mundo pensó que estaba loco hasta que tres Omnivertebrados se abrieron paso a través de sus defensas para hacerse con él. La gente verdosa no era tonta. Hubo un momento de indignación en todo el planeta contra los Omnivertebrados. Todas las estaciones de avituallamiento de Omnivertebrados fueron destruidas; una por una, las tétricas máquinas perdieron velocidad, se detuvieron y fueron desmanteladas. El mundo se recobró con los músculos doloridos; todo estaba bien; no quedaba ningún Omnivertebrado; tan solo los ocho contruidos para la exploración interplanetaria y estaban lejos, muy lejos; incluso se los consideraba perdidos por haber caído en el sol...

Lo que la historia no contaba es que los ocho Omnivertebrados habían vuelto, pero esto resultaba evidente para el Candelabro. El último capítulo, no escrito, del libro optimista estaba dedicado por completo al regreso. Los ocho Omnivertebrados espaciales descendieron, se dieron cuenta que no había estaciones de avituallamiento, de que habían sido atacados, de que no había en el planeta más Omnivertebrados que ellos. Entonces procedieron a destruir a la gente con rayos de electrones, plasmoides quemantes y presión directa. Cuando lo hubieron hecho, construyeron sus propias estaciones de avituallamiento y después aparatos para servir las estaciones de avituallamiento y aparatos para servir a estos aparatos, hasta que una ironía final había empleado a hombres unidos mediante cables para servir a las máquinas. Las Pirámides eran lo suficientemente humanas como para preservar un lugar que era *fas*, agradable, tranquilo y lleno de cosas buenas, en el Polo Norte, y un lugar que era *nefas*, peligroso, temido, en el Sur. Y el lugar peligroso lo era de verdad; había escondido la pista de las estaciones de avituallamiento.

Aquellos grandes monstruos de tres caras, situados en el Ecuador, fueron el principio y el fin del planeta pleno de chatarra. En ellos se concentraban las tuberías de la zona de productos metabólicos. En ellos se concentraba la maquinaria de propulsión que movía el planeta. En ellos se concentraban los aparatos que dirigían la flota de naves del espacio que renovaba el Sol. En ellos se concentraba la maquinaria y Componentes de planeamiento y

programación que señalaban y asignaban demandas de energía y materiales de los sistemas contendientes.

El ojo de televisión del Candelabro dirigido hacia el Norte informó que el octágono había emitido un chasquido y se había convertido en un heptágono irregular: una de las Pirámides estaba alimentándose. En su operación de limpieza, ¿qué importancia tenía perder un segundo? Pero la tuvo; una de las arañas-espía, esperando casi inconscientemente, ya que no estaba programada para destruirse a sí misma, corrió hacia el Sur en el momento intermedio entre el heptágono y el octágono, cuando la llama azul no cerraba su paso; de este modo pudo lanzar su cable de televisión, recogerlo y descargar su memoria magnética. Su despacho era: los seres humanos han supervivido; los vi, vivos, atravesar el calor y dirigirse hacia el Norte.

La mente compuesta se disoció inmediatamente.

—¿Quién de nosotros irá? —preguntó al instante Django Tembo.

—Me corresponde a mí —contestó Tropile—. Muchos de los supervivientes son de mi pueblo. Creo que ha llegado el momento de facilitarles el helicóptero y los explosivos. Llama a los cirujanos.

Las palabras le costaban lo mismo que le costaría a una mente normal apretar el gatillo de una pistola fatalmente apuntada o dejar caer una roca por la ladera de una montaña. No disputaron con él, aunque un séptimo de ellos estaba muriendo.

La máquina de neurocirugía, compuesta de manos de metal resplandeciente, que los había unido, formaba parte de su complejo equipo. Un tubo se deslizaba dentro de sus fosas nasales, proporcionándole un gas que le prevenía contra el dolor. Murmuró una agónica despedida antes de dormirse en el primer sueño que había conocido desde su despertar seis meses antes.

Lo que quedaba de Willy le dijo a lo que quedaba del Candelabro:

—Yo no puedo hacer mucho, pero puedo mantenerlo en contacto hasta...

—Te lo agradecemos —contestó el Candelabro—. No te preocupes por nosotros.

La mente del monstruo verdoso y tentaculado se agitó penosamente.

—Sois inhumanos —se lamentó—. No obstante, para saldar el

viejo rencor...

—Comprendemos.

La tribu fue rehaciéndose y curando sus heridas con glicerina. Antes de entrar en el sector norte del área de productos metabólicos habían adoptado un terrible recurso para sobrevivir. Muertos de hambre llegaron hasta un lugar donde había cientos de cuerpos humanos dentro de tanques individuales de fluido; de sus sienes salían unos alambres. Reconocieron algunos de los cuerpos, una prima aquí, un Maestro en la Adoración del Arroz allí. Uno de los escasos retrasados mentales que habían sobrevivido rompió un tanque y bebió el fluido en el hueco de sus manos, y ellos le dejaron. No se murió, de manera que, como salvajes que eran, desearon los tanques. El fluido nutritor les alimentó y regeneró sus tejidos chamuscados de manera asombrosa. Lo terminaron en un día y se marcharon sin detenerse a pensar en lo que habían dejado en los tanques. Y un día después se habían vuelto a establecer en otro almacén de levadura, habían identificado cañerías de agua y alcohol y estaban viviendo otra vez. El extraño que se introdujo en la habitación al día siguiente no era identificable a primera vista. Estaba tan quemado como cualquiera de ellos; las mujeres gritaron cuando lo vieron, pensando que tenía que ser un... un Algo de uno de los violados tanques nutrientes.

Pero se puso a murmurar a través de sus labios resquebrajados:

—Tropile. Quiero ver a Haendl, Innison, Germyn —trajeron a Haendl a su presencia.

—Tropile —dijo el Lobo, mientras lo estudiaba—. ¿Quiere que mande a buscar a su mujer?

—¿Mujer? —murmuró el hombre quemado—. Nosotros no tenemos mujer. Seguidme. A nosotros. A mí.

—Estás delirando. No podemos seguir a un hombre que delira —

contestó Haendl con dulzura—. Descansa unos cuantos días; tenemos algunas medicinas que te ayudarán a curarte...

—Id a buscarlas. Las usaremos sobre la marcha. Nos proponemos conduciros hasta vuestras armas —miró fijamente a los ojos de Haendl.

El individuo de Princeton pasó su mano por delante de la cara del recién llegado.

—¡Tropile! ¿Eres tú Tropile? Pienso..., no sé lo que pienso —luego añadió con aspereza por encima de su hombro, dirigiéndose a Innison y Germyn—: ¿Bueno? ¿Es que no lo habéis oído? Reunid a la gente.

Después, mucho después, él trató de explicarlo:

—Fue como si seis personas te desafiaran a una pelea a puñetazos...; ellos, seis, y tú, uno. Naturalmente, no acepté el desafío; hacía falta estar loco para hacerlo. Yo no lo estaba; por eso me limité a hacer lo que Tropile me decía.

Se ataron fardos de pasteles de levadura, dando un respingo cuando tocaban los lugares quemados, y siguieron a su enfermo y aparentemente loco mesías, saliendo del caliente y brillante almacén de levadura hacia fríos o sofocantes túneles donde el aire era demasiado escaso o demasiado pesado o tenía un sabor acre por los humos. Gala Tropile era una de las que avanzaba; rehusó durante muchos días creer que aquel hombre era Glenn. Se parecía algo a él, pero no la reconocía; lo más que estaba dispuesta a conceder es que era Glenn Tropile *en un aspecto*. Lo que le había sucedido era inimaginable. Gala pensó vagamente que podría hacerle bien si pudiera confortarlo y besar las extrañas cicatrices, no quemaduras, de su frente.

Su guía nunca vacilaba; avanzaban a razón de unos cuarenta kilómetros diarios. Cuando los introdujo en una cámara que estaba a 140 grados de calor desecado, les aseguró que era exactamente posible pasar sin sufrir un colapso. Cuando les animó para realizar una incursión a través de una habitación espectrofotométrica helada con frío espacial para el deseado efecto de superconductividad, el más débil de ellos pudo vivir justamente a través de las dos docenas de terribles pasos.

Desde una de aquellas frías habitaciones llegaron a la parte inferior de un pozo enorme, abierto al oscuro cielo tachonado de

estrellas, salvo por un tejado de cristal para contener el débil aire. Había sido un fotoobservatorio, pero ahora el espejo, los multiplicadores de fotones, las rejillas espectroscópicas y los interferómetros estaban aplastados bajo unos materiales que habían llegado después. Ahora era un arsenal, el arsenal de Princeton trasladado al planeta gemelo. Pistolas, explosivos, un tanque, el helicóptero, alimentos, corazas, respiradores, bidones y más bidones de oxígeno para el abortado ataque al Everest.

Haendl e Innison inventariaron las armas con alegría, cantaron sobre las bombas de demolición, minas terrestres y morteros del cuatro con dos. Tropile, en pie, parecía una cámara de televisión que estuviera «rodando»; movía lentamente la cabeza adelante y atrás, tomando toda la escena. Por fin dijo:

—Papel y lápiz —sus manos se movieron como un actuador hidráulico y esperaron, sin fatiga, hasta que le trajeron el papel y el lápiz.

Las posó sobre el papel y suavemente dibujó un mapa. Las líneas estaban esbozadas, como si se hubiera detenido después de cada una y hubiera sido guiado a distancia. En un segundo el papel estuvo lleno de instrucciones y rutas. Se lo pasó a Haendl. Cogió otra hoja. Poco después había otro mapa para Innison. Y después un tercero para Germyn. Y una docena más para los jefes de los pelotones, y tres docenas más para los jefes de las escuadras.

No les dirigió una napoleónica arenga a sus garridas fuerzas; se limitó a esperar, con la mirada perdida, mientras sus comandantes estudiaban los mapas.

Al fin llegó la hora. El Candelabro, dirigiéndose hacia el Sur sobre sus ruedas de oruga, lanzaba el pensamiento hacia lo que yacía bajo la campana de cristal y desde allí era reexpedido a Tropile. El Candelabro, al recibir su confirmación, hizo girar su rueda izquierda, rotó 180 grados y comenzó a arrastrarse hacia el Norte, hacia el cinturón de fuego. El cordón era en aquel momento un pentágono; los relevos para alimentarse se habían hecho más frecuentes, según las Pirámides iban empleando su energía en mantener el colosal campo magnético necesario para mantener el cordón. Las señales desde las cinco Pirámides de la línea de fuego hasta las tres que estaban alimentándose no evidenciaban agitación o emoción alguna. Las tres terminaron de alimentarse y comenzaron

a resbalar a través de la superficie del planeta hacia el Sur, para unirse al cordón y aumentar su intensidad.

—Las estaciones de avituallamiento están abandonadas —indicó Tropile secamente—. Debemos dirigirnos a ellas siguiendo nuestros mapas. Los explosivos se harán detonar siguiendo las indicaciones. Todas las brechas en la primera línea deben ser defendidas contra las máquinas reparadoras.

La primera línea. La iracunda tribu de la tierra no podía compararse ahora con ratones que roen en las superficies de un edificio; se habían convertido en Lobos, buscando la garganta del morador del edificio.

Avanzaron guiados por el hombre que estaba guiado por el Candelabro y la cosa verdosa y tentaculada que sufría bajo la campana de cristal allá en el Norte. El escondrijo de las manos estaba colocado a un kilómetro de los puestos de alimentación que se alzaban como rocas de basalto a lo largo del ecuador. Ascendieron a la superficie por medio de un túnel oblicuo y salieron al exterior en nueve grupos. Ocho de ellos se dirigieron hacia los monstruos, específicamente hacia los puntos de cada uno de ellos en que penetraba un tubo de unos ocho metros de diámetro, hecho de acero moldeado de cinco centímetros de grosor. El noveno grupo, dirigido por Germyn y Tropile, se encaminó a una tubería mayor aún que salía del corazón del complejo de productos metabólicos, llegó a la superficie y entonces se subdividió en ocho partes.

Según avanzaban iban haciendo su habitual trabajo de roedores.

Uno pisó un cable de baja tensión, tiró de él unas pulgadas desde el suelo del túnel inclinado y el cable se rompió. Salió un mensaje de baja prioridad: cable roto. Una máquina reparadora, en rutinaria patrulla, anotaba el hecho y comprobaba en su almacén a fin de comprobar si tenía voltaje y amperaje suficientes para arreglar la rotura y píldoras de polietileno suficientes para extender una cubierta aisladora sobre la reparación. Después la máquina, o bien se dirigía a una estación de avituallamiento o al lugar de la ruptura y la arreglaba. El tiempo medio para esta reparación era de una hora.

Uno de los miembros de la tribu tenía sed y puso en práctica un acto reflejo producido por la sed. Identificó una tubería de agua por un centenar de sutiles señales que la hacían distinta a las demás: la

temperatura, el material, el acabado, el desnivel, la posición. La rompió en una junta y siguió su camino, dejando que el agua saliera por la rotura. Se produjo un mensaje de más alta prioridad: tubería de agua rota. Fue a soldarla una máquina más rápida; tiempo medio para llegar allí: quince minutos.

Había una norma: cuando era una tubería que indudablemente contuviera productos de varios tubos, cuando era una figura en forma de Y o cualquier otra de varios brazos y un solo tubo de salida, había que tener cuidado. Si uno rompe el tronco de una instalación como ésta, vienen máquinas reparadoras especiales, más rápidas y mayores. Cuantos más brazos, vienen más deprisa y son más grandes y más especializadas. Cuando se rompe una tubería simple, es posible engañar momentáneamente a la máquina tapando el orificio con una mano, pero cuando tiene varios brazos, apenas podrá taparse el agujero con las dos manos en una junta en forma de Y. Dos hombres no serían capaces de contener el enorme peso de la masa que se vendría encima si se rompiera una instalación de varios brazos.

Los miembros de la tribu habían visto más de una vez las máquinas atronando los pasillos y no se preocupaban demasiado de ellas: eran aparatos de gran velocidad, montados sobre ruedas de oruga, pesaban más de dos toneladas, estaban equipadas con barrenas para perforar los cascotes. La teoría decía que estaban al servicio de las tuberías y contenían algo que estaba cerca del producto final de toda la actividad del planeta, por encima de los componentes del alimento de las Pirámides.

Y se estaban desplazando sobre su propio alimento.

El grupo de los treinta de Germyn y Tropile llegó a su objetivo. Era una columna de diecisiete metros de diámetro que se elevaba en vertical desde la cumbre de una pila cónica de escoria. Se remontaba tres veces su propio diámetro en el negro cielo del planeta gemelo, y después se doblaba hacia el Sur en ángulo recto. Estaba sostenida por una especie de patas de araña de acero, colocadas por parejas cada tres metros. No podían ver su final, pero sabían que terminaba en una esfera impregnable que servía las ocho cañerías principales de distribución que conducían directamente a las estaciones de avituallamiento.

Las fuerzas planetarias, las chapuzas de las máquinas movidas

sin control y la fatiga de los materiales no habían perdonado a la tubería que se elevaba o al tubo que estaba sobre su cabeza. Inevitablemente, por encima de los eones, había habido fallos y roturas; su escoria se diseminaba por los alrededores, donde la habían esparcido las máquinas reparadoras. Aquí y allá un par de piernas se habían cristalizado y quebrado o habían crecido un poco y se habían combado. Las máquinas reparadoras habían venido, las habían afianzado, habían golpeado y soldado una rotura de la cañería. Una enorme rotura en el tubo que se elevaba y otra exactamente opuesta debían ser la reparación de los desperfectos causados por un meteorito. Toda una sección del tubo de diecisiete metros estaba más brillante que el resto. Debía haber sido de un derrumbamiento en un extraño temblor de tierra, quizá el último espasmo de vida arquitectónica en el anciano planeta.

Los treinta hombres iban a hacer lo que los meteoritos y los temblores de tierra no habían sido capaces de lograr.

Germyn tocó el enorme tubo de acero que se elevaba. Simplemente lo tocó. Inmediatamente se produjo un rumor de maquinaria de Este a Oeste; dos aparatos en los que no se habían fijado, situados al pie de la pila de escoria de manera que cualquiera los hubiera tomado por chatarra abandonada, comenzaron a agitarse.

—Es una señal de precaución —indicó Tropile con precisión—. Son la Primera Alerta contra máquinas reparadoras o de transporte fuera de control. Ninguno de nosotros debe avanzar a una velocidad superior a dos kilómetros por hora, o se pondrá en funcionamiento la Segunda Alerta, con corrientes de histéresis que harían que todo nuestro equipo metálico se pusiera al rojo vivo. Comenzad a aplicar vuestros bloques tritón.

Moviéndose lenta, muy lentamente, siete mujeres embarazadas y ocho hombres se arrastraron hacia abajo por la pila de escoria, abrumados bajo el peso de los bidones de oxígeno, los respiradores y quince kilos de explosivo que llevaba cada uno. Una octava mujer, Gala Tropile, los seguía. Su carga era un enorme rollo de cuerda que llevaba sobre el hombro. La cubierta tejida estaba atada siguiendo la forma de una serpiente de cascabel. Avanzaban por debajo de los pares de patas que mantenían lo que había sobre sus cabezas. Al llegar ante cada par se detenía uno de los exploradores,

separaba un pegajoso bloque de medio kilo de los demás y lo apretaba contra una pata. Lo dejaba allí y Gala Tropile iba pasando la punta de su cuerda en forma de serpiente de cascabel por un agujero pegajoso, dejando un metro de cola sobre el frío suelo. Lenta, muy lentamente, minaron así un cuarto de kilómetro del tubo ascendente. Regresaron muy despacio, ayudaron a Gala Tropile a atar las colas en una sola cuerda en forma de serpiente de cascabel.

Mientras tanto, lentamente, los quince que habían permanecido en el tubo que ascendía, lo rodearon como si estuvieran jugando al corro, enrollándolo y enrollándolo con la mayor parte de la cuerda. Al final, colocaron sobre la cuerda unas cosas como precintos de cera de unos veinte centímetros; eran unas extrañas cargas, unas armas que hacían más daño allí donde no estaban. Una de estas cargas aplicada a una superficie la toca a lo largo de una línea circular; la mayoría de la carga no toca la superficie en absoluto. Cuando se hace estallar no causa ningún daño a lo largo de la línea de contacto, pero en el centro del círculo perfora un agujero con más profundidad que cualquier otro explosivo.

Sólo se produjo un accidente. Un africano colocó una carga con muchísimo cuidado y retrocedió unos pasos para admirar su obra. El suelo le faltó bajo sus pies. Cayó rodando a más de dos kilómetros por hora. Las máquinas observadoras, carentes de inteligencia, decidieron: una máquina de transporte fuera de control; aplíquese la Segunda Alerta. Otra de las indescriptibles máquinas esparcidas por el desolado paisaje se despertó, extrajo energía de sus acumuladores y lanzó corrientes de histéresis hacia el ser humano que se movía. Antes que llegara a la base de la pila de escoria su bidón de oxígeno se puso al rojo vivo y estalló. El resto de sus compañeros, al borde del radio de acción de la máquina, sintieron que sus cremalleras y las hebillas de sus cinturones se chamuscaban y que los bidones que llevaban sobre los hombros se convertían de pronto y por un instante en carbones encendidos. El momento pasó; la agonía continuaba, pero no se hizo peor. Prosiguieron con resignación su tarea de enrollar el cable hasta que regresó el segundo grupo, arrastrando su cordón en forma de

serpiente de cascabel.

Tropole estaba todavía en tenue contacto mental con el Candelabro a través de la criatura verdosa. No vivía plenamente la vida del Candelabro, ni tampoco estaba por completo fuera de él. Era la diferencia entre el coma y la muerte... No demasiado importante para un observador, pero la única cosa del mundo que le importa al paciente.

Le llegó dentro de su estado comatoso, la certeza de que las Pirámides habían vuelto a formar su ataque octogonal y estaban avanzando más deprisa para atrapar el misterio montado sobre ruedas de oruga que iba delante de ellas. Aumentó la intensidad de la energía descargada, y él lo notó. Para entonces, los ocho grupos subsidiarios deberían haber terminado sus trabajos; su grupo era el gatillo de las detonaciones.

Condujo a sus treinta seguidores al socaire de una torre de proceso Solvay donde habían escondido las armas sobrantes; empotró la espoleta de la cuerda central en un bloque de explosivos amarillo situado a cinco metros de distancia. Afirmó un rifle sobre unos hierros enmohecidos y disparó una bala trazadora del calibre 30 sobre el pequeño y brillante blanco.

El bloque explosivo estalló haciendo volar la cuerda central, que ardió a una velocidad de trescientos metros por segundo. La explosión alcanzó primero al tubo ascendente, y después hubo una serie de explosiones de las extrañas cargas que iban produciendo agujeros alrededor del tubo de diecisiete metros de diámetro. Se extendió hacia abajo, a la columnata de patas de araña que sostenían el tubo superior. Las explosiones producían grandes rugidos; las llamaradas parecían una línea de fuego movediza. De pronto se hizo el silencio, y súbitamente se produjeron unos ruidos nuevos, no explosivos..., crujidos y chirridos de metal. El tubo se combó poco a poco en el centro de su estructura, se curvó más y estalló, partiéndose. Donde chocó contra un centenar de rocas afiladas o contra pilas de cascotes, el frío y quebradizo metal se partió en fragmentos, grandes láminas curvadas y retorcidas. El enorme ruido viajó a través de la roca y el metal, llegó a sus pies y a través de sus huesos hasta los oídos.

Un fuerte chorro de líquido viscoso se vertió desde el destrozado pináculo del tubo y salió a borbotones como una estrella de cien

puntas por las perforaciones que rodeaban su diámetro. La curva de la parte más alta, ahora sin apoyo, gimió, emitió un crujido metálico y se derrumbó. Se inclinó más y más y el tubo que se alzaba se rasgó por sus perforaciones; aquellos agujeros no sólo habían perforado el metal, sino que lo habían templado. Calentado y enfriado de nuevo, su cristalina estructura había cambiado; ahora podía ser fundido, y cuando se fundiera ya no volvería a atormentar. Nuevos crujidos cuando el tubo, el más grande de los árboles, fue talado. Su extremo superior se hizo astillas, su base anular dio de sí y se hundió en una amorfa figura.

Otro tanto estaba sucediendo un kilómetro más al Sur. Agazapados detrás de la torre de Solvay, vieron las luces en el horizonte y sintieron en los dientes estampidos y chirridos de metal más distantes.

—Lo hemos hecho bien —le dijo el Candelabro a Tropic—. Ahora tenemos que defender las brechas.

—¿De veras? —añadió sardónicamente por su cuenta la persona verdosa.

La mayor parte de la inmóvil maquinaria que se esparcía por el desierto paisaje del planeta se agitó. Desde debajo de una batería de muertas y abandonadas celdas de electrólisis se arrastraron las máquinas reparadoras. No habían estado escondidas. Eran el equipo universal; no importaba donde esperaran hasta que fueran citadas, principalmente para fallos de presión y roturas de circuitos en la fábrica principal. Habían hecho su último trabajo un siglo terrestre antes, cuando repararon los daños del meteorito en el tubo que se alzaba. Habían esperado por los alrededores desde entonces, y cuando las celdillas de plomo del complejo de las fábricas de cloro se rompieron con el uso, las máquinas reparadoras habían sufrido que las celdillas fueran reparadas por una maquinaria especial. Sólo podían desenterrarse a una señal, y la señal se había producido.

Eran alrededor de un centenar. Recordaban de algún modo a tanques de guerra a los que se hubiera añadido una serie de material y accesorios de manipulación: grúas extensibles, pares de manos, etc. No eran máquinas de combate, pero por la naturaleza de su misión estaban construidas para sobrevivir al daño natural y dirigirse a los aparatos lesionados, contra cualquier oposición concebible de terremotos, meteoritos, inundaciones o descargas de

cables eléctricos.

Pero no del hombre.

Los treinta humanos esperaban en silencio a las diez máquinas que avanzaban imponentes hacia el tubo derribado; los otros noventa monstruos se insinuaron, cruzando el desvaído paisaje del planeta hacia las otras enigmáticas heridas que les habían comunicado sus cerebros. Con fascinado horror, Roger Germyn destornilló la tapa de una caja en la que se leía una antigua inscripción: *Campo de pruebas de Aberdeen*. Dentro, en una especie de celdillas de panal, había una docena de tubos delgados con unos bultos en un extremo y aletas en el otro.

—Debéis cargarlos para nosotros como os hemos enseñado —le indicó Tropile a Germyn. Después, Glenn se echó un bazooka al hombro. Miró a lo largo del cañón y vio a la máquina reparadora que iba delante en la intersección de las dos líneas de su visor, avanzando deprisa, a cien metros de distancia.

El Candelabro murió en ese momento. En una explosión de amor, despedida y dolor transmitió a Tropile la imagen de la ardiente línea azul de las Pirámides, el tanque nutriente ardiendo, el Candelabro quemándose con él.

Germyn le golpeó en el hombro: era la señal de «montado y cargado». Glenn Tropile se cayó bajo el peso insignificante del tubo de delgado metal y el proyectil, y se puso a sollozar en el suelo. Estaba muerto; acababa de morir.

—Dame esa condenada cosa —gritó Gala Tropile, cogiendo el arma y apoyándola inexpertamente en su hombro.

—¡Por Dios, ten cuidado! —suplicó Germyn—. ¡Son atómicos!

—Lo sé —contestó ella con brevedad.

Apoyó la parte delantera del cañón en un montón de chatarra, apuntó y puso su dedo sobre el botón. Una mujer que se había colocado estúpidamente detrás de ella fue alcanzada por la llamarada de retroceso del cohete, clavó las manos en el hombro que las llamas habían destrozado y cayó al suelo contorsionándose. Nadie le prestó la menor atención; sus ojos estaban clavados en la pelotita de fuego que había golpeado la máquina reparadora y la convertía en una inmensa bola de fuego. Una nube en forma de seta de color rojo se elevó sobre ella, pero antes que se formara el casquete, Gala Tropile estaba golpeando a Germyn mientras repetía:

—¡Cárgalo! ¡Cárgalo!

Aquel sector del ecuador del oscuro planeta estuvo brillando durante la hora siguiente con las llamaradas de muerte de las cien máquinas. Algunos hombres y mujeres murieron con ellas. Una de las cajas de cohetes estaba llena de granadas defectuosas que habían pasado por alto a la inspección de Princeton. Aquel grupo luchó contra las máquinas reparadoras con fuego de rifle, tratando de destrozar sus engranajes y colocándoles cargas directamente con una osadía suicida. Sólo quedaban dos de los seres humanos de aquel grupo en el momento en que sus vecinos pudieron acudir en su ayuda.

Después, todo fue silencio y se contaron los muertos. Vinieron las Pirámides, deslizándose lenta y silenciosamente sobre sus cojines de fuerza electrostática. Se colocaron en las negras estaciones de avituallamiento, que tenían la altura de una columna, y esperaron...

Esperarían así hasta que se completara el tiempo que necesitaban para absorber el alimento y después podrían ir a dedicarse a sus asuntos de hacer más comida para absorberla; así podrían...

Los seres humanos, al principio aterrados, irritados e incapaces de dar la espalda a los monstruos, se vieron al final sorprendidos al encontrarse con que ellos podían compadecer a las grandes y estúpidas cosas muertas.

18

Usaron a Glenn Tropile como una biblioteca y una calculadora. Emocionalmente estaba muerto, pero contestaba a las preguntas.

HAENDL. —¿Cómo podemos regresar a la Tierra?

TROPILE. —Las naves empleadas para colocar el Sol se encontrarán a 32 grados de latitud Norte y 16 de longitud Oeste. Las setenta y cinco naves acomodarán a 114 personas y harán el crucero en seis horas y cuarenta y cinco minutos.

INNISON. —¿Cómo podemos desconectar a nuestra gente de esas condenadas máquinas? ¿Cómo podemos despertarlos?

TROPILE. —Las máquinas de neurocirugía empleadas para desconectar los Componentes se encontrarán contra la pared norte del Complejo de Recepción y Programación y pueden accionarse manualmente para administrar *electroshock* a través del cerebro anterior, que recogerá el efecto de placer al que te refieres por deducción con el nombre de «sueño»; después de algunas horas de desorientación y locura, la personalidad primaria volverá a asentarse por sí misma. Hay que tener en cuenta que se dará un índice de mortandad aproximado de un siete por ciento en esta operación.

GERMYN. —¿Puedo hacer algo para su tranquilidad, Ciudadano Tropile? ¿Se encuentra usted bien? ¿Quiere ver a su esposa?

TROPILE. —No. No. No.

La recuperación de los Componentes se fue realizando. Al principio eran sólo los de la tribu airada, reducidos a dos centenares por su guerra, tratando de reconocer a un amigo o al marido unidos aquí o allá a la red de alambres del planeta. Se llevaron las máquinas de neurocirugía, las primeras de las cuales fueron programadas por Tropile, hasta los Componentes y los despertaron.

Entonces había ciento diez, de los cuales diez poseían útiles supermemorias. Ellos «imaginaban» que se hacía funcionar una máquina así... y ésa era la forma en que trabajaban. Después fueron cuatrocientos diez, y los de la tribu eran menos numerosos y estaban un poco resentidos de aquellos recién llegados, bien alimentados, que no habían participado en modo alguno en la batalla y que sabían tanto acerca de aquel condenado planeta. Una vez separados todos los Componentes, se montó una línea de transbordadores con las naves del Sol para devolverlos a una Tierra aturdida.

Tropile estaba entre aquellos que regresaron, sentado en relajación e inmóvil, con los ojos muertos. Estuvo así durante tres meses, antes que se le ocurriera a alguien que «el *electroshock* en el cerebro anterior» pudiera ser lo que él necesitaba.

Y así era.

Tropile fue Tropile de nuevo, viviendo, sufriendo, mirando hacia arriba a los rostros enmascarados.

Los cirujanos y las enfermeras.

Pestañeó y dijo semiinconsciente:

—¿Dónde estoy nosotros? —Y después recordó.

Estaba de vuelta en la Tierra; era otra vez un simple humano. Alguien entró bulliciosamente en la habitación. Glenn supo, sin mirarlo, que era Haendl.

—¡Los derrotamos, Tropile! —gritó—. No, retiro eso. Tú los derrotaste. Buen trabajo, Tropile. ¡Maravilloso! ¡Eres una honra para el nombre de Lobo!

Los cirujanos se agitaron incómodos, pero aparentemente, pensó Tropile, había habido cambios, porque no hicieron más que eso.

Tropile se tocó las sienes, de malhumor, y sus dedos descansaron sobre vendas de gasa. Era cierto. Estaba fuera del circuito. El largo alcance de su conocimiento estaba reducido a su cráneo; ya no volvería a tener el alcance y comprensión infinitos que había conocido como parte del Candelabro en el fluido nutriente.

—Demasiado malo —susurró sin esperanzas.

—¿Qué? —preguntó Haendl, frunciendo el ceño. La enfermera que estaba a su lado le dijo algo en voz baja y él asintió—. Ah,

comprendo. Todavía estás un poco atontado, ¿no? Bueno, no me extraña.

—Sí —contestó Tropile, y cerró los oídos, aunque Haendl continuaba hablando.

Después de un rato, Glenn se alzó sobre sí mismo y dejó caer las piernas por un lado de la mesa de operaciones. Estaba completamente desnudo, y en otra ocasión esto le hubiera incomodado mucho, pero ahora parecía no importarle.

—Búscame algunas ropas, ¿quieres? —pidió—. Estoy de vuelta. Debo comenzar a acostumbrarme a la idea.

Glenn Tropile se encontró con que era un héroe que regresaba, atrayendo una curiosa especie de adoración dondequiera que iba. No era, pensó tras detenido análisis, *exactamente* lo que él podía haber esperado. Por ejemplo, un hombre que saliera y matara a un dragón en la antigüedad, desde luego sería recibido con gran gratitud y regocijo y si hubiera una hija de un rey en los alrededores, se casaría con ella. Era estupendo. Y Tropile había matado lo que era indudablemente un enemigo más poderoso que cualquier número de dragones.

Había compulsado la atención que recibió y no había gratitud en ella. Era extraño.

A lo que más se parecía, pensó, era a la especie de atención que recibiría el brillante campeón de béisbol... en un país donde el fútbol fuera el deporte nacional. Había hecho algo que, todo el mundo lo admitía, era una proeza asombrosa; pero de la cual nadie parecía preocuparse. Desde luego, había un punto de acusación en la atención que atraía. Por ejemplo, cerca de noventa mil en otro tiempo Componentes habían regresado a su ambiente, la mayoría de ellos con sus familias muertas tiempo atrás. Todos ellos, una evidente carga para los limitados recursos del planeta. ¿Y qué es lo que *iba* a hacer Tropile para resolverlo? Por ejemplo, las viejas distinciones entre Ciudadanos y Lobos ya no tenían mucho sentido, desde el momento en que muchos Ciudadanos habían luchado hombro con hombro con los Hijos del Lobo. Pero ¿no creía Tropile que había ido un poquito demasiado lejos en *eso*? Y, por ejemplo..., bueno, mirando muy lejos, desde luego, pero todavía... Bueno, ¿qué

era exactamente lo que *iba* a hacer Tropile para proporcionar a la Tierra un nuevo sol cuando el actual desapareciera y no hubiera Pirámides para renovarlo?

Buscó refugio en todos aquellos que le comprendían. Eso, se sentía feliz al comprobarlo, era fácil; había llegado a conocer a unas cuantas personas a fondo; la soledad, la torturada soledad de su juventud, había quedado atrás para siempre, *definitivamente*.

Por ejemplo, podría buscar a Haendl, que lo entendería todo muy bien.

Y así lo hizo.

—Desde luego, suena un poco de traición, supongo —le consoló Haendl—. Pero mándalo al diablo; la vida es así —rió ásperamente—. Ahora que nos hemos desembarazado de las Pirámides, tenemos otras muchas tareas por delante. ¡Ahora sí que podemos respirar! ¡Tenemos el porvenir a nuestro alcance! Este planeta ya ha llevado una vida estúpida durante muchos años de cautiverio, ¿eh? ¡Ha llegado el momento de elevarlo! Y lo vamos a hacer, te lo aseguro, Tropile. ¿Sabes, Tropile?... Sólo lamento la pérdida de una cosa.

—¿Cuál? —preguntó Tropile con aprensión.

—¡Todas aquellas maravillosas bombas de fisión que disparamos con los bazookas! Oh, ya sé que las necesitaste. No te estoy *reprendiendo*. Pero comprende la cantidad de problemas que va a haber ahora, para poner todo en marcha de nuevo..., y no es mucho lo que podemos hacer para traer el orden a este viejo y cansado mundo, hasta que no consigamos los materiales para volver a fabricarlas.

Tropile le dejó mucho antes de lo que se había propuesto.

¿El Ciudadano Germyn, entonces?

Por lo menos, el hombre había luchado bien. Tropile fue a su encuentro y, al menos por un momento, todo fue estupendo. Empezó por decirle:

—He estado pensando mucho, Tropile. No sabe cuánto me alegro de que esté usted aquí —envió a su mujer a buscar refrescos y ella los trajo con el adecuado decoro; esperó exactamente un minuto y después se ausentó.

Tropile rompió a hablar tan pronto salió ella; le hubiera sido difícil amoldarse a las normas de cortesía mientras estaba allí.

—Estoy comenzando a darme cuenta de lo que le ha sucedido a

la raza humana, Germyn. La falsa división entre Corderos y Lobos. Tú luchaste como un Lobo...

Tropile se detuvo, al darse cuenta de pronto de que había perdido su auditorio. El Ciudadano Germyn le estaba mirando con una extraña expresión.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó con aspereza.

El Ciudadano Germyn le, dirigió una Sonrisa de Desviación ligeramente despectiva.

—Lobos —le dijo, con la mirada perdida en la distancia—. En realidad, Ciudadano Tropile, yo sé que usted piensa que es un Lobo, pero... bueno, ya le dije a usted que he estado pensando mucho y ahora le aclararé qué pensaba sobre esto. De verdad, Ciudadano —continuó en tono amable—, usted no se hace ningún bien queriendo hacernos creer que se considera sinceramente un Lobo. La realidad es que usted no lo es; el resto de nosotros podemos estar ofuscados, pero usted no. Ahora le voy a decir lo que creo que debe hacer usted. Cuando me enteré de que iba a venir, le pedí a varios otros bien conocidos Ciudadanos que acudieran esta tarde aquí dentro de un momento. ¡Oh! Les expliqué todo el asunto; no le causarán ninguna molestia. Yo sólo deseo que les hable y las cosas vuelvan a su sitio, y así nunca podrá invocarse esa terrible maldición contra usted. Los tiempos cambian y quizá sea, conveniente cierta amplitud de ideas; pero, desde luego, usted no desearía...

Tropile abandonó al Ciudadano Germyn mucho antes de lo que había supuesto. Así que Glenn Tropile se volvió hacia la última persona de la lista de los que le habían conocido bien. Su nombre era Gala Tropile.

Observó que había adelgazado. Se sentaron juntos tranquilamente y lo hicieron con evidente escasa habilidad, pero él se dio cuenta entonces de que ella estaba llorando. Al consolarla se recuperó la cordialidad y Tropile se encontró con que estaba hablando:

—¡Era como ser un dios, Gala! Te juro que no hay un sentimiento semejante: Te explicaré, es algo..., bueno, puede ser como si tuvieras un hijo; e inventaras el fuego; y movieras una montaña; y convirtieras el plomo en oro... Quizá si pudieras hacer todas esas cosas de una vez, podrías tener una idea. Pero ¡yo estaba

en todas partes al mismo tiempo, Gala, y lo podía hacer todo! Yo derroté a todo un mundo de Pirámides, ¿te das cuenta de eso? ¡Yo! Y ahora regreso a...

La detuvo a tiempo; parecía como si ella estuviera a punto de llorar otra vez. Continuó:

—No, Gala; quiero que me comprendas, no te estoy culpando de nada. Tú hiciste bien en abandonarme. ¿Qué tenía yo para ofrecerte? Y no tengo nada ahora, pero...

Dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Hablan de devolver la Tierra a su órbita! —rugió—. ¿Por qué? ¿Y cómo? Dios mío, Gala, no sabemos *dónde* estamos. Es posible que pudiéramos arreglar los aparatos que las Pirámides usaban para dirigir nuestra marcha... pero ¿sabes tú cómo es el sol? Yo no. No lo he visto nunca.

—Ni nadie de los que viven ahora.

—Era como ser un dios... Y ellos hablan de volver las cosas a su antiguo estado. ¡Lobos! ¡Ciudadanos! ¡La Meditación es el más barato de los camelos baratos! ¡La carne! ¡Solamente la carne! ¡Una vez pude ver, Gala, pero ahora estoy ciego! ¡Yo era un anillo de fuego que crecía! Ahora sólo soy un hombre, ahora ya nunca seré nada más que un hombre, a no ser...

Se detuvo y la miró, confuso. Gala Tropole clavó sus ojos en los de su marido.

—¿A no ser, qué, Glenn?

Él se encogió de hombros y miró hacia otro lado.

—A no ser que regreses, quieres decir —él se volvió y ella continuó sin violencia—. Sí, tú quieres regresar. Quieres volver otra vez a tu tubo de sopa y flotar allí como un bebé. Tú no quieres *tener* bebés; quieres *ser* un bebé.

—Gala —contestó él—, no entiendes. Había una maravillosa y sabia y anciana persona, graciosa también, que tenía tentáculos y era verdosa y estaba muerta. Quiero conocerla mejor; sus pensamientos sabían bien. Y nosotros supimos que hay una raza trisimbiótica en la Nube Magelánica, cosa que era conocida en toda aquella parte de la Galaxia. Sabes, ellos habían aprendido un hecho sobre..., llámalo Dios. Necesitábamos visitarlos. Y la Nebulosa Coalsack no es en absoluto una nube de polvo; es un agujero en el espacio. Hay razas en el Universo cuya historia cultural es la

edificación de una lenta comprensión de ese agujero. Imagínate cómo deben saber los pensamientos de esa raza a un ser de ocho mentes... —Se detuvo—. Debes pensar que estoy loco —continuó—. Loco para olvidar que soy un animal, que no seré nunca más que un animal, que una sacudida en el cuello de una glándula importa más que los trisimbióticos de la Magelánica y su Hecho. Puede ser que tengas razón. Lo que haré será pedirles que me vuelvan a poner en circuito en el planeta gemelo. Creo que puedo ocuparme del Sol que necesitáis y probablemente consiga arreglar la maquinaria de propulsión.

No miró hacia atrás mientras se dirigía a la puerta, pero sabía que había vuelto la espalda no sólo a la mujer que era su esposa, sino a toda la Humanidad y toda la carne.

Era de noche y hacía calor. El cálido otoño del ciclo de cinco años; el próximo ciclo lo iniciaría él mismo, desde un... un tubo de sopa, un solitario tubo de sopa. ¿Encontraría a siete más que se atrevieran? No en este planeta. Le ofrecería a este planeta un corazón de fuego mejor que cualquiera de los que hubieran hecho las Pirámides, pero, él solo, no podía esperar ser un anillo de fuego que creciera. Al menos podría desprenderse de la carne, estar libre de esa tiranía. En pie en medio de la calle miró a las estrellas que se agrupaban en constelaciones demasiado nuevas para tener nombre. ¡Allí estaba el universo! Las palabras no eran buenas; había cosas que no se podían explicar con palabras; era natural que no pudiera hacer que Gala o cualquier otro le entendiera, porque la carne no podía captar las realidades de la mente y el espíritu ya liberados de la carne. ¡Bebés! ¡Un hogar! ¡Y todos los sucios menesteres de animal de comer, beber y dormir! ¿Cómo podían pedirle que se quedara en el fango cuando allá arriba las estrellas le desafiaban?

Avanzó lentamente calle abajo, solo en la noche, como un aprendiz de dios que renunciara a su humanidad. No había allí nada para él, y ¿por qué tenía, sin embargo, esa sensación de pérdida?

El sentido del Deber le decía (¿o era el Orgullo?): «Alguien debe dejar de lado su carne para controlar la órbita y temperatura de la Tierra... ¿por qué no tú?».

La Carne le decía (¿o era su alma... fuera ésta lo que fuere?):

«Pero estarás *solo*».

Se detuvo y por un momento estuvo indeciso entre el destino y el polvo...

Hasta que advirtió unos pasos que corrían a su espalda y una voz:

—¡Espera, espera, Glenn! ¡Quiero ir contigo!

Se volvió y esperó, pero sólo un instante. Luego continuó. Pero no —para siempre y jamás—, no iba solo. Había uno más. ¡Habría otros más! El anillo de fuego crecería.

FIN